ona

Mariano Barbarroya

Círculo Rojo

Ona

Mariano Barbarroya

Primera edición: febrero 2023

ISBN: 978-84-1159-731-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mariano Barbarroya
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

—¿Un cigarrillo?

Alzo la mirada buscando al propietario de la promisión, solo los ojos, acompañados de ambas cejas que se arquean hasta agrietar la frente, nada más; el resto del cuerpo descansa sobre ambos codos que a su vez se sustentan, clavando sus puntiagudos huesos, sobre las rodillas. Cojo el Marlboro que me ofrece Moisés sin deshacer el lazo de mis dedos, como lo haría un condenado que no puede separar sus manos por el abrazo de los grilletes. Las pupilas se esconden asustadas ante el fogonazo anaranjado del encendedor. Le doy una larga calada, mantengo el veneno amargo dentro de mis pulmones todo el tiempo posible, para acabar expulsándolo con parsimonia por la nariz. Un torrente vaporoso se bifurca hacia abajo con la energía de una locomotora del siglo XIX. Salgo al pasillo, me sentía cómodo en medio de la oscuridad, pero es hora de ganarse el sueldo.

—¿Qué tenemos?

—En principio… nada.

—¿Nada?

—No hay muestras de violencia… signos aparentes de consumo de drogas… carta o mensaje alguno depositado a través de cualquier otro canal…

—¿Carta?

—Sí, ya sabes. Lo siento, bla, bla, bla, no aguanto más… este es el único final que he encontrado a mi miserable vida…

—Por Dios, Moi. Es un crío, con toda la vida por delante.

—Lo siento —rectifica Moisés, mi compañero, bajando la cabeza—. La madre está abajo, con la psicóloga. Ha pedido que no la molestemos, se encuentra muy afectada, pero si quieres hablar con ella.

Hablar con ella. ¿Qué le puedo decir a una mujer que acaba de perder a su retoño? Esta parte es la peor de este trabajo, los de arriba exigen un expediente de cada intervención, no lo van a leer, ni tan solo por encima, pero aun así todo debe quedar redactado. Pero ¿qué informe puedo hacer de este suceso? ¿Debo preguntar a una madre rota por el dolor si su hijo tenía enemigos, si debía dinero a alguien, bandas, pandillas? O todavía peor, incidir en el trato en casa: ¿Problemas, reproches… malos tratos? En la academia no te preparan

para esto, se limitan a decir que recabes toda la información posible, que incidas en los datos contradictorios o poco consistentes. Lo ven muy fácil, está claro que nunca han tenido que enfrentarse a una persona que acaba de ser agredida, que nunca han tenido que hablar con una madre que lo acaba de perder todo.

—Creo que será mejor que no lo haga —zanjo.

—Te mando una reseña con sus datos por si más adelante…

—No voy a hablar con ella, ni ahora, ni nunca.

—Ok, lo que tú digas.

No discute, no es su estilo, ni una leve mueca de contradicción. De todos los compañeros que he tenido, Moisés es el único capaz de trabajar conmigo. Los demás, cuatro en los últimos seis años, se apresuran en subir una queja a los mandos, en solicitar un cambio de compañero. No les culpo. Pero Moisés aguanta, muchos de mis métodos, sobre todo los contundentes, no le hacen ninguna gracia, pero aguanta. Hasta que no pueda más, supongo, y él también redacte media docena de folios enumerando los motivos por los que solicita una nueva asignación.

Las colillas se estrellan contra el linóleo como dos saltadores sincronizados rompiendo la tensión superficial del agua. Me quedo absorto en los dos luceros anaranjados que se asemejan a unos ojos asomándose desde del inframundo. Las ventanas vomitan lenguas de fuego que inundan las oscuridad del rellano, solo el paso de una nube consigue acallar sus alaridos, los colores pierden su nombre y el lejano sonido de palabras y sollozos nos alcanza como tambores aporreando el parche del alma. Es en ese momento cuando las cuestiones más dolorosas brotan tan espontáneas como inapropiadas. La negrura de un ajado rellano de la periferia, el nuevo confesionario para ateos.

—¿La conoces? —dispara Moisés. La bala pretende ser de fogueo, pero me da de lleno.

—Más o menos —miento, o más bien omito la verdad, siempre lo hago cuando se trata de cuestiones personales.

Cruzamos la mirada por primera vez desde que Moisés ha llegado. Silencio. Los rostros petrificados, de una rigidez que parece vaya a quebrarse en cualquier momento ahogan las palabras. Las lágrimas queman, siempre queman, pero cuando no salen, queman mucho más.

—A los dos. Los conozco a los dos.

Desde la cafetería observo cómo se llevan a Aurora en una ambulancia mientras que meten a su hijo Aarón, de tan solo dieciséis años, o diecisiete, no estoy muy seguro, en un maldito coche de muertos. Moisés guarda silencio, le acompaño el gesto. Le doy un sorbo al café, es un asco, aguado, de baja calidad y molido el primer día que abrió el establecimiento, que por otro lado, no tiene pinta de ser hace menos

de dos o tres décadas. El gerente del local, un tipo desaliñado, vestido de camarero, de camarero de hace cincuenta años, no nos quita ojo de encima y se prodiga en atenciones. Está claro que a pesar de ir de paisano sabe que somos polis, una placa huele más que un pescado bajo el sol de agosto, y lo que más le gustaría sería darnos su opinión de lo sucedido. Eso no va a pasar. No conmigo. No con Aurora ni con Aarón.

—¿Crees que se ha quitado del medio? —sugiere Moisés mirándome en el tenue reflejo del cristal opacado por el polvo y la mugre.

—Tiene toda la pinta, aunque nunca se sabe.

Un nuevo sorbo sincronizado al aguachirri.

—Su madre dice que no tenía problemas, ni en clase, ni fuera, pero ya sabes, los padres son los últimos en detectarlo. Sin nota, solo nos queda la autopsia. Que no sé yo.

—Me resulta tan increíble, un chico tan joven, sin problemas aparentes… — ¡caigo en la cuenta—. ¿Qué quieres decir con *«qué se yo»?*

—¿Yo no he dicho eso?

—Sí lo has dicho, has mencionado el resultado de la autopsia, y acto seguido has dicho *«qué sé yo»,* como poniendo en duda la validez de la prueba.

—¡Ahhh, bueno! Eso. Nada, cosas mías.

Sacudo la cabeza ligeramente hacia delante, embistiendo con la testuz para exprimir la respuesta. Tras unos segundos de espera, surte efecto.

—¿Recuerdas la chica que se suicidó hace tres semanas?

—Yo no estaba.

—Pero sabes de qué te hablo, ¿no?

Asiento.

—Esta mañana he recibido el informe. El de la autopsia. Nada. Ni fármacos, ni violencia, ni patologías previas y cero indicios de lo que le pudo causar la muerte. Nada. Vamos, que si hacemos caso al forense, según él, esa chica sigue viva.

Capítulo I

—¿Eres la nueva?

—Me llamo Ona. Ona Cimeros.

—Me alegro por ti. Te explico. Te vienes conmigo. Te limitas a hacer lo que yo te diga. No discutes. No me causas problemas. Y, sobre todo, no me retrasas, y a cambio yo te firmo las horas que trabajes, ¿okey?

Asiento.

—Pues en marcha —dice señalando con un guiño de cabeza hacia una furgoneta—. Te queda un poco grande el mono, ¿no?

—La señora de arriba me ha dicho que solo queda esta talla —contesto mientras nos encaminamos hacia el vehículo.

—¿Esa foca? Se piensa que todas tenemos su trasero.

Con la última palabra ha abierto la puerta, dejando al descubierto a las dos ocupantes que esperaban en su interior, dos chicas de mi edad más o menos, que ríen su apreciación con complicidad.

—Vamos, no tenemos todo el día —espeta señalando con la palma extendida en una reverencia grotesca.

El motor ruge y comenzamos a movernos. No sé por qué pero las tres vamos detrás, como si fuésemos subidas en un taxi. Las dos chicas no me quitan ojo. Una lo hace mascando chicle de manera exagerada mientras la otra comparte fugaces miradas con la pantalla de un móvil. No hablan. Yo tampoco. No se puede, es imposible hablar, solo lo hace la conductora.

—Debes ser algo más espabilada, esa foca siempre hace igual, da la talla más grande a todo el mundo, así no tiene que estar sacando

varios monos, una vez cabes dentro ya no hay vuelta atrás. Jodida gorda. No hace nada más que eso en todo el día y encima lo hace mal. Por cierto, soy Mariel.

—Encantada —respondo sin mucho afán.

—La tita Mariel, Ona, Dafne y Katy. Las chicas de oro. Veréis como lo pasamos bien —augura con una amplia sonrisa, aunque solo puedo verle los ojos reflejados en el retrovisor.

Mis dos compañeras de asiento saludan con la mano mostrando una sonrisa llena de dientes. No las he visto en mi vida, pero las conozco. Las conozco perfectamente. Llevan años haciéndome la vida imposible. En el cole, en el insti, en el campamento, en la pista de patinaje… Distintas caras, distintos nombres, pero las mismas víboras de siempre. No sé si el azar o la mala fortuna ha hecho que ellas dos llegaran primero, solo han necesitado unos minutos para hacerse amigas, y al aparecer la tercera en discordia, es decir, yo, han decidido dejarme fuera del grupo y con ello encontrado un motivo que les una. Putearme. La historia de siempre.

La furgoneta se detiene.

—Muy bien, es aquí. ¿Os gustan los parques? —por toda respuesta recibe unas risitas estúpidas. Ya están con ese rollo de reírse sin parar y darse codazos mientras me lanzan miraditas. No llevo ni una hora y estoy harta. Al final sí que va a ser una condena—. Pues este lo vamos a dejar *niquelao*, ya lo veréis. En marcha —dice impetuosamente bajando de auto.

La parte trasera está llena de cubos, unos metidos dentro de otros, herramientas que no sé para qué sirven, bolsas de basura grandes, tipo saco, y un artilugio de difícil definición, una especie de garrote de metal, acabado en punta, una versión pobre y cochambrosa de las lanzas de los trescientos espartanos del rey Leónidas. Nos endosa un saco y uno de esos garrotes a cada una y se dispone a darnos una clase teórico-practica muy enriquecedora.

—Muy bien, esto es un saco —anuncia mostrando el saco—, y esto es un pincho —ídem de lo mismo—. ¿Que vemos una bolsita de patatas fritas vacía tirada en el suelo?, la pinchamos con el pincho y la depositamos en el saco. ¿Que vemos una latita de refrescos rodando por el paseo?, la pinchamos con el pincho y al saco. ¿Que se nos llena el saco?, buscamos un contenedor y lo depositamos, yo iré con vosotras para suministraros uno nuevo. ¿Está todo claro? —no hay respuesta—. Veo que sí. Pues si no hay ninguna duda, al lío. Una cosita, es muy importante recorrer todos los rincones, especialmente los más alejados y ocultos. Solemos encontrarnos gran cantidad de papelitos, especialmente en esos lugares apartados de las miradas de los usuarios del parque. Qué queréis que os diga, a mí me gusta pensar que son de limpiar las gafas —dice sonriendo, pero a mí se me ha

hecho un nudo en el estómago—, supongo que a la gente le gusta ocultarse tras un seto para limpiar sus gafas. En marcha.

No puede ser. Esto no es real. Es un sueño. Una pesadilla. Eso es, es solo una pesadilla, solo tengo que despertar.

—Yo no pienso recoger guarrerías —musita Dafne entre dientes.

—Yo tampoco —le responde su amiguísima.

De nuevo la risita velada y de nuevo las miraditas hacia mí. Esto no es un sueño, ni siquiera una pesadilla, es algo peor, mucho peor.

Las malditas latas no se pinchan, resbalan, saltan o simplemente se abollan, pero no se clavan en la punta y me toca agacharme y cogerlas con la mano. Mariel no tiene problema, las caza al vuelo. De vez en cuando me mira y me dice:

—No deberías agacharte tanto, sino, cuando acabe la jornada, estarás molida.

Pero es la única manera de seguir su ritmo. A pesar de todo, prefiero permanecer a su lado que cerca de las otras dos. Al cabo de un rato, se detiene en un banco que está a la sombra.

—Vamos a hacer un descanso, ¿te parece?

Asiento.

—Tú no hablas mucho, ¿verdad?

De nuevo asiento, esta vez con una mueca de sonrisa. Mariel se sube al banco y coloca sus posaderas sobre el respaldo; la imito, de su mochila saca un par de *cocas* y me tiende una al tiempo que reanuda su soliloquio.

—Pues deja que te diga algo, mejor así, una vez tuve a una que no callaba, todo el día dale que te pego, yo le seguía el rollo, por educación, pero estaba hasta el moño. Que si su marido no la quería, que si su hijo era un desastre, que si su hermana la estaba poniendo en contra de su madre… ¿y a mí qué me importa? Todo el día rajando, lo que te digo, un agobio. Yo prefiero ir en silencio, con mis pensamientos, como tú. Algunos días pienso que… —continúa hablando y hablando sin parar, yo atiendo sin mucho afán hasta que llega la pregunta—. Bueno, ¿y a ti por qué te han mandado aquí? —la pregunta me fulmina—. Quiero decir, pareces una buena chica y todo eso.

—Yerba —suelto de golpe.

—¿Cómo?

—Me pillaron con algo de yerba y me dieron a elegir, o esto, o multa. La verdad es que fueron mis padres los que eligieron esto. Bueno, mi padrastro, mi madre solo lloraba.

—No te agobies, las madres somos así con nuestros retoños, además, un poco de yerba no hace daño a nadie. Yo misma fumo de vez en cuando, ya sabes, para relajarme un poco…

—¡No era mía! —la interrumpo—. Un amigo me dijo que se la guardara, que a mí no me iban a registrar.

—¡Maldito cabronazo! ¿Te dejó colgada? Te diré una cosa, no debes fiarte nunca de nadie, especialmente de los tíos, y si son guapos, menos.

Sus ojos se abren como si se le fuesen a salir de las órbitas y su voz se ahoga dejando las palabras en un lugar entre su diafragma y la apertura de sus labios. Siento unos ojos en mi nuca, pero no me atrevo a girarme.

—Sera… Será mejor que sigamos —sugiere Mariel levantándose del banco apresurada y recogiendo ambos pinchos con una mano mientras me arrastra con la otra.

Al ponerme en pie me doy de bruces con los ojos que me escrutaban por la espalda. Casi me da algo. Un hombre alto, vestido completamente de negro y de cabello y barba abundante y desaliñada, clava su aterradora e inquietante mirada sobre mí. Me quedo clavada al suelo, mis pulmones dejan de funcionar y los párpados se niegan a humedecer mis pupilas. El vagabundo pestañea y se aleja musitando algo ininteligible.

Mariel se aleja con paso firme, la sigo, arrastrada por su mano, trastabillando y haciendo lo imposible por evitar la caída del saco o del pincho que se me escurren entre los dedos por culpa de los guantes. La lejana voz me hace mirar cada pocos pasos, el hombre parece desesperado. Lejos de su alcance, Mariel se detiene.

—Esto es lo que te digo, no debes fiarte de nadie —me alecciona nuevamente.

—Parece trastornado.

—¿Trastornado? Está como una cabra. Cuando no está por aquí, se mete en la biblioteca y se machaca libros enteros —me cuenta—. Parece ser que era un tipo de lo más listo, pero se ve que de tanto estudiar, o yo qué sé, se quedó medio *gili*. Los excesos no son buenos.

Capítulo II

—¿Te has vuelto loco? —grita el anciano. Su mujer busca aliento tras el susto llevándose una mano al pecho.

—Lo siento —exhalo. No creo que me hayan oído.

Miro de nuevo al frente, no tengo tiempo de enfocar, una bocina me fulmina y una descarga eléctrica de veinte mil voltios me atravesara la columna vertebral desde la nuca hasta los dedos de los pies. Esquivo como puedo el morro del coche, como saltando un plinton, apoyo las palmas y trato de pasar el cuerpo por encima y las piernas por un lado. No noto el golpe. Sigo corriendo. Ahora sí lo noto. La rodilla derecha gime con cada paso que doy. Detengo la carrera y camino marcando bien el paso, tratando de ajustar lo que quiera que se haya desajustado. No funciona. El dolor sube por el muslo y retuerce el engranaje de la cadera. Arranco a correr de nuevo. No puedo. Me llevo la mano a la maltrecha articulación, el vaho de mi aliento provoca el goteo continuo de la nariz, las sienes retumban dentro y fuera de mi cabeza, los oídos se atruenan y la claridad comienza a ser insoportable. Apoyo la espalda contra la pared y cierro los ojos. Calor, mucho calor. La cara me arde. El silencio se rompe de la peor manera.

—¡Jodido cabrón! ¿Te pensabas que te ibas a escapar?

Levanto los parpados con la esperanza de que mis oídos me estén engañando, de que todo sea fruto de mi imaginación. No es así. *El Webo* a un lado y *el Loco* al otro flanquean mi posición, solo falta *el Gordo,* el tercero en discordia, su compinche inseparable.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?

Grita el conductor de coche desde la ventanilla de su vehículo. Quiero contestarle, decirle que me ayude, pedirle disculpas por haber usado su auto como trampolín, no ha sido culpa mía, era la única forma de huir de estos desalmados. Noto un brazo por detrás del cuello, Fernando Rosales, más conocido por *el Loco*, apodo que le va que *ni pintao*, me abraza con camaradería mientras dedica una sonrisa de complicidad al furibundo conductor. *«Lo siento, jefe, mira que le digo que ande con cuidado y nada. Pero no se preocupe, ya no se me escapa»,* le dice con complicidad. Este le devuelve la mueca y prosigue. Como suele pasar siempre, los verdugos empatizan mejor que las propias víctimas. Rubén Chamorro, *el Gordo,* hace acto de presencia, bufa como un animal y se apoya sobre sus rodillas como lo hago yo, pero él no está lesionado, no, simplemente sus piernas no pueden consigo mismo. Escupe, me mira y se ríe; los otros dos le imitan, un concierto de hienas que celebran su captura. Se acabó.

—Has hecho correr al *Gordo* y eso no le gusta ¿vedad? —comenta apresando mi cuello con su brazo, su orondo amiguito asiente entre jadeos—. Ahora te vas a venir con nosotros y tú y yo vamos a tener una charla.

—¡No pienso ir a ningún sitio con vosotros, dejadme en paz! —de nuevo el brazo se comprime y mis vértebras están a punto de saltar en mil pedazos. Tira de mí y me lanza calle arriba, entre empujones y agarrones me arrastran como a un cerdo camino de matadero; los demás viandantes lanzan fugaces miradas para volver a sus quehaceres, deben pensar que somos amigos y que vamos de broma, no les culpo, es la forma habitual de desplazarse de estos imbéciles.

Nada más girar la esquina recibo un fuerte empujón que me estrella contra la pared, el abrigo amortigua el golpe en la espalda; el hueso occipital no corre tanta suerte, lanza un alarido en forma de dolor agudo al impactar contra el cemento. El cuello se vuelve rígido y no dejará de estarlo en los próximos tres días.

—El portátil que me vendiste es una puta mierda.

—Ya te lo dije, es un poco viejo pero funciona bien.

—Funciona como el culo, ¡quiero mi dinero!

«Give me my money», escucho por un oído entre risitas estúpidas.

—No lo tengo, lo necesitaba urgentemente, por eso te lo dejé tan barato…

La leche con cacao, la tostada con queso Philadelphia, mermelada de ciruela y el zumo de naranja, se agitan dentro de mi estómago buscando una salida que trato de mantener cerrada ante el impacto recibido. Claudico contra el suelo. Protejo la cabeza metiéndola entre los brazos y aprieto los ojos hasta ver puntitos blancos tratando de mitigar lo que me viene, pero no, se marchan.

—Tienes tres días para conseguir mi pasta, con intereses, ya sabes,

por las molestias —me advierte alejándose—. Ahhh, y el cacharro me lo quedo, por las molestias también. Tres días, no lo olvides.

Consigo levantar la vista para ver cómo se alejan. El *Gordo* todavía jadea mientras *el Webo* extiende su mano mostrando el índice, corazón y anular para que no olvide el plazo.

—¿Qué ocurre aquí?

Un tipo se apea del vehículo y se aproxima hacia donde estoy plantado extendiendo una mano como si pretendiera sujetar a mis agresores a tres o cuatro metros de distancia, ni que fuese mago. Sorprendentemente funciona, los tres abusones se quedan clavados.

—¿Estás bien, te han hecho algo?

—Sí… no… quiero decir… —nada, eso es lo que quiero decir.

El tío no es gran cosa, más bien bajito, fuertote rozando la rechonchez, pero parece el típico fulano que si se pone a repartir hostias se queda solo. Los mira, no se mueven, en sus ojos hay respeto, hay obediencia, pero sobre todo hay miedo. Un miedo que creía imposible en estos tipos.

—¡Largaos de aquí! —simplemente desaparecen, lo dicho, un mago —. ¿Seguro qué estás bien? —pregunta levantándome de un brazo.

—Sí, sí, no es nada.

—Soy policía, si quieres denunciar puedo llevarte hasta la comisaría. Estos temas no se me dan bien, pero allí tengo unos compañeros que estarán encantados de ayudarte.

—No será necesario.

—Créeme, es mejor atajar esto cuanto antes. Cuanto más tiempo lo dejes es peor. No va a parar. ¡Un momento! —me sujeta levemente del brazo cuando me disponía a encaminarme hacia la avenida—. ¿Tú no eres amigo de Aarón? El chico que hace una semana… ya sabes…

—Creo que se confunde.

—Sí, eres tú. Te vi en el funeral. Estoy seguro.

—Me tengo que marchar.

Acelero el paso sin mirar atrás, dejando plantado a mi benefactor. Las punzadas en la rodilla y un cimbreante y agudo dolor en la nuca, como si llevara un diapasón alojado dentro del coco, me recuerdan una cita. El viernes, dentro de tres días.

Rodrigo Forniés

Capítulo III

—¿Acaso pueden decirme —su voz se quiebra, no aguanta más— por qué mi pequeño no va a volver jamás a casa, por qué ya nunca volverá a su cuarto?

Silencio. Silencio y caras largas. Rostros fúnebres y ojos penitentes aguantan como pueden el llanto de una madre desconsolada. Suena su nariz con un despojo de papel antes de clavar sus hinchados ojos en los míos.

—¿No vas a decir nada? ¿No me vas a decir por qué no voy a volver a ver a mi hijo? ¿Te vas a limitar a seguir ahí callado, mirándome?

La respiración se entrecorta, me temo que esté a punto de sufrir un ataque. Hipea rabia y dolor. Sus pulmones tratan de llorar mediante espasmódicos golpes. Moisés, que está sentado junto a ella se aproxima con delicadeza y atrapa con sus manos las de la desconsolada madre. Inmediatamente le transmiten una corriente eléctrica y comienzan a temblar al unísono.

—Debe calmarse, señora Mayol. Estamos aquí para ayudarla.

El hipo se revuelve y ahora parece ir hacia dentro, como si quisiera contenerlo. Su mirada se aferra a la de mi compañero. Me siento liberado por un instante, lo justo para darme cuenta de que estoy aterrado. Sudo a través de mi nuca y las gotas resbalan por la espalda como el esperma por un vetusto candelero. Mis piernas redoblan un paso intermitente que no lleva a ningún lado, aferro las rodillas con las manos tratando de mitigar el tembloroso movimiento mientras mi cara se petrifica, puedo sentir cómo la sangre deja de circular bajo la

piel del cutis y este se torna calizo como las rocas de una cantera. Inerte. Sin gesto alguno. Sin vida. Como el pobre Aarón.

—No me puedo imaginar por lo que está pasando. De verdad. Y comprendo su rabia —interfiere Moisés.

—Lo siento —musita por inercia más que por convicción.

—No se preocupe. Pero es nuestro deber esclarecer los hechos, si no se ve preparada, lo comprendo, pero es muy importante que nos ayude. Por usted, tal vez le ayude a encontrar algo de paz. Por su hijo, para que lo que le ha sucedido no sea en balde. Y por otros muchos hijos de otras muchas madres que no se merecen pasar por lo que usted está pasando.

—¿Usted también cree que se suicidó? ¿Que no aguantaba más a mi lado y decidió quitarse de en medio? Soy una mujer separada, abandonada, con pocos recursos, pero soy una buena madre.

—Lo sabemos, lo sabemos.

Se deshace de entre sus manos y se yergue desafiante. Moisés queda estupefacto.

—¿Creen que se suicidó? ¿Que no aguantaba más la vida de mierda que le había labrado y por eso decidió tomar el camino más fácil? —recupera estas últimas palabras para sí misma con amargura antes de proseguir—. ¿Que todo es culpa mía, que mi hijo no me quería y por eso… por eso…?

—¡Yo no! —interfiero impulsivamente sin saber qué decir a continuación. El silencio rasga el aire. Un silencio que zumba en los oídos con estrepito—. Yo no lo creo… No creo que se suicidara y no creo que seas una mala madre, y te prometo que voy a llegar hasta el final de todo esto.

El cuello de mi compañero no aguanta más el peso y su cabeza y vence entre los hombros. Habíamos hecho un trato: vendría con él, tenía que dar la cara, no podía simplemente escaquearme, como un cobarde, como ya hice en el pasado, pero eso sería todo, entrar, mostrar respeto y pesar, acompañar en el duelo a la afligida madre y nada más. Ni una palabra, ni una pregunta y mucho menos lanzar una promesa, una promesa imposible de cumplir. Ya es tarde. Moisés lo sabe y se odia por haberme traído. De vuelta a comisaría no habrá reproches, solo silencio.

—Señora Mayol, lo que mi compañero quiere decir es que nosotros no estamos aquí para juzgar a nadie, y mucho menos a usted.

—Lo siento, todo esto me supera.

—No se preocupe, nos hacemos cargo.

Su mirada vuelve a perderse en algún lugar entre los arrugados pliegues del pañuelo.

—Si considera que no es buen momento podríamos venir en otra ocasión, pero es muy importante que nos ayude. Cualquier cosa, por

insignificante que le parezca, podría servirnos de mucho.

Asiente ligeramente.

—¿Desea continuar?

Asiente con más firmeza. Le odio. Me odio a mí mismo. Hacemos esto a diario, dejamos que personas destrozadas se flagelen ante nosotros haciéndoles creer que es el mejor momento, que cuanto antes contesten a nuestras preguntas, antes se resolverá el caso. La realidad es muy distinta, el exceso de trabajo, la falta de otro hilo del que tirar o, a veces, la imperiosa necesidad de cerrar este expediente para no tener que volver a conducir tres cuartos de hora días después, hacen que forcemos a personas indefensas en el momento en que se encuentran más vulnerables y arrancarles, como si de una tira de esparadrapo se tratase, una declaración. Un hilo de voz, quebrada y trémula, se derrama contra el piso con nostálgico dolor.

—Creo que es una tontería —recuerda con nostálgica tristeza—, pero Aarón tenía una especie de amigo, un tipo, como les diría, peculiar.

Callamos, es mejor no decir nada, que se tome su tiempo, que sus primeras palabras arrastren a las siguientes. Una vez que empiezan, no pueden parar.

—Nosotros, mi hijo y yo, carecemos de muchas cosas, tú ya lo sabes —me mira para acto seguido encararse hacia Moisés, ha decidido contárselo a él, mejor dicho, ha decidido contármelo a mí pero mirándole a él—, por esto al principio no quería tener ningún perjuicio hacia este chico, es algo habitual detestar en los demás defectos propios, ya saben. Aarón solía ir al parque con sus amigos, allí lo conoció, al principio charlaba con todos ellos pero poco a poco, y debido a su naturaleza bondadosa, siempre se daba a los demás, acabó acercándose a mi Aarón. Empezaron a quedar a solas, a mí no me importaba demasiado, pero un hombre mayor, de dudoso pasado y, por qué no decirlo, un aspecto que alarmaría a cualquier madre, que quieren que les diga, no me hacía mucha gracia. Yo hablaba con él, desde la comprensión, no desde la acusación, pero insistía en que solo era un amigo, un tipo que le contaba muchas cosas interesantes, que nunca le pedía nada, al contrario, le solía regalar cosas, porquerías sin valor envueltas en historias fascinantes sobre su origen. Todo esto causaba una gran impresión en un joven de dieciséis años falto de una figura paterna y perdido como todos a su edad —se lleva las manos a la cara—. No quiero ni pensar que haya tenido algo que ver.

—No saquemos conclusiones precipitadas. Siga, por favor.

—A mí no me parecía mal que hubiese encontrado un referente en aquel individuo, me culpaba de la pérdida de su padre y no estaba dispuesta a joderle otra vez. Pensé que sería algo pasajero, que

conocería a una chica, que se aburriría de tanta fábula. ¡Ahora me doy cuenta de lo estúpida que fui!

El llanto agónico pone fin a la entrevista. Nuestras prisas por obtener algún resultado acaban de romperle el alma a esta pobre mujer. Aun así, decido quemar el último cartucho, quizá para no tener que volver, quizá por simple deformación profesional.

—Un nombre. Aurora, necesitamos un nombre.

El llanto cesa, las manos se separan del rostro descolgando una infinidad de hileras mucosas barnizadas por las lágrimas. No levanta la cabeza. Solo dice tres palabras, luego silencio, no llora, no habla, solo calla y sufre.

—Román. Román Mendeliev.

Abandonamos el piso en silencio. Moisés cierra la puerta con sumo cuidado, como si no quisiera molestar, un nuevo acto de hipocresía. Le destrozamos la vida a una pobre mujer pero procuramos no dar portazo al salir.

—Por lo menos tenemos algo.

—No tenemos nada, dudo que ese nombre sea real.

Bajo las escaleras con la sensación de haberla rematado. Moisés calla, no piensa preguntarme de qué la conozco, no me va a recordar que mezclar un caso con la vida personal nunca sale bien. ¿De qué la conozco? Buena pregunta. Me gustaría saber la respuesta.

—¿Un café? —pregunta sin mucho afán.

—¿Por qué no?

Aurora Mayol. Un salvavidas al que me aferré en el pasado, cuando mi barco naufragó. Un recuerdo. Un parche en una herida abierta. Un cadáver abandonado en la cuneta de los desamores.

Aurora Mayol, una madre destrozada que no encontrará descanso en esta vida. Cuando hablamos de víctimas nos olvidamos de las víctimas colaterales, las que no figuran en informes o estadísticas, las que quedan heridas para el resto de su vida sin que a nadie le importe, sin que nadie les ayude.

Capítulo IV

—¡Te lo juro, es algo increíble! Cuando lo pruebes te olvidarás por completo de cualquier juego. Lo juro. De veras.

Mi silencio confunde y descoloca a Alejandro. Alejandro Aldaba, un compañero de aventuras digitales y lo más parecido a un amigo que tengo. Baja los ojos y sus hombros se vencen hacia delante. No es muy comunicativo, no en el cara a cara, como yo.

—Vayamos a un lugar más tranquilo —sugiere.

—Sí, pero ¿dónde?

—A la antigua fábrica de harinas. Hay un boquete en el muro por la parte de atrás. Ya he estado ahí otras veces. Créeme, no nos molestará nadie.

Arranca el paso arrastrándome con el rebufo, pero le detengo con mi voz quebrada.

—¿Qué día es hoy?

—Viernes —espeta al vacío, esperando que recoja su respuesta mientras aún flota en el aire.

—Podemos ir por la ronda.

—¿Por la ronda?

—Síií. Ya sabes, por la ronda del parque —titubeo—. Me apetece dar un paseo.

—¿Estás metido en algún lío?

Su mirada interrogativa se desvanece en el suelo antes de pronunciar la última palabra. Claro que estoy metido en algún lío, como él, en el lío de ser distinto, de ser diferente, de ser débil. En el lío de tener que esquivar las zonas concurridas para evitar ser

atracado o vapuleado, en el lío de ocultar mis aficiones y la consiguiente mofa por parte de los demás, en el lío de vivir en un mundo que no me gusta y que yo le gusto menos a él. No respondo. No hace falta.

Sincronizamos el paso, como dos extraños que caminan ignorando la realidad del otro. Como unos desconocidos que suben en ascensor y no quieren hablar, pero no soportan la compañía muda del otro.

—¿No vamos a necesitar…?

—Llevo todo lo necesario en la mochila.

El camino se deshace bajo nuestras suelas de goma y miradas apocadas. El sol se extingue con tristeza lanzando su luz contra los vetustos ladrillos, ahumados por el tráfico de camiones y autobuses, de los modestos edificios sociales del extrarradio. Pingos, trapitos y ropa interior de talla XXXL ondean como banderas identificando así el patronaje de las naves que, estáticas, derivan sin saberlo hacia un ocaso que ahora colorea, de alazán y bermejo, sus foques y vergas, tejidas y amarradas a la arcilla cocida y el cemento.

—Es aquí. —Me apremia con la palma de la mano mientras se asoma al hueco que atraviesa la tapia. Me aproximo dando saltitos entre los yerbajos secos que arañan mis tobillos y cuyas espinosas semillas se cuelan en las zapatillas clavándose en los calcetines, recordándome a cada paso su presencia. El hueco es angosto, pero no es problema para un saco de huesos como yo. Meto la pierna y la cabeza al mismo tiempo, rápidamente repliego la otra, como si una garra fuese a atrapar el miembro que se queda atrás, al otro lado de la tapia. Al final me golpeo en la chepa, un arañazo poco profundo recuerdo de mis propios miedos e innata cobardía me acompañará los próximos días.

Ante nosotros se muestra el decimonónico edificio de ladrillo, ufano, atemporal. Mi abuelo siempre decía que las cosas no se hacen como antes, ahora todo se rompe o se desgasta, antes todo se hacía para durar, y no se equivocaba, tan solo los ventanales, huérfanos de sus vidrios, mostrando una tenebrosa oscuridad, como bocas de fantasmas gritando en silencio al unísono, y los canalones oxidados, a modo de abalorios de una momia, indican el abandono del lugar.

Alejandro enciende la linterna, todavía se ve bien, lo que me indica que me lleva a un lugar en donde no me apetece entrar, y eso que ni siquiera sé dónde es.

Una puerta ajada cede, y una burbuja de tenue luz nos envuelve entre crujidos y traspiés.

—Siéntate.

Dudo. Sus ojos vuelven al suelo. Poso mi trasero, pero no me siento, no, esto no está ni a mil kilómetros de estar sentado. Alejandro comienza a extender sobre los viejos palés, que hacen la función de

mesa de centro, el contenido de la mochila con la seguridad del iniciado. Finalmente saca el último cachivache emulando el prestigio de un truco de magia.

—¿Pero esto es una puñetera caja?

—Sssshhh, escúchame —exige mirando alrededor—. No tenemos demasiado tiempo, tenemos que aprovechar la luz que entra ahora.

Los ventanales lloran un níveo velo que apenas alumbra lo suficiente para mantener encendida su efímera existencia. Millones de motitas de polvo y otras sustancias cancerígenas salpican su tenue luz. Absorto escucho las indicaciones un tanto surrealistas de mi improvisado gurú.

Capítulo V

—Resulta que era su propia hermana la que se entendía con su marido, no me quiero imaginar lo que sufriría al enterarse. No te fíes nunca de nadie, ni de los de tu propia sangre. Un tío mío, el tío Jesualdo, hermano de mi madre, el que va justo antes que ella, será como un par de años mayor…

Muerdo el bocadillo de tortilla, que me resulta seco e insulso, mientras desconecto por completo la madeja de historias interminables que Mariel se esfuerza por darme a conocer. Ya no sé si estamos en la peluquería, en el entierro de su padre o en las chimbambas, lo cierto es que esta mujer no para de cascar. La bola que se forma dentro de mi boca, una argamasa a base de pan del día anterior y tortilla con demasiada patata se niega a bajar por el esófago. Palpo el borde del banco en busca de mi *coca*, no atino a encontrarla, podría echar un ojo y averiguar su emplazamiento exacto, sería mucho más sencillo, pero no puedo, mis ojos se clavan en el tipo del otro día. Su figura grisácea recostada sobre un banco dibuja la estampa de quien pasa de todo, de quien no sigue norma alguna; me recuerda al filósofo Diógenes, siempre a su bola, siempre priorizando lo que en ese momento le parece primordial. Sin normas, sin decoro, sin horarios ni planes, solo eso, vivir el momento. La voz taladrante de Mariel flota a mi alrededor, sus palabras me tocan y resbalan para perderse entre las copas de los árboles. Mis pies avanzan trémulos como atraídos y repelidos al mismo tiempo. La masa de harapos ocres y de aspecto pestilente permanece inmóvil. *«¿Estará vivo? ¿o le habrá dado un parraque como augura tantas veces Mariel?».* Puedo distinguir

su cara, vencida hacia atrás hasta donde el cuello lo permite, parece disfrutar de los rayos de sol, sus brazos forman una cruz que abarca casi todo el respaldo, no parece estar tan mal.

—¡Hola!

Un ojo me chequea, como esas cámaras que vigilan silenciosas guardando los accesos de comisarías, hospitales, colegios, bocas de metro e infinidad de edificios, parques, calles... el gran hermano siempre te vigila.

—Pensé que te podía apetecer mi bocata, yo no voy a tomar más y es una lástima desperdiciarlo, aunque te advierto que no es gran cosa.

El objetivo de la cámara humanoide escruta mi figura a conciencia, sin parpadear. Un observador inanimado radiante de desprecio e indiferencia. Se detiene en mis manos ofreciendo el bocata, luego mi cara, otra vez el bocata para acabar recuperando su postura inicial con la mirada hacia el infinito.

—Si tuviera hambre ya habría comido, niña.

—Pensé que podías necesitar algo de ayuda.

—¿Porque no me gasto mi dinero en estúpidos conjuntos de ropa, o voy a toda prisa de un lado para otro tratando de llegar a todas partes pero no llegando a ningún sitio, has deducido que preciso de tu ayuda? Qué gran honor.

—Bueno, el otro día le pediste a Mariel…

Hace un par de días este sujeto se nos acercó muy alterado solicitando, o más bien exigiendo, unas monedas con la excusa de que tenía que realizar una llamada desde una cabina. *«Es cuestión de vida o muerte»*, afirmó. Mariel le deslizó unas monedas porque, aunque parece valiente y va de dura, en el fondo estaba asustada. Posteriormente comentamos qué podía ser tan importante como para calificarlo de vida o muerte, pero llegamos a la conclusión de que solo era una burda excusa, al fin y al cabo, ¿Quién usa una cabina de teléfono hoy en día? Ni siquiera sé si queda alguna en funcionamiento, supongo que sí.

Algo se activa en su interior al oír mi reproche que le hace incorporarse clavándome una mirada que helaría el mismísimo fuego del infierno.

—¡Escúchame bien! —masculla apretando los dientes—, el otro día había una vida en juego, pero eso no te da derecho a que me trates como a un vulgar indigente que pide para alimentarse.

—¿Una vida en juego? —pregunto asustada.

—Sí. La vida de un chico de tu edad pendía de un hilo. Tal vez la próxima vez sea la tuya la que dependa de una llamada. ¿Imaginas lo que significa que tu vida dependa de una miserable llamada telefónica?

Una certera estocada clava su delgada punta en el centro de mi

alma. El impacto me lanza hacia atrás, mis piernas entumecidas solo aciertan a dar pequeños y rígido pasitos, como si tratase de mantener el equilibrio sobre unos zancos de madera. Dos o tres pasos, no más. Con las manos tendiendo aún el bocadillo y la boca privada de gesto alguno, a punto de dejar caer la saliva que se acumula dentro por sus comisuras, tropiezo, unas manos firmes y cuidadosas sobre mis hombros evitan la caída. No me vuelvo, me quedo inmóvil.

—Tranquila —ordena más que sugiere una voz seca sobre mi cabeza.

—¿Román, Román Medilez?

El tiempo deja de correr, los pájaros silencian su canto, el tráfico de la avenida se aleja hasta desaparecer. A pocos metros Mariel, con los ojos como platos, se lleva ambas manos al pecho. Parece que toda su gallardía se ha esfumado con los autobuses y las aves urbanitas.

—¿Eres tú, verdad? ¿Parece que te gusta merodear jovencitas?

—Yo no he hecho nada. Ha sido ella la que ha venido a hablar conmigo. Díselo —exige desafiante.

—¿Estás bien, guapa? No deberías acercarte a esta escoria. ¿No te lo han enseñado tus padres?

Asiento por simpatía. Las paternales manazas que se apoyan sobre mis hombros liberan su presa y doy un nuevo traspié. Román gira la cabeza hacia los parterres con expresión felina hasta que ve a una pareja de uniformados custodiando una posible escapatoria por ahí, inmediatamente baja la mirada asumiendo la derrota.

—¿Eres Mendélez o no?—pregunta el tipo que está junto al que me ha sostenido evitando que acabase sobre el albero del camino.

—Mendeliev, ¿no le han enseñado pronunciación sus padres?

—Basta de cháchara, te vienes con nosotros.

—¿Estoy detenido? ¿De qué se me acusa?

—¿Detenido? Nooo, hombre. Solo queremos charlar contigo, como buenos camaradas.

Las zarpas que instantes antes habían evitado mi caída ahora aferran el hombro del pobre diablo en un gesto que indica claramente *vamos a llevarnos bien.*

—Yo no sé nada. De nada, ni de nadie. Solo trato de sobrevivir en esta jungla. Sigo mi camino y evito cualquier problema. Se lo juro —grita Román resistiéndose. Los dos hombres, que supongo son también policías, se tienen que emplear a fondo para reducirle. A pesar de su delgadez, la gran envergadura de sus brazos le profiere una fuerza que hace que ambos policías tengan que ocuparse cada uno de un brazo. Primero lo estiran como si pretendiesen medir su longitud para doblarlo por detrás de su cuerpo, finalmente fuerzan la articulación hasta donde no permite más giro y el individuo cae de rodillas.

—Yah. Tengo entendido que frecuentabas la compañía de un chico,

jovencito como nuestra incauta amiguita. ¿Cómo era…? Vamos, échame un cable, es lo que hacen los buenos amigos, ¿no? —pregunta jadeante ante el súbito esfuerzo realizado mientras una mano desaparece bajo su chaqueta, apareciendo de inmediato con unos grilletes. Un hábil movimiento seguido de un clic y Román deja de suponer una amenaza.

Su cuello acaba preso del fornido brazo ante la mirada pasiva de sus compañeros, esta vez el mensaje es claro: *Déjate de gilipolleces ¡ya!*

—No sé de qué me habla, lo juro —jadea.

—Lo juro, lo juro. Se acabó. Andando.

Entre ambos policías lo levantan, cada uno de un brazo, es un trabajo en equipo bien realizado, parece que lo hacen todos los días, y lanzan al miserable contra los uniformados que lo reciben como si fuese un apestado, asiéndolo cada uno por un brazo, y se encaminan con él hacia la puerta este. A pesar de sus sollozos y súplicas el policía decide apuntillar al reo de camino al coche patrulla.

—Escúchame bien. Nos vas a decir de qué conocías a Aarón Peláez, nos vas a contar qué coño hace un gusano como tú dejándose acompañar de adolescentes y nos vas a explicar qué le hiciste a ese chico para que decidiera quitarse la vida. Y lo vas a hacer antes de que su madre le lleve flores a la tumba.

Los pies dejan de trastabillar para acabar arrastrados por sus captores. A pesar de estar de espaldas, puedo ver cómo su gesto se quiebra cuando gira la cabeza en busca de la voz que le martiriza.

—¿Aarón se ha…?

No termina la pregunta. El canto de los pajarillos regresa, los autobuses vuelven a descomprimir sus calderines y el tiempo reaparece como si no hubiese faltado nunca.

—¡Jesús! ¿Estás bien? —pregunta Mariel con rostro gélido y mortecino.

Asiento sin convicción mientras por mi retina se cuela la imagen de un hombre gritando desesperadamente dentro de la patrulla de policía. Unos gritos mudos que solo yo alcanzo a oír. Unos gritos que se pierden entre el bullicio de la gran ciudad.

Ona

Capítulo VI

«Mierda. Otra vez las llaves». Pico el telefonillo hurgando con la punta de los dedos de la otra mano el fondo del bolsillo, esperando una aparición milagrosa que no llega.

—¿Síííí?

—Yo.

La palabra mágica desbloquea el seguro de la puerta, de esta y de cualquiera, más que una palabra mágica es una llave maestra para ladrones, repartidores de publicidad y vendedores puerta por puerta. Empujo con fuerza, pesa como una tonelada, cuando hay hueco suficiente me deslizo en una maniobra milimétrica y me cuelo en el portal. La puerta se cierra con furia, como el sello de una pirámide custodia de un gran faraón, para detenerse en el último momento y finalizar su trayecto con un cuidadoso y sutil clic. A pesar de que siempre es así, no puedo evitar apretar los dientes y arrugar el gesto ante el posible portazo. El silencioso desenlace me causa un vacío que me aturde aún más.

—¿No te has llevado las llaves?

Mi madre es experta en hacer preguntas innecesarias: si hace frío en la noche más gélida del invierno, calor en pleno sofocón de agosto, sed después de correr, hambre antes de almorzar, y un sinfín de obviedades que pregunta sin esperar respuesta, al menos yo no se la doy y dudo mucho que se las cuestione a alguien más. Cruzo el pasillo como un fantasma, sin contestar, saludar o mirar a mi progenitora. Al llegar a mi cuarto me desplomo contra el colchón.

—Bueno, ¿no me vas a contar qué tal te ha ido en tu primer día de

trabajo?

—Por favor, no es un trabajo, es un estúpido castigo, impuesto por una estúpida zorra y que yo tengo que cumplir como una estúpida. ¿De verdad crees que tengo ganas de hablar de eso? ¿Que tiene algo de divertido o ceremonioso todo esto?

No la veo, mis ojos se pierden en el techo, la siento a mi lado, sentada sobre la cama, posando una de sus manos en mi pierna, pero no la veo. No me hace falta, conozco perfectamente la expresión de su cara cuando se me acerca afectuosa y solo recibe mi desprecio. Antes no era así, era mi mejor amiga, mi estrella polar. Cuando era pequeña, ocho o nueve años, charlábamos durante horas; bueno, yo le hablaba, le hablaba sin parar y ella paciente me escuchaba sin mostrar desinterés o aburrimiento. Recuerdo una tarde, la encimera de la cocina, esta no, la de la otra casa, completamente cubierta de harina, un fino manto blanco salpicado de gotitas de mantequilla, habíamos hecho galletas y aguardábamos, mirándonos en silencio; el sonido de la campanita del horno para extraer el fruto de nuestro esfuerzo, pero lo menos importante era eso, lo verdaderamente importante era el momento que compartíamos mientras la harina y la mantequilla envolvía nuestras manos. Ahora solo somos dos extrañas, dos compañeras de piso que no hablan por no pecar y entierran sus verdaderos sentimientos y sus dolorosas miserias tras una amabilidad forzada la una y un desprecio desmedido la otra.

—Ha llamado tu padre para peguntar cómo te ha ido. También dice que este fin de semana lo tiene libre.

—¡No pienso ir!

—Y yo no pienso permitir que nuestros errores condicionen tus lazos afectivos. Es tu padre, los problemas que hayamos tenido nosotros…

—¡No empieces con esa mierda otra vez, joder!

—¡Ona!

—¡Ni Ona, ni hostias! ¡Os odio, os odio a los dos! Deberías ir tú a pasar el fin de semana con él si tanto cariño le tienes.

—La psicóloga piensa…

—¡No quiero volver a oír nada de esa zorra!

—Ona, por Dios.

—¡Lárgate de mi cuarto! ¡Lárgate de aquí y déjame!

—Ona, escúchame…

—¡QUE ME DEJEEEES!

La garganta me quema. Mi madre abandona la habitación entre lágrimas. Ahora me odio, me odio por hacerla sufrir y la odio a ella por permitírmelo. La psicóloga, a la que no pienso volver a visitar, dice que estamos en un punto de incomunicación total; yo creo que es algo mucho peor. Dios, me arde la garganta y la cabeza me va a

estallar. Necesito una calada de algo que me lleve lejos de aquí.

Miro dentro del gatito de cerámica que hice en primaria, nada. Rebusco en los bolsillos de mi mochila, en los de los pantalones y abrigos que he usado los últimos días, nada. Vacío cajones, abro y cierro cajitas, monederos, estuches, nada. Agarro las llaves y las miro durante un segundo, como quien mira una tabla de salvación, y salgo a toda velocidad pasillo adelante. Al cruzar por la puerta de la cocina puedo ver por el rabillo del ojo a mamá, es solo un segundo pero me basta, está sentada con la mirada perdida, entretenida con el teléfono. Últimamente es lo que hace, desde que nos vinimos a vivir a casa de Cosme, su novio, o como le gusta decir a ella, su actual pareja, no hace otra cosa, Su vida ha cambiado, supongo que a mejor para ella, y ahora tiene compromisos sociales a todas horas, supongo que para llenar un vacío que no llena con el afecto de su hija. No digo nada. Me largo.

Mis pies caminan a toda velocidad, me ayuda a no pensar, zigzagueo entre los demás usuarios de la vía como si estuviera esquiando, atravieso la calzada entre el morro de una furgoneta que se acaba de detener y el culo de un viejo taxi que arranca frenéticamente, ahumándome. Llego hasta la escalinata de los juzgados, curioso sitio para conseguir un poco de maría. No veo a ningún conocido, interrogo con la barbilla a un par de chicos que están sentados en los peldaños. Uno de ellos sacude la cabeza, será mejor que vaya a otro sitio. Bajo las escalera del metro hurgando en los bolsillos en busca del abono, lo aproximo al lector, no va, motivo más que suficiente para que le dé un buen golpe. No sirve de nada, pero esto me relaja, el gorila que permanecía embobado junto a las taquillas se aproxima. «Vengaaaaa…». Verde. Adiós, payaso.

El vagón se contonea juguetón sobre los raíles mientras ojos extraños se pierden en sus pantallas o en el vacío. Esta es mi parada. Salgo como un rayo, desde la boca veo a Reduan, un chico de mi instituto que a veces tiene algo. Acaba de atravesar la entrada del parque, no se me puede escapar, como no lo alcance pronto vete a saber dónde se mete. Corro. Todo se detiene. Oigo una bocina lejana, como si estuviese dentro de un profundo pozo. Una mujer esperpéntica, sacada del catálogo de *modas horteras* se llevas ambas manos a la boca. Miro a la puerta del parque, Reduan ha desaparecido. Los vehículos atraviesan mi campo visual a cámara lenta. Acabo sentada en el suelo, una mano huesuda y apergaminada me sostiene por el brazo, es la culpable de que acabe sobre la acera y de que no me haya atropellado un autobús. Escruto con la vista hasta el final de la extremidad, al brazo largo y delgado lo acompaña un

rostro tosco, de entre la frondosa barba y el descuidado bigote brotan unas palabras.

—¿Estás bien? Por poco te pilla —dice.

—¡Jesús, María y José! Estos chicos van como locos —comenta la señora de indumentaria antediluviana y mal combinada.

La señora, llevándose la mano al pecho, continúa nombrando a todos los santos del santoral. Mi benefactor me ayuda a levantarme.

—Yo a ti te conozco. Eres la chica que va con Mariel, ¿no? ¿La del bocadillo? Cómo olvidar eso. ¿Se puede saber adónde vas con tanta prisa?

Me quedo muda. Ni siquiera contesto a la maldita cacatúa cuando se dirige a mí para preguntarme cómo me encuentro, dando por hecho que soy un varón. ¿De verdad? Con esa pinta de *te atreves a cuestionar mi feminidad solo porque gasto pantalones y llevo el pelo corto.* ¡Que te den!

Capítulo VII

El aire fresco inunda mis bronquios como si acabase de ascender desde el mismísimo fondo del océano. Los ojos centellean en la oscuridad buscando una luz que ni ellos, ni los oídos, alertados como un los de un lince, aciertan a encontrar. ¿Qué ha pasado? *«¡Alejandro, Alejandro!»,* grito. Nada. No hay respuesta. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? «¡Alejandro!». ¿Lo he dicho en voz alta o solo lo imagino?

Las piernas se resisten a sostenerme y titubean ante el intento de levantarme. Encogido por miedo a golpearme en la cabeza con algo avanzo a tientas hacia una tenue claridad. Los pies arrastran arenilla y polvo arrancando del suelo, un siniestro gruñido, las manos asustadas se lanzan hacia lo desconocido en busca de obstáculos inexistentes, o algo mucho peor. Saco el móvil. El instante antes de activar la linterna es el peor, lo hago mirando la pantalla por miedo a lo que pueda revelar su destello. El camino se ilumina rodeado de tenebrosas sombras que se alargan y danzan a cada paso, haciendo el camino más siniestro incluso que cuando no había nada de luz. Llego a una ventana, veo el hueco en el muro unos metros por debajo, pero no sé cómo llegar hasta él. Valoro descender por la fachada, imposible. No quiero girarme, no quiero volver ahí dentro, pero no me queda otra. Comprimo el cuerpo tratando de ocupar el menor espacio posible, como si de esta manera estuviese a salvo de lo que sea que me acecha, y camino a toda velocidad. No me detengo, no miro atrás. Mis oídos se taponan amplificando sonidos que nacen a mi espalda. Cruzo una puerta, otra. Vuelvo al mismo sitio. Continúo mi frenético caminar hasta dar con el hueco de la escalera, una boca abierta a un abismo de

oscuridad. Desciendo de dos en dos los peldaños, alguien me llama, ¿será Alejandro o será mi imaginación, que me juega una mala pasada? Acelero el paso y hundo aún más la cabeza entre los hombros. Me golpeo en un brazo al superar una columna y el móvil se me resbala de las manos; no llega a caer al suelo, lo cojo al vuelo, pero es suficiente para que la linterna quede bloqueada por uno de mis dedos. No pienso, solo veo la claridad que entra a través de una puerta a unos pocos pasos. Se acabó. Me lanzo a la carrera completamente a oscuras, el miedo se ha apoderado de mí, no razono, no pienso, solo corro. Cuanto más corro, más deprisa intento correr. Tropiezo con algo pero no caigo, ya casi estoy fuera. A trompicones atravieso el umbral para acabar sentado en el suelo cara al decimonónico edificio. Me aterra. Sus puertas y ventanas gritan mi nombre con su siniestro lenguaje de silencio y oscuridad, noto cómo tratan de agarrar mi alma. Me levanto y me lanzo a través de la oquedad del muro. Una vez fuera no me detengo hasta llegar a la avenida. La luz de las farolas me abriga con un manto de luminosa protección, sujeto mi excitado caminar mirando a un lado y a otro en busca de testigos de mi absurdo brote de pánico. No hay nadie, solo un tipo con un perrito minúsculo que no se ha percatado de mi presencia. Modulo la respiración como puedo, una cuadriga de caballos pura sangre galopa dentro del pecho sin auriga que los gobierne.

Ya pasó todo, bueno, todo no. ¿Dónde está Alejandro? Agarro de nuevo el móvil y busco su número. Imposible, ha muerto, su batería no ha soportado tanta emoción y ha decidido irse a descansar. Me quedo mirando la pantalla, el reflejo del cielo nocturno sobre el cristal me la muestra completamente negra, un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Qué coño ha pasado ahí dentro?

Continúo a paso ligero con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, bueno, solo los dedos, es todo lo que me cabe para aplacar un poco el relente de la noche. Cada pocos pasos, un flash, un recuerdo borroso pero muy intenso lacera mi espalda volviéndolo todo del revés. Dudo entre la realidad y la ensoñación. Necesito respuestas pero no sé a dónde acudir. Alejandro, ¿dónde coño estás?

Las baldosas se suceden una tras otra a toda velocidad, esquina tras esquina atravieso la ciudad dormitorio que hace gala de su nombre, es justo al doblar una cuando el tiempo se ancla al suelo y todo lo demás pasa a un segundo plano.

—Hombre, mira qué sorpresa.

Levanto la mirada sin detenerme para ver al *Loco*, el *Webo* y el *Gordo* caminando hacia mí con su baile de empujones y pataditas. ¿Estos tíos no duermen? ¿Están juntos día y noche con el único cometido de tocarme los huevos? Una mano insolente se apoya contra la pared y me corta el paso.

—No te he visto en todo el día.

—He estado ocupado, déjame en paz.

Aparto su mano tratando de no parecer agresivo o pendenciero. Craso error, estos tipos huelen el miedo. Los esbirros de Mazalán, odian que les llamen así. Mazalán es la barriada donde malviven, pero no les gusta reconocerlo. Comienzan a rodearme emitiendo sonidos provocativos para alentar la rabia de su jefe.

—¿Y mi dinero?

—¡Te he dicho que no lo tengo!

—¿Me estás gritando? Me está gritando —comenta jocoso a su plebe mientras estos gimotean como imbéciles.

Chocan sus manos y comparten una serie de empujones, o abrazos bruscos, o yo qué sé, supongo que es la manera que tiene para alargar el sufrimiento de sus víctimas. En ese momento tomo la peor decisión que puedo tomar, echo a correr. Corro con todas mis fuerzas, el deporte nunca ha sido mi fuerte, pero en circunstancias especiales el cuerpo es capaz de llegar a límites inimaginables, y esta lo es. Puedo escuchar sus alaridos feroces a pocos metros, pero no me atrevo a mirar, tan solo soy capaz de comprender que solo me persiguen dos de ellos. Supongo que el *Gordo* esperará a que los galgos atrapen a la presa. No hay plan B, ni siquiera hay plan A. ¿Qué haré cuando llegue a casa? No me da tiempo a sacar la llave, no tendré tiempo de abrir la puerta. No puedo correr eternamente. ¿Tal vez entrar en algún sitio? Sí, eso es. Podría entrar en el metro, seguro que hay un vigilante muerto de sueño en algún sitio, pero, ¿qué hora es? No tengo ni idea, con tanto trajín no he mirado la hora en ningún momento. Al cruzar por el escaparate de una tienda de electrodomésticos sus luces se apagan. Los flases no solo son de luz, los hay también de tinieblas, y este flash de oscuridad me ha dado de lleno. Algo se remueve en mi interior, algo tremendamente intenso, un recuerdo o una ficción, no lo sé, pero me transporta a un lugar lejano, un lugar en el que ya he estado pero no recuerdo. El recuerdo es tan intenso que no me abandona con los primeros golpes y patadas, los encajo a cámara lenta con una sonrisa que no hace más que enfurecer a mis depredadores. No siento los golpes, ni los insultos, ni las vejaciones que prefiero no contar, solo siento que traspaso de nuevo esa puerta, luego nada, o mejor dicho, TODO.

Capítulo VIII

—Tengo algo —dispara Moisés clavando los nudillos en mi mesa.

—¿Sobre el chico o sobre el tipo del parque?

—Ambos. Parece ser que en varias ocasiones visitaron juntos a un doctor, un tal doctor… —se yergue para consultar una ajada libreta— Narbona, Rogelio Narbona.

—No entiendo qué relación puede tener con el caso, si es que hay caso.

—Al principio yo tampoco lo veía, pero al enterarme de que es un loquero pensé que algo olía raro.

Mi cara denota completa pasividad ante el escaso peso de la noticia, pero Moisés no se rinde y me arrastra con sus palabras.

—¡Vamos! Te lo cuento por el camino.

Cruzamos la ciudad por el centro en hora punta. No es que me importe perder el tiempo, y menos cuando no tengo nada mejor que hacer, pero los embotellamientos me sacan de mis casillas, miles de imbéciles acelerando y frenando como corderos asustados que se apelotonan en la entrada del establo, balando desconcertados e intentando avanzar unos sobre otros, sin saber o a sabiendas que en el lugar al que aspiran a meterse es todavía peor que del que huyen. Durante los veinte minutos que dura el trayecto me pone al día de su descubrimiento, aunque le bastan dos, los otros dieciocho pasan entre incómodos silencios y veladas respuestas sin sentido.

Parece ser que el chico, Aarón Peláez, y el indigente, que resulta llamarse realmente Norberto de Villalonga y no sé qué, detrás de todo

ese rollo siberiano se esconde un tipo de buena familia al que parecen haber dado de lado; la verdad, no me extraña. Como te decía, el tal Norberto y el joven frecuentaban una institución mental, no como pacientes, sino como amigos del doctor Narbona. Al menos eso es lo que le ha dicho, quien quiera que le haya cogido el teléfono del centro donde ejerce el facultativo, a mi compañero, porque de momento no tenemos noticia alguna del buen doctor. Un hilo del que tirar que me temo no lleve a ninguna parte. Por lo pronto, y por mi experiencia, tratar con médicos, aunque sean del coco, y a pesar de la importancia del caso -no olvidamos que un chico está en el depósito de cadáveres- no suele salir bien. La relación paciente-médico es inquebrantable, y algunos profesionales lo llevan al extremo. Sería más sencillo arrancar una declaración a un cura que a un facultativo.

Aparcamos sin problema, solo unos cuantos vehículos que supongo son de los trabajadores ocupan una quinta parte del aparcamiento, en cualquier otro aparcamiento, ya sea de un supermercado o de una comunidad de vecinos, y dada la situación del sanatorio. Los conductores, ansiosos de encontrar un hueco lo más próximo a su destino, lo usurparían sin miramientos, pero no sucede aquí, el aparcamiento se muestra huérfano, casi desolado. No me extraña, las enfermedades mentales nos acechan como una espada de Damocles que pende sobre nuestras cabezas, nadie lo dice pero todos tememos caer en el infierno de la locura, y la línea que nos separa de ella es jodidamente delgada. Evitar aparcar el vehículo en este aparcamiento responde a una máxima del ser humano, la de negar lo que no nos gusta, como si no viéndolo no nos fuese a suceder. En silencio salvamos la distancia que nos separa de una colorida puerta centrada en mitad de un alto muro. A pesar del brillo que el sol del atardecer lanza sobre la bóveda del centro de la ciudad, mostrando una paleta de colores cálidos y otoñales, no consigue disfrazar el gris que emana todo el recinto. Un tipo orondo, el típico que piensa que tener barriga es lo mismo que estar musculado, la muestra desafiante impidiéndome el paso, hasta que ve la placa y agacha las orejas. Enseguida aparece en escena otra mujer, algo huesuda y con pinta de no dormir bien ninguna noche.

—Hola, soy la jefa de enfermeras, Sara Rodríguez, les estaba esperando.

—Inspector Bustillo y mi compañero, el inspector Forniés. No queremos hacerle perder demasiado tiempo, por lo que iré al grano.

—No será necesario, Amanda me ha comentado el motivo de su visita, está todo previsto. El doctor les espera en el patio trasero. Si son tan amables.

Rodeamos el vetusto edificio de piedra y ante nuestros ojos se abre un enorme y bien cuidado jardín plagado de unos personajes

peculiares. La estampa recuerda a un cuadro de El Bosco. La enfermera señala al fondo, no hace falta, salta a la vista que el anciano sentado en un banco de piedra no cuadra en esta amalgama de personajes singulares.

—Allí está, yo prefiero quedarme, no quiero alterar a los internos, ya saben, el síndrome de la bata blanca. Si necesitan algo, estaré por aquí.

Dejamos plantada a la enfermera con un sutil movimiento de cabeza y cruzamos entremedias del carnaval. El doctor vigila cada paso que damos y aguarda con paciente aplomo a que crucemos el trecho de césped bien cortado que nos separa.

—¿El doctor Narbona? —interroga Moisés a modo de saludo—. Somos los inspectores Bustillo y Forniés.

—¿En qué puedo ayudarles, inspectores Bustillo y Forniés?

Sus manos se cruzan por detrás, lo que le da un aspecto aún mayor, pero no creo que sea tan viejo como parece. Se trata de una de estas personas que podría tener casi cualquier edad, por su aspecto y pose parece anciano, pero la energía de su mirada y el saber que está en edad de trabajar, aunque no sé muy bien cuándo se jubilan los médicos, me dice que no supera los sesenta.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Podemos ir a algún sitio un poco más…?

—¿No les gusta el jardín? —pregunta abriendo sus manos y su pecho en abanico—. ¿O es la compañía la que no es de su agrado?— interroga clavando una inquisitiva mirada. Parece que el viejo quiere coger las riendas de la conversación. Nuestro asombro a un recibimiento tan hostil le hace recular y ofrecer una pequeña tregua—. Podemos pasear por ese lado. ¿Les parece bien?

Qué remedio. El anciano doctor nos guía a través de unos parterres mientras contesta a nuestras preguntas sin que las formulemos. Nos habla del tiempo que lleva en la institución, de cómo era antes y de cómo es ahora, de los perfiles de los internos y del daño que hacen nuestros prejuicios, del tiempo y hasta de las flores que nacen en su jardín. Finalmente, y ayudado un poco por mis amables palabras, cosa que no hace ninguna gracia a mi compañero, el tipo se decide a hablar de Aarón y del vagabundo. Del chico nos cuenta poco: que lo conoce de venir con Norberto, al cual conoce de muchos años, a él y a su familia especialmente, una rica familia bien relacionada y emparentada con la nobleza. Narra con parsimonia cómo lo trató de joven y cómo lo sigue guiando en la actualidad. En mi opinión lo debe estar haciendo como el culo, pero eso me lo callo para no irritar a Moisés con uno de mis desplantes. No creo que me resulte fácil encontrar otro compañero. Aun así, decido pasar al ataque.

—¿Está al tanto de la muerte de Aarón? El chico se suicidó el

viernes pasado.

Su rostro se congela, pero sus ojos aún guardan fuego, el mismo fuego desafiante que nos recibió hace solo unos minutos.

—¿Cómo que se suicidó?

—Sí, ya sabe, se quitó del medio. No es una situación que les deba resultar desconocida en un lugar así, ¿no?

Moisés aprieta los labios antes de intervenir.

—Verá, doctor, nosotros solo queremos saber qué venían a buscar aquí Norberto Villalonga y Aarón. ¿De qué hablaban? ¿Por qué con usted? ¿Tenían problemas? ¿Tiene problemas Norberto? ¿Qué clase de problemas?

El anciano cruza las manos por detrás y comienza a caminar al tiempo que relata como si estuviera leyendo un texto escrito en el cielo. Nos limitamos a seguirle recogiendo como podemos las palabras antes de que caigan al suelo y desaparezcan.

—Han venido hasta aquí para hablar conmigo —comienza—, pero no han llegado a entrar, ni siquiera se han asomado a la verja de la puerta. No. Se han quedado fuera, en su mundo, con sus certezas incuestionables y su soberbia sobre lo que está bien o no. No les culpo, todos tenemos miedo de nacer antes del alumbramiento. Si por un momento hubiesen mirado a su alrededor se habrían dado cuenta de lo que les rodea. A simple vista unos locos, enfermos a los que hay que encerrar y vigilar para que no se escapen y empañen nuestra estructurada sociedad perfecta. Pero solo rascando un poco la superficie podrían atisbar diversos universos paralelos. Complejos, únicos, excepcionales —aguanta la cara de un chico de la edad de Aarón con ambas manos hasta que consigue enfrentar su mirada perdida. su poder de persuasión es incuestionable, lo mira fijamente como si lo estuviese hipnotizando; tras unos instantes, ambos sonríen, lo suelta y este vuelve a deambular con una oreja pegada al hombro.

»Esos dos hace tiempo que dejaron de pertenecer a su mundo y decidieron vivir en el suyo. Suicidio dice. La mente humana es capaz casi de cualquier cosa. Puede convertirse en una cárcel como para muchos de los que están aquí, y ahí fuera también, pero al mismo tiempo puede ser una puerta infinita hacia otros mundos, unos mundos inimaginados pero que aun así existen. Mírenlos, ¿les parecen preocupados, tristes, faltos de alguien o algo?

Nos miramos abrumados por la perorata del médico sin poder evitar preguntarnos si tantos años al servicio de los enfermos ha mellado su raciocinio. Sin esperar respuesta y ofreciéndonos la espalda en todo momento arremete contra nosotros sin motivo.

—El único delito cometido por muchos de los aquí recluidos es mostrarnos nuestros propios miedos, nuestras preocupaciones más íntimas. Como sociedad preferimos encerrar en una caja fuerte lo que

no nos gusta ver de nosotros mismos y tirar la llave, pensando, o tal vez deseando, que de ese modo no nos atormente y poder seguir con las vidas vacías que hemos decidido tomar por buenas.

—Lo único que sé —interfiero— es que una madre llora desconsolada la muerte de su hijo y, al parecer, una de las últimas personas que lo vio con vida fue usted.

—¿Muerto? —fuerza una risa burlona que trata de ser hiriente—. ¿Qué sabe usted de la muerte?

—Probablemente más de lo que se piensa. Lamentablemente me enfrento a ella todos los días…

—Para ustedes —se vuelve desafiante— la muerte no es más que una interpretación de un estado, completamente natural por otro lado, que les han instruido desde el mismo momento de nacer. Una percepción de un hecho mucho más complejo que el ser humano prefiere no explorar y desde el principio de los tiempos cataloga como el fin, pero nada más lejos de la realidad.

—¿La realidad?

—La realidad, sí. No la farsa en la que viven, cegados por una doctrina tan antigua como la propia humanidad y que ciega a los que comulgan con ella hasta robarles su propia alma.

—Doctor —interrumpe mi compañero—. No hemos venido para hablar del más allá ni nada por el estilo. Solo queremos preguntarle qué relación tenía con el chico.

—La noche es más oscura justo antes del amanecer —divaga para sí —, y en estos tiempos convulsos, de ceguera espiritual y mental, en los que el ser humano solo se preocupa del hoy y ahora, de cambiar de coche, ir a la playa o poseer uno de esos cacharros electrónicos, algunos iluminados, sí, sí —asevera ante nuestra cara de estupor—, seres de luz que ven más allá de donde les dicen que se puede mirar, personas extraordinarias que preguntan donde otros asienten, han decidido unirse en una diminuta comunidad de sabios para salvar sus congéneres y a la humanidad.

—¿Y Aarón era uno de esos seres? —pregunto intentando conducir esta conversación hacia algún lugar.

Mira al suelo como si la respuesta fuese a brotar de entre la grama, pero se queda mudo.

—¿Pero qué le han hecho? —increpa a nuestra espalda la enfermera pisando el césped con decisión—. ¿Doctor, doctor? ¿Está usted bien?

Lo sostiene por el codo y la muñeca y se encamina con él asido hacia la puerta del edificio.

—Vienen en sus automóviles —desvaría en un tono inaudible mientras la enfermera trata de calmarle—, con sus trajes de marca, orgullosos de una verdad que creen única…

—Es un hombre muy anciano. ¿Cómo se les ocurre instigarle de esta manera? —reprimenda otra enfermera de más edad y cuerpo.

—Pero si solo…

Moisés retiene mis palabras con su mirada y una sacudida de su cabeza.

—He de pedirles que se marchen —zanja la enfermera.

Nada de despedidas de cortesía, solo una mirada inquisitoria mientras nos alejamos en silencio hacia la salida. Ni un solo reproche por parte de Moisés, ni una palabra por mi parte hasta estar sentado en el automóvil. El último inquilino que queda en el aparcamiento.

—El viejo está más loco que sus pacientes —suelto de golpe.

Moisés arranca. Un día perdido.

Capítulo IX

Cuando vuelvo la vista solo vislumbro un oscuro espectro alejándose calle abajo. Con la cabeza embotada por el susto y las manos trémulas lo persigo a duras penas esquivando la infinidad de viandantes, que manan de todas partes con la fuerza de un arroyo de montaña en primavera, formando una marea humana que me arrastra llevada por la corriente. El pulso se me acelera, quiero gritar, decirle que espere, pero me limito a bogar con las piernas en medio del torrente lo más deprisa que puedo. Un enorme espécimen de poblada barba y sombrero de ala ancha y una negrura que enmudece al sol allá por donde pisa bloquea mi empresa, tengo que poner un pie en la calzada para esquivarlo, el autobús de línea pasa a escasos centímetros de mí como tsunami, no para, prosigue su marcha como si nada. Caigo sobre mis rodillas y exhalo un bufido derrotista, mis manos empapadas de sudor aprietan la parte baja de los muslos y con un grito mudo me yergo. Ha desparecido, pero un espejismo o un sexto sentido ha captado la estela de su negra sombra doblando la esquina. Troto, golpeo con la mano la sombrilla de un carrito de bebé, pero no me detengo, mi mente fija en la esquina es incapaz de percibir nada más. Cuando doblo vislumbro la sombría silueta a lo lejos, me parece imposible alcanzar a este tipo. Sigo calle abajo, es una calle estrecha, de las de antes, un reducto de lo que fue esta ciudad cuando todavía no sabía mentir, la acera es estrecha y sinuosa pero la falta de tráfico, de personas y vehículos me facilita el camino. Vetustos portales plagados de timbres, centinelas silenciosos de ajadas puertas hendidas por las muescas del paso del tiempo, se suceden mientras mis ojos se

clavan en la espalda de mi benefactor. De repente desaparece de nuevo, mis pasos se calman paulatinamente hasta detenerse, ante mí se presenta la imponente fachada de la biblioteca Lope de Vega, un mastodonte de cristal y acero cuyos vivarachos colores desentonan con la estética del vecindario, un vago intento del ayuntamiento por acercar a la población más joven al conocimiento y el arte del negro sobre blanco y que ha conseguido poco o nada del efecto para el que fue concebido. Me detengo frente a la entrada y oteo en todas direcciones, mis ojos se posan en el escaparate de una barbería sita en el local de enfrente de la biblioteca; la tenue luz de su interior denota tristeza, una tristeza que se percibe en el rostro de sus parroquianos, vecinos de avanzada edad que comparten silencios mientras el barbero rasura sus ajados rostros. El cristal refleja las aristas del edificio que tengo a mi espalda y desvela parte de sus entrañas, una silueta alargada afronta los peldaños que le llevan hasta el primer piso antes de desaparecer. Voy a entrar, no sé cómo ni cuándo, pero lo tengo que hacer.

El silencio corta, las zapatillas chillan al rozar el parqué y un súbito golpe de calor se desborda por mi espalda. Preparo una excusa, pero no hace falta, nadie sale a mi encuentro. La luz cae contra el suelo a través de las cristaleras parcelando el *hall* en simétricos rectángulos que reflejan hasta deslumbrar. Subo la escalera, los pies golpean la madera arrancando un sonido seco, arriba más de lo mismo. El sujeto en cuestión arranca un libro de la pared levantada a base de ladrillos de papel y tinta, se sienta, lo pone sobre la mesa, lo abre y se pierde entre sus páginas. Un hombre maduro que huele como al abrir un viejo armario se cuela por el hueco que dejo sin decir ni *mú*. Trago una saliva que no tengo y me lanzo hacia la estantería, cojo un libro y me siento enfrente. Las hojas se quejan al pasarlas, todo el mundo aquí hojea con frenesí pero solo las de mi libro parecen tener sonido.

—*Gracias*.

¿Lo he dicho o no lo he dicho? Me preparo para aumentar el tono puesto que no parece haber oído nada.

—…

—¿Te gustan los clásicos? —pregunta sin levantar la vista del libro.

Mi voz se esconde en un lugar profundo. Miro el libro. *Historia de dos ciudades*. No sé qué decir.

—Es un gran libro. Deberían leerlo todos los adolescentes.

—Yo no leo mucho. No tengo tiempo.

—Entonces es que no te gusta leer.

—Solo quería darle las gracias.

—Para eso no es necesario venir a la biblioteca y sacar a un buen ejemplar de su merecido reposo.

—Ya.

No parece que vaya a tener muchas más oportunidades como esta asique será mejor que haga algo.

—¿El otro día?

Abandona su lectura y me mira con los ojos negros como la obsidiana, siento que me ve el alma por dentro y me aterra un poco. Me inunda un vértigo que a punto está de dejarme caer en el abismo de su mirada.

—No sé si… ¿Fue todo bien?

—La poli, cuando no tiene ningún hilo del que tirar, suele ir a por los diferentes, los desamparados. Solo tienes que preguntar a cualquiera que viva en la calle, que no comulgue con lo establecido o simplemente que no cuadre en la foto de familia perfecta para saberlo. No te preocupes, estoy acostumbrado.

—Pero las acusaciones fueron muy graves.

Suspira lentamente, como cansado o harto.

—¿Por qué estás aquí?

Mis ojos brillan antes de responder.

—No lo sé.

—Hagamos una cosa —propone en tono cordial relajando los brazos sobre la mesa—. Vas a dejar a Dickens descansar en su sitio. Vas a respirar hondo y te vas a relajar. Y vas a buscar un buen libro. Déjate llevar, es muy fácil. Pasea por los pasillos, acaricia sus lomos, escúchate. Un libro no se escoge con la vista sino con el corazón. Cuando lo tengas, siéntate y disfrútalo, luego daremos un paseo y hablaremos de todo lo que tú quieras.

Asiento levantándome con cuidado. Las miradas de los pocos presentes se levantan con el chirrido de la silla. Aprieto los dientes intentando mitigar el estruendo. Y me dejo llevar entre los pasillos plagados de historias.

Subimos la calle como dos extraños que caminan solos al mismo paso. El sol, al ocultarse, bosteza un viento otoñal y que entumece los huesos. Al llegar a la avenida volvemos por nuestros pasos desandando lo andado hace un par de horas. A la altura del fatídico cruce alarga una mano protectora mirando a ambos lados, cruzamos y traspasamos la puerta de herrería. Nos sentamos bajo un sauce y por fin se decide a hablar.

—¿Qué tal tu libro?

—Pues no sabría qué decir.

—Una mierda, ¿no?—pregunta risueño. Es la primera vez que le veo hacer una mueca.

—Una puta mierda. *El misterio del lago*. Me he saltado un montón de páginas para ver si llegaba a algo, pero no. Menudo bodrio —respondo riendo. Ambos reímos.

—¿Creías que iba a pasar algo mágico? ¿Que aparecería ante ti un libro que te cambiaría la vida?

—Hombre, después de la parafernalia que has hecho para que lo eligiera, esperaba algo más.

—La magia no existe. Solo la ciencia y el conocimiento.

—¿Y el tuyo, estaba bien? No le quitabas ojo de encima, lo has leído entero, ¿no? Jamás había visto a nadie leer tan deprisa, ¿o tú también pasas las páginas sin leer?

De nuevo, risas cómplices.

—Es un libro filosófico. Un antiguo manual de iniciación a la meditación, pero que en el fondo esconde algo más que su autor no supo ver.

—¿Y tú sí? ¿De qué se trata?

—¿Sabes lo que es la materia oscura?

—Es algo del universo, ¿no?

—Sí —contesta risoteando—. En realidad es el universo en sí —apostilla clavándome su intensa mirada.

—Háblame de ella, si quieres.

—El noventa y ocho por ciento del universo está compuesto por materia oscura, todo lo que ves y lo que no ves —comienza relatándome—. Algunos científicos la definen como un pegante que enlaza todo, otros la niegan, como no puede ser de otra manera. El caso es que, si de verdad compone cada célula de tu cuerpo, cada brizna de aire, cada rayo de luz… ¿por qué no forma parte también de las cosas intangibles? Los sentimientos, las esperanzas, los sueños. El noventa y ocho por ciento de todo. Es algo tan grande que merece la pena buscar una explicación, una revelación. Durante años busqué en los libros una respuesta pero, para ver más lejos que ningún otro hombre, hace falta subir mucho más alto de donde haya subido nadie. Fue cuando me fijé en los sueños. La mitad de la vida la pasamos soñando, y es ahí donde todo cobra sentido y al mismo tiempo todo se vuelve confuso. Cada sueño es una puerta abierta a otra dimensión a otros mundos, ¿o tal vez a la realidad y este tiempo que estamos compartiendo ahora mismo no es más que un espejismo? No lo sé. Es lo que trato de averiguar. *Rony*, el chico al que se refería el policía, él prefería que le llamásemos así, estaba conmigo en esto. Juntos investigábamos sobre el tema pero me temo que lo llevó demasiado lejos. La mente es un arma muy poderosa. Puede sustituir a la mayor droga, dejar por los suelos al mejor polvo, pero también puede cobrarse un precio demasiado alto, y es lo que creo que le pasó.

Trato de entender algo, le pregunto por el chico, por lo que hizo para acaba como acabó, pero se cierra en banda.

—Deberías alejarte de tipos como yo, no soy recomendable —dice alejándose—. ¡Vive tu vida plenamente ahora que puedes! Deja el

mundo de los locos para los tarados y visionarios. —Su voz reverbera un instante antes de perderse tras su sombra.

Camino de casa flagelo mis dedos y mis pupilas buscando algo de información en el móvil sobre el tema, pero no sale nada, es confuso y contradictorio. Cuando subo a casa, mi madre me está esperando para hablar. No va a ser ahora. No va a ser hoy. La pared retumba al encajar el portazo. Caigo sobre la cama con la garganta encendida por la rabia, entierro la cara en la almohada y aprieto los ojos en busca de centellas. Lloro.

Capítulo X

—Ya está bien, ¡¿no?! Por el amor de Dios, son las once de la mañana. Levanta de una vez.

El cajón ubicado sobre el dintel de la ventana engulle la persiana emitiendo un traqueteo tosco y chirriante, siendo la premonición del fatal golpe de luz que le precede. Los rayos ultravioletas traspasan el cristalino como bodoques de una cerbatana atravesando mi cerebro y estrellándose con virulencia contra la parte posterior del cráneo, multiplicando por cien mil el intenso dolor agudo que comienza en la sien y recorre toda la zona parental para acabar transfiriéndose a oídos y mandíbula. Me vuelvo sobre mí mismo, como una crisálida remolona, tiro de sábanas y edredón ovillándome en busca de protección ante el torrente luminoso. Mi madre se pasea al otro lado de la puerta fingiendo atareo y refunfuñando en el *idioma de madre*.

—¿Te quieres levantar de una vez?

Sostiene entre los labios las últimas sílabas cuando, a modo de respuesta, decido mostrarle mi maltrecho semblante. Su corazón escabulle un latido mientras se lleva las manos a la boca como queriendo evitar que el alma, o lo que queda de ella, escape entre restos de saliva reseca y dientes amarilleados por el tabaco.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

No respondo. No puedo, o no quiero. Le doy la espalda al tiempo que sumerjo la cabeza bajo las sábanas. Permanece de pie junto a la cama un rato, es nuestra forma de comunicarnos, al menos en los últimos tiempos. Silencio.

La cara me arde como si la hubiese frotado contra el rascador de

una caja de cerillas gigante, electricidad estática acumulada bulle sobre la piel de frente y mejillas mientras el corazón tamborilea furioso en mis oídos. Apenas puedo moverme, un gélido punzón lacera el costado hasta insertarse entre las costillas con cada sorbo de aire viciado que arranco entre las sábanas. Estoy hecho picón.

Tras el peligro, cuando se siente seguro, el cuerpo humano, y el de cualquier bicho, supongo, se relaja. Pasa a un estado anestésico, de seminconsciencia, iniciando de esta manera el proceso de reposo y recuperación. El dolor cobra su tributo y músculos y articulaciones pasan a un segundo plano, abandonando a su suerte al convaleciente.

En el extremo opuesto del pequeño piso, en la cocina, mi madre llora. No lo hace con lágrimas desbordando sus ojos cansados y corriendo por su cara hasta precipitarse contra el suelo, no. Tampoco resuenan angustiosos y amargos gemidos. Lo hace en silencio, en el más doloroso de los silencios. Un silencio de impotencia, de rabia, de tristeza, pero, sobre todo, un silencio al que está demasiado acostumbrada.

Por si no tenía suficiente con el dolor de todos y cada uno de los músculos, huesos y articulaciones, ahora tengo que sumarle otro más intenso y difícil de sanar. El dolor de alma. No aguanto más. Aprieto el aire contra las paredes del estómago y consigo incorporarme. La habitación comienza a girar a mi alrededor alcanzando velocidades de centrifugado. Me aferro a la mesita buscando no caer, agacho la cabeza, cierro los ojos y aprieto los dientes. Un hilillo salino escapa por la comisura de mis labios, la inflamación impide el sello entre ambos. Encorvado como un octogenario cruzo el pasillo que se me antoja eterno. Entro en la cocina y me siento en una silla, en la mía, solo hay dos pero cada uno tenemos la nuestra, y la mía es la que está enclaustrada entre la mesa, la pared y la nevera. Dejo las piernas fuera, parezco el muñeco de un ventrílocuo. Mi madre, con un sigilo que roza lo siniestro, dispone sobre el raído hule todos los manjares que una familia humilde puede atesorar: una suerte de bollería industrial, zumos a base de concentrado de frutas, pan del día anterior y dos botes, uno de mantequilla y el otro de mermelada, de los normales, los que no vienen enriquecidos con nada ni traen una infinidad de letras anunciando sus múltiples vitaminas.

—Tenemos que ir al médico —sugiere con cálido y maternal tono mientras toma asiento a mi lado aferrándome una mano. No contesto, ni siquiera la miro, continúo engullendo magdalenas como si no hubiera comido en meses, a falta de edredón y sábanas decido ocultarme tras este parapeto de azúcar y aceites refinados; las migas sin masticar caen sobre la mesa, apenas siento los labios—. Tienes el ojo completamente cerrado —las lágrimas ganan la batalla y descienden por sus mejillas—. ¿Qué demonios te ha pasado? —hipea

entre sollozos.

Ver derrumbarse a mi progenitora por culpa de una situación de la que no quiero saber nada pero que soy triste protagonista, muy a mi pesar, me hace explotar, pero no lo hago contra los salvajes que me atacaron y marcaron con sus puños mi piel, ni contra esta maldita sociedad que los protege, ni siquiera contra mí mismo por carecer de agallas para defenderme y enfrentarme a ellos. No. Toda la rabia, impotencia y angustia acumuladas sube por mi garganta, como el agua hirviendo por el radiador de un coche recalentado, reventado dentro mi boca contra la única persona que tengo en este mundo.

—¡¿Me quieres dejar en paz de una puta vez?!

La silla sale despedida ante la violencia con que me levanto, aun así no cae, solo se desplaza ligeramente antes de tropezar con la nevera. Herido, por la falta de teatralidad del gesto, arremeto contra todo lo que hay sobre la mesa, barriéndolo con las manos hasta estrellarlo contra el desconchado suelo. Mi madre se lleva las manos a la boca con un gesto agónico consiguiendo que me odie más. Escapo de la cocina desoyendo los sollozos de la mujer que me dio la vida, me pongo lo primero que pillo y, con la vista perdida en un lugar fuera de este planeta, huyo mientras mi pobre madre se desgañita en súplicas.

Deambulo por las calles tratando de masticar una angustia que se me anuda al cuello y me estrangula impidiéndome tragar o respirar.

Miradas de desprecio o de indiferencia escrutan mi desfigurado rostro antes de continuar con su ajetreo diario, fugaces muecas de lástima o de inquietud es todo lo que recibo. Llamo a Alejandro. No lo coge. O no quiere cogerlo. Me viene el recuerdo de lo que pasó antes de la paliza ¿Qué pasó? La cabeza me va a estallar. Doy vueltas y más vueltas sin rumbo definido. Sigo marcando hasta fundir la batería. Camino sin rumbo durante horas. Exhausto, no me queda otra que claudicar.

Introduzco la llave con la delicadeza de un ladrón de guante blanco y la giro con suavidad. Atravieso el pasillo con la vista clavada en mis cordones, uno de ellos está suelto y se arrastra contra el piso a cada paso. Me quedo clavado bajo el umbral de la puerta de la cocina; la mesa está puesta, el olor a macarrones con tomate sale a recibirme entre una nube de vapor que resbala por los azulejos formando lágrimas entre sus junturas oscurecidas por el tiempo. Mamá está de espaldas, atareada, es su forma de canalizar los problemas. Cuando mi viejo se largó se pasó semanas haciendo limpieza, cambiando las cosas de sitio, trasplantando las cuatro macetas que tiene en la ventana una y otra vez, hasta que se secaron, ocupando su cuerpo y su mente en cualquier cosa que la alejara de la realidad. Supongo que en eso nos parecemos. Ocupo la silla que ha recuperado su sitio y descubro la cabeza sin levantarla del hule, me sirve la pasta como si estuviera en

un restaurante, llena el vaso de agua, los dos, y se sienta sin hacer ruido.

—He ido a urgencias.

Las palabras rebotan entre las cuatro paredes sin conseguir que ninguno despegue la vista del plato.

—La doctora que me ha atendido, dice que no hay daño en el ojo, que me ponga esta pomada —extraigo el linimento del bolsillo y lo suelto junto a la barra de pan—, y hielo para bajar la inflamación. Que si en dos o tres días no está mejor, vuelva. Que es normal que cambie de color e incluso se vuelva más oscuro. Que si por la parte baja comienza a ponerse amarillo no me asuste que también es normal y que tenga más cuidado jugando al baloncesto.

—¿Baloncesto?

—Baloncesto.

—Me tienes que decir qué te ha pasado.

Sus ojos me buscan pero no me encuentran.

—Unos chicos me pidieron dinero, les dije que no tenía, pero esa excusa no les valió.

—¿Por qué no me llamaste? Se lo habría llevado.

—¿Se lo habrías llevado? ¿Es esa tu solución? ¿Unos indeseables me piden un dinero que no tenemos y tú se lo habrías llevado?

—Lo único que quiero es que no te pase nada.

Incapaz de mirar a mi madre mientras se deshace en lágrimas, contengo la rabia que me hierve por dentro. No es fácil aceptar que tu vida es una mierda, no es nada fácil asumir el papel de segundón, de don nadie, pero sobre todo no es fácil ser yo, ser nosotros.

—Ha llamado tu amigo, Alejandro.

—¿Y qué le has dicho? ¿Qué te ha contado? ¿No le habrás dicho…?

—Poco. Se le veía nervioso y preocupado. No hacía más que preguntarme si habías llegado, cómo estabas. Se aturullaba al hablar. ¿Estaba contigo cuando te atacaron?

—No. Fue después de despedirnos.

Agacha la mirada, suelta mi mano y comienza recoger los platos. Intento colaborar, pero se opone, da media vuelta, abre el grifo y sumerge su preocupación en la espuma con aroma a limón. Cuando le doy un beso y le digo que me marcho, le vuelve el sollozo mudo incendiando de nuevo mi gaznate.

Desciendo los peldaños de dos en dos atormentándome por abandonar así a mi madre, pero he de hablar con Alejandro. Necesito saber qué pasó. Qué me pasó, por qué se largó y qué coño fue eso. Dios, la cabeza me va a estallar.

Capítulo XI

Abandono la zona transitada para no estorbar a *runners* y paseantes que abarrotan el camino lanzando miradas de desprecio, superioridad o indiferencia. No lo soporto, creo que si tuviera que estar aquí todo un año enloquecería. Estúpidos engreídos con vidas lineales, me desprecian sin conocerme solo porque recojo la mierda que ellos tiran, ni siquiera es mi trabajo, solo es un jodido castigo por una cosa que no debería ser delito, debería estar subvencionado; y lo peor es que hay muchas personas que se dedican a esto de manera continuada, como sustento para ellos y sus familias tienen que lidiar todos los días con la suciedad, el calor, el frío y las miradas desdeñosas de miles de infelices que se creen completos por tener un auto de importación y un móvil que les marca las constantes vitales, no las cerebrales ni morales, por supuesto. El recuerdo de Román trepa por mi espalda y sacude mis pensamientos. Tantos años solo, ninguneado y repudiado, no me extraña que esté *pa'llá.* Necesito un poco de aire fresco. Una madre joven, poco mayor que yo, amamanta a su bebé sentada en un banco; cruzo por su espalda en busca de un pequeño sendero, desconocido para la gran mayoría, que lleva a una caseta de piedra, antigua morada de guardeses del parque y ahora en desuso, abandonada a su suerte a merced de las inclemencias meteorológicas y el paso del tiempo. Por encima del hombro de la joven madre vislumbro los rechonchos y morenos mofletes de su pequeño, parece una niña, aunque a esta edad no se sabe; bueno, a esta y a todas. Con los ojos cerrados, pues se siente segura, degusta ansiosa el manjar que su devota madre le ofrece. No tiene preocupaciones, miedos, o dudas,

solo traga feliz antes de quedarse dormida con el canto de los pájaros. Tal vez de pequeña yo era así. Tal vez. No recuerdo. Ahora está claro que no. Avanzo por una senda que se abre bajo decenas de sauces seculares, árbol mágico antaño; el sonido que el viento arranca de sus hojas se aferra al alma estremeciéndolo. Entre la maleza descuidada aparece fantasmagórica la caseta de piedra negra. La humedad y el paso del tiempo ajan y comban sus paredes y tejado. Me siento en el poyete al lado de la entrada, el olor a orina y otros fluidos me disuaden de adentrarme más allá del umbral. Respiro hondo buscando con mis fosas un poco de sosiego y con mis dedos la pócima para conseguirlo. El tiempo se para mientras trabajo relajada la aromática picadura, el canto de los sauces y de las aves copa todo mi rango de audición; una ligera brisa estremece mi espinazo en el momento de sellar con saliva el maltrecho placebo. Tras el chasquido, viene la llama, luego el humo inunda todo mi mundo. No tira bien. Chupo con ahínco recordando a la pequeña de hace un momento, apoyo la cabeza sobre la húmeda piedra, aguanto el veneno dentro todo lo que puedo y expulso con el sucio humo toda la negrura y oscuridad que portaba en mis entrañas. Abro los ojos y me asusto. Este mundo me da miedo, soy muy consciente de ello. Tras dos o tres profundas caladas ya no estoy a gusto, apago la colilla contra el poyete y la guardo con el resto de yerba, sacudo el trasero con las manos; miro a un lado y a otro, esta porquería me está volviendo paranoica, y me encamino en busca de la dichosa bolsa y el pincho. Las hojas de los sauces chapurrean un idioma conocido pero ininteligible, entre su canto se cuela un sonido grave, un eco sordo que se abre paso a través de las hojas y entre los graznidos y silbidos de la vida voladora. Viene de allí, el barranco por donde desagua el lago cuando una tormenta decide desbordar los absurdos límites impuestos por los humanos. Cada paso que avanzo el sonido se hace más nítido, todos mis sentidos están puestos en el borde de tierra y hierba que crece salvaje, sin que nadie le coarte su libertad de expandirse para agradar a los usuarios del parque, que precede al abismo, ya puedo distinguir algunas palabras. El corazón me roba un latido. Un grupo de seis o siete chicos, de mi edad más o menos, atienden sentados, como una desaparecida tribu indígena, alrededor de un hombre alto que les instruye con voz firme y gestos pausados. Es Román, Román Mendeliev. Me mira sin dejar su perorata, mi mano se alza tímida para rechazar su inminente invitación a unirme al grupo. No lo hace. Pestañea y continúa con su sermón. No necesita hacerlo, sabe que yo misma acabaré sentándome junto al resto de la tribu. Cruzo las rodillas y atiendo en silencio.

—… Solo traspasando la última frontera, cruzando el umbral de la última puerta que permanece aún cerrada a nuestros ojos, despojándonos de nuestros últimos temores e inseguridades,

alcanzaremos la verdadera libertad. Durante los últimos diez mil años el hombre ha luchado, sufrido e incluso perecido en busca del más allá, *plus ultra*. Durante cien siglos aventureros, conquistadores, científicos y lunáticos han cruzado océanos de tierra, agua, aire e incluso de vacío extraterrenal para avanzar más lejos, más alto. Pero la última frontera no se cruza con una carabela, ni con un cohete, ni siquiera la cruzaremos nosotros mismos tal y como concebimos nuestra propia existencia. No. El último gran salto que la humanidad va a dar, el más importante de todos, se dará a nivel concienciativo, es la única manera de realizar un viaje de este tipo, dejando atrás todo el lastre. Y, al igual que los primeros aeróstatas acababan desbaratando sus propias cestillas para librarse del lastre y conseguir su objetivo, en este nuevo reto deberemos abandonar todo lo *prescindible* en pos de un salto cualitativo y cuantitativo para nuestra especie.

Hasta ahora no me había dado cuenta de que soy la única fémina de la tribu, supongo que si tienes novio no pierdes el tiempo viniendo aquí, y si buscas uno, tampoco. Las miradas de los discípulos de Román lo dicen todo: ojos abiertos como platos, manos estrechadas ansiosas de información, labios titubeantes que parecen repetir con pequeños y erráticos movimientos cada una de las palabras del diácono.

Me apoyo sobre la mano izquierda para esquivar las piernas de Román, que se mueve de un lado a otro. Sus pupilos lo escuchan con atención, pero no pueden evitar lanzarme miradas fugaces que se desvanecen al sentirse descubiertos. Les observo de reojo, les conozco de sobra, les veo todos los días en un rincón del patio aislados del resto de alumnos, recogiendo sus libros tras un encontronazo con un graciosillo en busca de popularidad y reconocimiento pisoteando al débil, viviendo sus vidas en un mundo digital ocultos bajo un *nick name*. Es de primero de secta. Coge a unos chicos perdidos, dales un motivo de esperanza, muéstrales un referente carismático al que seguir y obtendrás una secta en toda regla. Por si no sufren bastante en su día a día solo les faltaba esto, un embaucador que les aturulle el cerebro. Pero la vida es así, los estafadores se ceban con las personas que peor lo están pasando económicamente y los farsantes lo hacen con las que padecen de carencias afectivas y sociales, y de esto último estos chicos van sobrados.

Sus miradas confluyen y me percato que Román me está hablando.

—Parece ser que hoy tenemos una nueva compañera. ¿Qué tal?

—Ehhh… bien —la intromisión me descoloca.

—¿Qué te ha parecido nuestro grupo?

—Creo que no he entendido nada.

Risas cómplices, de *sobraillos,* que diría mi abuela, los instruidos se sienten superiores y no dudan en hacerlo saber, al final no son muy

diferentes de los abusones que les martirizan fuera de estos muros de cristal.

Capítulo XII

—¡Me asusté! ¿Vale? Tenías que haberte visto… te quedaste como muerto… no me escuchabas… no te movías…

—¿Pero no decías que tú…?

Barre el suelo con la punta del pie izquierdo formando una marca de arena que se interpone entre los dos. Con la barbilla pegada al pecho, como si la cabeza se le fuese a caer, continúa.

—Yooo… nada. Me dejo caer por unas reuniones donde unos *pringaos* alardean de lo fantástico que es, pero nada más. Yo no he probado. Bueno, sí he probado, pero nada. No ocurrió nada. Pero —detiene el pie y la respiración—, lo que te pasó a ti, tío.

Por un segundo todo permanece en un inestable equilibrio. Incómodo, comienza a desplazarse de un lado a otro en un errático vaivén. Al presenciar la escena, más parecida a un partido de tenis que a una conversación entre amigos, o lo que seamos, con un solo ojo e imposibilitado para girar el cuello, la cabeza se embota y la paciencia se esfuma.

—¿Puedes parar un momento? —suena mucho más suave de lo que pensaba.

Se detiene. Al menos en el espacio. El zigzagueo de un lado a otro pasa a ser un electrizante tembleque que va desde los tobillos hasta las gafotas.

—A ver, vamos a tratar de esclarecer esto de alguna manera —mis palabras me recuerdan a mi madre o a un profesor cuando no quiere cabrearse pero ya lo está demasiado—. ¿Me estás diciendo que unos tipos, de los que poco o nada sabes, dicen que están haciendo esa

mierda, según tus propias palabras «una experiencia inolvidable», que tú has probado y no funciona, que no sabes nada de lo que podría haberme pasado, y aun así me dejas colgado en esa mierda de edificio abandonado, al amparo del primer degenerado que pasara por allí?

—Me asusté mucho, tío —se defiende—. Tú no te viste. Te quedaste como muerto, yo te llamaba —sus ojos brillan y sus palabras se espesan—, te abofeteé, te zarandeé…

—Quiero conocerlo.

Mis palabras causan en Alejandro el mismo efecto que los faros de un coche en un corzo. Se queda petrificado, con las palmas extendidas hacia el infinito.

—Yo no quiero saber nada más de este tema—sentencia derrotado —. Esto es un lío gordo ¿sabes? Además, mírate ¿Qué te ha pasado?

—Esto no tiene nada que ver ¿vas a ayudarme o me vas a dejar colgado de nuevo? —juego la baza del reproche, me odio por ello pero sé que con Alejandro funciona y necesito su ayuda, necesito saber más. No responde, hunde de nuevo la barbilla contra el pecho, eso es un sí. Le toco el hombro para aliviar su culpa antes de encaminarnos calle abajo sin rumbo ni destino. La ciudad parece querer escuchar nuestro secreto, pero no se lo vamos a poner fácil. A pesar de ello no puede evitar preguntarme por lo ocurrido.

—Debí hacerte caso y no venderle ese trasto a ese indeseable.

—Me refiero a…

La última palabra se corta antes de salir. Su organismo se blinda por si lo que le respondo es más de lo que puede o quiere asimilar.

—La verdad es que no lo sé. No sé si fue un sueño, si fue sugestión, si estoy loco o si crucé una puerta que no debí cruzar. Por eso necesito hablar con esos tíos. Necesito saber más, ¿cuándo puedo verlos?

—Se suelen reunir en el parque, detrás de un cobertizo abandonado. No sé si te suena. Es de piedra, como las casas de los bosques, pero más pequeño, una especie de almacén para los jardineros o algo así. Está pasando la fuente. Una vez estuvimos allí, ¿te acuerdas? Iba a ser nuestro refugio pero apareció un tipo que debía de dormir en él.

—Y me dejaste colgado aquel día también.

—¡Me asusté!

—Es igual. ¿Cómo se reúnen allí? ¿Cuándo?

—No lo sé con exactitud. Se dejan una especie de mensajes en la biblioteca. Todo muy primitivo. Pero puedo averiguarlo.

—¿Y quién deja esos mensajes?

—Román. Es como el jefe. Yo le conozco, lo localizaré, hablaré con él y nos dejará asistir a una reunión, ya verás.

—Así que el tal Román es el jefe. Cuéntame más.

Finalmente los ladrillos ennegrecidos por el monóxido de los

coches, las farolas, las papeleras, los semáforos y los portales escucharon nuestro secreto. La ciudad entera se enteró cómo un loco vagabundo se reunía en secreto con media docena de chavales, los despojos que quedan varados de otras pandillas, y les llenaba la cabeza de pájaros. Las tristes calles se enteraron de que todos ellos buscaban algo que les hiciera especiales, por si no lo eran ya, y cómo ninguno de ellos conseguiría avanzar de nivel en este misterioso juego de rol. Por lo menos, mientras buscaban, tenían la sensación de encajar en algún sitio, es todo lo que le iban a sacar a aquel farsante. También le susurró a la urbe que yo sí que había cruzado la línea, y más tarde me imploró que le diera todos los detalles.

—Si quieres saberlo, tendrás que vivirlo.

Capítulo XIII

El estrafalario predicador finaliza su homilía, los taciturnos asistentes a la clandestina convocatoria se dispersan igual que llegaron, separados individualmente y en un mutismo absoluto. No hay aplausos, ni coloquios alrededor de un corro en el que se comparte o debaten opiniones y puntos de vista, simplemente se mimetizan con la vegetación adyacente hasta que sus tristes figuras se difuminan para perderse por diferentes caminos. Entretanto, Román permanece impasible en su improvisado oráculo, contemplando la marcha de sus discípulos en una metáfora que parece simular el flujo de su propia sangre. Tras esta experiencia rozando el misticismo, me regala una mirada condescendiente invitándome a acercarme hasta él.

—¿Al final te has atrevido a venir?

—Tal y como me lo vendiste no podía decir que no.

—¿Y…?

—Curioso.

Arquea su cuerpo hacia atrás como si una daga traicionera hubiese atravesado la parte alta de su espalda para acabar lanzando una forzada carcajada al infinito. Incómoda y ruborizada por la teatralidad de Román, miro en todas direcciones comprobando que nadie me ve en tan pintoresca compañía.

—No sé. Supongo que me esperaba otra cosa.

Me invita a continuar hablando con un ligero asentimiento de su cabeza.

—Son solo cuatro chavales, un poco panolis, por cierto, y un mucho perdidos, que tratan de agarrarse a lo que sea, ¿no?

Posa sus manos sobre mis hombros, me doy cuenta de que quizá me he pasado. Un escalofrío recorre mi espinazo, estoy realmente asustada. Clava sus ojos negros en los míos y siento que me está mirando el alma. Me pierdo en el fondo de esas pupilas, inertes, sin vida, como las de una de esas horribles muñecas antiguas colocadas en fila sobre el mueble de casa de mi abuela y que parecen clavarte su mirada huérfana de vida. A punto de sucumbir a la fuerza a la hipnosis, cuando los sonidos se nublan y la vista titubea, una lejana voz rompe el encantamiento.

—¡Román, Román!

Las hojas verdes de los árboles y el canto agudo de las aves gira a mi alrededor. Extiendo las manos buscando equilibrio. Román me ofrece apoyo. Una náusea se agita desde mi estómago amenazante, pero consigo reponerme.

—¡Román, Román!

Un chaval orondo, colorado como un tomate, hace acto de presencia entre la maleza que circunda el claro formando un círculo casi perfecto, en el que Román marca el centro con su funesta figura. Sofocado, por la celeridad de su paso y su peso, se aproxima llamándole como si tuviese la lengua cosida a la campanilla. Tras él, oculto por lo abultado del primero, aparece otro más enclenque vestido de riguroso negro y oculto bajo la capucha de su sudadera.

—¡Hombre, Amílcar! Llegas un poco tarde, hemos acabado por hoy —contesta al agotado discípulo sin soltarme.

—Tenemos que hablar contigo —jadea dando bocados al aire entre palabra y palabra.

—Ya lo estamos haciendo.

La respuesta lo descoloca un instante.

—Verás… él… díselo tú —dice tratando de implicar a su acompañante en la conversación.

Román me suelta cuidadosamente comprobando que mantengo la verticalidad, cruza los brazos y se golpea el labio con el índice mientras el chico tímido levanta la mirada.

—¿Pero qué demonios te ha pasado?

—Un pequeño accidente —responde escondiéndose de nuevo bajo la capucha.

Dibujo una gran O con la boca al ver el rostro del chaval, ha sido una fracción de segundo, pero lo he visto, parece que le haya pasado por encima un tren. Un pequeño accidente, dice. No hace falta ser adivino para saber lo que le ha pasado, en la sabana de asfalto esos infelices son presa fácil.

—¿Un pequeño accidente, dices? —inquiere Román, no soy la única que se ha dado cuenta de que esos moratones son golpes, y no precisamente de los que te das con un mueble o salen tras recibir un

balonazo. A este chico le han zurrado bien.

—Verás, nos estamos aquí por eso. Él…

—¿Él qué? Habla. O habla tú. Hablad alguno —exige impaciente Román sin perder la pose altiva.

Yo también estoy perdiendo la paciencia.

—Él… ha cruzado. O eso creemos.

De nuevo se golpea el labio con el índice mientras los escruta con la mirada tratando de averiguar de qué demonios hablan. El análisis se extiende durante un minuto, tiempo suficiente para que ambos comiencen a empequeñecerse por momentos.

—¿Es eso cierto?

La punta de la capucha se sacude adelante y atrás.

—Mírame a los ojos cuando te hablo.

A pesar de tener un único ojo abierto, pues el otro es un amasijo de carne cárdena, sangre seca y una babilla que parece caer pero no lo hace, algo debe ver en su mirada que se queda petrificado.

—Necesitamos tu ayuda, necesitamos que nos expliques —interrumpe el chico orondo subiéndose las gafas con un dedo, cuando las suelta, vuelven a resbalar por la nariz. No están preparadas para tanto sudor, tampoco creo que fuese su preferencia al comprarlas.

Durante unos segundos que parecen horas, el silencio se apodera de todo lo que nos rodea. Román se gira hacia mí y me pregunta la hora. Tiene que volver a pedírmela antes de que reaccione sacando el móvil y le muestre la pantalla. Otro momento de silencio.

—Creo que será mejor que habléis con otra persona. Os conseguiré una cita.

—Tiene que ser ahora —brota del fondo de la capucha con contenida furia—. Llévanos donde esté.

Ahora puedo sentir mi corazón en los tímpanos. El gordito me mira, no sé si implorando mi intervención o porque no sabe adónde mirar.

—En vista de los últimos acontecimientos, prefiero no ir, pero si os dais prisa podéis llegar a tiempo para verle.

—Pero… tienes que venir con nosotros —suplica con los mofletes más rojos que nunca.

—Lo siento, es un camino que debéis recorrer vosotros solos. Además, después de lo que pasó con Aarón, la poli me sigue y no quiero implicar a nadie en esto. Debéis daos prisa.

La capucha sin rostro permanece inmóvil mientras los pulmones de su colega no dan abasto. Decido dar un paso al frente.

—Yo os acompañaré.

Ha sonado más flojo y menos decidido de lo que esperaba. Los ojos de Amílcar se siembran de dudas. Está a punto de echarse a llorar.

—Me parece una idea estupenda. Irá con vosotros. Os puede ser de gran ayuda y goza de mi total confianza.

Menudo farsante. Los pobres se miran y claudican en silencio. Román nos remite a un conocido suyo, un científico o médico, no me queda claro, instándonos a visitarle en la institución donde ejerce para exponerle los hechos. Al parecer es una eminencia en la materia y en sus palabras encontraremos la respuesta a todo. Tengo serias dudas, pero bueno. Yo también necesito saber cómo acaba esto. Dadas todas las explicaciones desaparece con su habitual puesta en escena, dejándome aquí, con estos dos tipejos.

—Bueno, ¿qué?, ¿vamos? —pregunto ante la pasividad de mis acompañantes.

La capucha sin rostro y los mofletes colorados responden afirmativamente al unísono. Y así, en compañía del rubor de las hojas movidas por el viento como único sonido, abandonamos la espesura foral para dejarnos llevar por la corriente humana que abarrota la vía principal del parque. Minutos después cruzamos la puerta Este y cogemos el 34.

—Así que Amílcar. Qué nombre más raro.

—Me llamo Alejandro. Amílcar es mi avatar. Era el padre de Aníbal.

Su voz pierde fuelle con cada palabra.

—Ya… ¿Y a ti qué te ha pasado?

—Un codazo jugando al baloncesto.

La cara de Amílcar, el padre de Aníbal, que en realidad se llama Alejandro, es un poema.

—No me refiero a eso, hombre. Me refiero a… ya sabes. Has dicho que has cruzado el límite. ¿El límite de qué?

—Ha cruzado al otro lado —interrumpe ansioso su amigo.

—Al otro lado, al otro lado, pero, ¿al otro lado de dónde?

Alejandro está a punto de intervenir, pero se contiene ofreciéndole a su amigo la oportunidad de explicarse. Pasa más de un minuto hasta que arranca. Me cuenta cómo se cuelan en una vieja fábrica, intenta situarme su ubicación, pero o no se explica, o no me entero. Termino por decirle que sé a qué se refiere para salir atolladero. Lo siguiente sí lo capto, al menos la esencia. Un ritual un tanto surrealista, una experiencia, soñada o vivida, no lo tengo muy claro, en la que abandona su cuerpo y… el resto es confuso hasta para él. Luego rememora cómo se despertó completamente solo y aturdido, cosa que hace bajar la cabeza de su querido amigo mientras recalca que ha vivido una experiencia imposible de describir con palabras. Yo cada vez entiendo menos. El autobús se detiene frente a la institución donde ejerce el amigo de Román, no nos había dicho que se trataba de un sanatorio mental. Descendemos. Nos quedamos clavados en la marquesina de la parada, a escasos metros de la entrada metálica del

recinto. Me digo que todo va a salir bien antes de encaminarme hacia la reja tirando de ellos con mi estela.

—Por cierto, soy Ona—les suelto.

Capítulo XIV

—¿Piedra, papel o tijera?

—Ni hablar. Tú te vas con los chicos. Tengo una cuenta pendiente con el camarada Medeliev.

Moisés inquiere con la mirada.

—Solo voy a apretarle un poco las clavijas —balbuceo como un niño pequeño sin despegar la mirada de Román Mendeliev—. Por Dios, deja de mirarme así, puedo sentir tu mirada por todo el cuerpo.

—¿Por qué no sigues tú a los chavales y yo hablo con el camarada? —sugiere Moisés tratando de convencerme.

—Necesito hacerlo. Por Aarón, por Aurora. Tú no lo entiendes.

—Lo único que entiendo es que estás demasiado implicado, y eso no es bueno.

—Por favor.

Permanecemos en silencio. Las voces de los chicos se extinguen, permanecen clavados en el mismo sitio mientras la figura alta, delgada y tenebrosa abandona la escena. Como en un teatro griego, los tres actores se quedan mudos al final de la escena. La oscura silueta de Román Mendeliev comienza a evaporarse entre el follaje. Mis ojos vibran sosteniendo la mirada de Moisés, impasible, reteniendo una preocupación que no puede o no quiere afrontar.

—No me gusta —protesta claudicando.

—Gracias.

—Solo hablar. Recuerda que no es más que un pobre diablo.

Recrimina a mi nuca mientras me alejo en busca del bueno de Román.

—¡Recuérdalo!

Repite ante mi impasividad.

—¿Un pobre diablo? —respondo sin volverme—. Le puedes decir eso a la madre del próximo chico.

No hay replica. Sabe que me gusta tener la última palabra. Siempre a la defensiva, siempre combativo, pisar antes de que te pisen, morder aunque no te muerdan. Diooos, puedo notar su mirada de nuevo.

Lo tengo a la vista, a unos sesenta o setenta metros. Avanzo tranquilo, no tengo prisa. Me gusta tomarme las cosas con calma, si algo he aprendido en todos estos años es a no precipitarme, tener prisa por la victoria suele acabar en derrota, créeme, lo sé, lo he saboreado demasiadas veces. Disfruto del acecho a la presa como si fuera un analgésico paseo por el campo, atento, preparado, pero tranquilo. Este tipo no tiene coche, dudo que un taxi se detenga a recogerle y no lo veo subiendo a un autobús. Es mío, aún no lo sabe, pero ya es mío. Eso lo hace más placentero. ¡Mierda! No. Es solo una casualidad. Ni siquiera es ella. Sí, es ella. ¿Tal vez solo esté paseando como todas estas personas?, al fin y al cabo esto es un parque, ¿no? Se viene aquí a pasear, ¿no es así? No. Va directa a él. A tomar por culo la calma.

—¡Hijo de puta! —grita Aurora Mayol golpeándole con rabia—. ¿Qué le hiciste a mi hijo?

Sujeto sus muñecas con firmeza, pero tratando de no hacer daño mientras la arropo en un abrazo que busca consolarla. No lo consigo. Román Mendeliev me mira confuso, apenas se ha movido, los golpes lanzados con rabia pero sin acierto no han surtido ningún efecto en el gigante. Por lo menos no le ha devuelto los golpes, a final va a ser mejor persona que yo. Aurora se me escabulle entre los brazos en medio de una agonía de lágrimas y gemidos, solo puedo acompañarla hasta el suelo. Román extiende una mano pero la recoge en cuanto le miro.

—… hijo de puta… —solloza desconsolada, babeando, moqueando y lagrimando como si se hubiera roto por dentro y el resultado se derramara por todos los orificios de su cara— … ¿qué le has hecho…? …hijo de puta… ¿…qué le has hecho a mi pequeño…?.

La alzo en brazos para dejarla sobre uno de los bancos que veo al otro lado de la fuente, apoya la cara en mi hombro y mete la nariz hasta tocar mi cuello. La deposito sobre el banco, no sé si está consciente, no lo parece. Musita un inaudible mantra mientras pellizca el aire con los labios buscando un oxígeno que comienza a faltarle. Tengo que actuar. La incorporo y sacudo su cuerpo agarrándola por los hombros. Es inútil. Levanto la mano extendida y aprieto los labios…

—Aurora.

Una voz cavernosa sujeta mi brazo. Le daba por fugado, ya creía que había perdido mi presa, pero no, lo tengo justo detrás, llamando con voz grave y segura a la madre de su víctima. Evitando que la abofetee para que reaccione. Puedo sentir su fuerza, es delgado pero su envergadura le confiere una fuerza inaudita.

—Aurora. Mírame —dicta sereno.

Los ojos despegan las legañas creando un viscoso velo. Su barbilla busca cobijo entre el pecho y el hombro, pero su pupila resbala hasta el rabillo del ojo. Cuando enfoca al propietario de la voz se queda fija, inerte, congelada.

—Aurora, tienes que escucharme atentamente.

Le miro. Habla despacio, marcando cada palabra. Su frondosa barba y bigote hace que parezca que no mueve la boca, pero sí, con los fonemas agudos puedo apreciar los dientes, blancos, enormes, como fichas de dominó. Su voz ronca hiende el aire con fiereza. No se como lo hace pero nos tiene a su merced. Solo podemos escucharle con atención.

—Aurora. Tu hijo ahora está en un lugar mejor. Créeme.

Su voz busca un tono amable que no logra encontrar. Aurora aprieta mis manos con fuerza buscando un apoyo que le devuelvo apretando las mías. Tiembla, baja la cabeza y llora, pero su llanto no es de dolor sino de alivio, un alivio que no encontraba y que se lo está proporcionando el culpable, o presunto culpable, de la muerte de su hijo. Supongo que necesitaba enfrentarse a la verdad. Qué sabré yo de eso.

—Aurora. Puedo ayudarte —ofrece acercándose a ella cada vez más. Una burbuja invisible los envuelve.

Bufa un llanto agónico que fallece antes de nacer. No me gusta el camino que está tomando esto, pero no me atrevo a intervenir. Aguanto sus manos y mi respiración.

—Aurora. Yo puedo hacer que te reúnas con él.

Sus ojos se despegan completamente y el llanto se desborda garganta arriba. Es demasiado.

—¿Pero qué coño…? —me levanto y le empujo. Pierde el equilibrio y se sienta en el suelo. Me preparo para sacudirle. No se mueve. Me mira con los ojos inertes—. ¡¿Has perdido la puta cabeza?! Aléjate. Ya hablaremos tú y yo —le digo apuntándole con el dedo mientras me siento al lado de Aurora y le paso el brazo por encima de los hombros para que se sienta protegida. Recula con pies y manos, como un cangrejo, y se incorpora dándose media vuelta.

—¡Nooo! —escupe Aurora entre salivajos— Que no se vaya. Tengo que hablar con él.

—Es solo un farsante —susurro sobre su sien—. Se aprovecha de tu debilidad, te dice lo que quieres oír —las últimas palabras desgarran

su pecho, garganta y alma.

La estrecho entre mis brazos. Arrugo la cara como un rottweiler indicando a Román que desaparezca. Saluda agachando la cabeza, no sé si en señal de respeto o de burla, antes de esfumarse. Menuda cacería.

Capítulo XV

—Durante milenios se ha relacionado los sueños con un enlace o portal a otros mundos, generalmente se interpreta como el más allá, el mundo de los difuntos o ancestros, pero la realidad es otra.

»Como en tantas otras materias, la realidad no difiere mucho del folklore pero, como es natural, con matices. Los antiguos sumerios, mayas, aztecas, egipcios y demás tribus, pueblos o civilizaciones, algunas avanzadas para su época, coinciden en que a través de los sueños se puede viajar a lugares inalcanzable para la materia, en nuestro caso, nuestros lentos y pesados cuerpos. Hasta aquí todo es correcto, pero el enfoque que las sucesivas culturas le dan es puramente religioso o se basa en un profundo temor a la muerte. Sea como fuere, sus relatos sobre viajes a través del subconsciente, ya sea en busca del ansiado paraíso o del consejo y protección por parte de ancestros fallecidos años o siglos atrás, no hace otra cosa que abrirme la puerta hacia una realidad más ambiciosa.

El sexagenario doctor desliga sus dedos dejando de parecer un detenido camino del calabozo para introducir las manos en los inmaculados bolsillos de la bata. Levanta la barbilla y prosigue con la narración como si se la apuntaran desde lo alto del muro del jardín.

—Sí. Vosotros sois jóvenes, vuestras mentes son más amplias, por eso sé que me entenderéis.

»El viaje que se viene realizando a través de los sueños desde los albores de la humanidad es tan real como el canto de estos pajarillos. Está aquí, y allí, y en todos lados. Siempre ha estado y siempre estará. Tal vez nuestras vidas ajetreadas, basadas en el consumo, las

apariencias y la falsa creencia de lo que no se puede ver, oír o tocar no existe lo hayan sepultado parcialmente, pero estar, está. Con un pequeño matiz. No se trata de una puerta al más allá, sino que es un simple y bien documentado agujero de gusano. Sí. No me miréis así. Los científicos llevan años prediciéndolos, alabando sus propiedades y buscándolos en los confines del universo o dentro de monstruosas máquinas infernales, que paradójicamente han colocado en la profundidad de la tierra como si sus pretensiones pasasen por aproximarla lo máximo posible al mismísimo averno. Pero no, a pesar de sus computadoras, formulas trigonométricas y cachivaches de alta precisión, han errado su objetivo. Solo tenían que escuchar a los sabios de la antigüedad para darse cuenta de que lo que buscan está mucho más cerca. En los sueños. Sí, jóvenes oyentes, los agujeros de gusano existen, y para atravesar uno de ellos no es necesaria la hipervelocidad, ni bombardear a algo o a alguien con fotones, protones y neutrones. No. Tan solo es necesario conocerse a uno mismo y estar dispuesto a dejarse llevar por un mundo en el que no es necesario arrastrar un pesado cuerpo.

—Pero, entonces… ¿quiere decir que cada vez que cerramos los ojos…?

Sale de su ensoñación para clavar la mirada en Alejandro cortando el flujo de aire que cimbrea sus cuerdas vocales al instante.

—Cierto —asevera sin permitir que la pregunta se formule.

—Pero —me había jurado no entablar conversación con este tipo, pero no puedo evitarlo—, en mis sueños sale mi familia, mi instituto, mis amigos, en fin, todas las personas que conozco, ¿cómo es posible? Según usted, estaría a millones de años luz, o lo que sea —finalizo para no parecer muy friki.

—No es más que la respuesta de tu cerebro a lo incomprensible, lo ilógico, lo novedoso. Tu mente trata de catalogar, ordenar y construir imágenes y sonidos a partir de la experiencia vivida, el resultado suele ser un batiburrillo de lugares y personas conocidas en una situación y con una actitud inquietante, ¿no es cierto?

Claudico bajando la mirada.

—¿Y… adónde vamos?—pregunta hacia dentro Alejandro, temiendo una nueva mirada que lo fulmine definitivamente.

—¿Adónde vamos? —musita haciendo una mueca, en un gesto más propio del teatro que de una lección de viajes exocorporales—. Esta cuestión era la que más me preocupaba. ¿Adónde vamos? ¿Tal vez a otras galaxias? ¿Otros universos? Quién sabe. Como en la cuestión anterior, la respuesta estaba mucho más cerca.

En ese momento mira a Rufo, hasta ahora no había caído en su presencia; estaba recogido sobre sí mismo, con la mirada caída hasta el piso y las manos sosteniéndose a duras penas sobre los bolsillos del

pantalón. Nota la mirada, pero no se inmuta. Es como si ambos supieran todo del otro y rehuyeran.

—¿Qué sabéis de la materia oscura? —pregunta el doctor.

Toma el silencio como respuesta.

—Los últimos estudios confirman que el noventa y ocho por ciento del universo está formado por materia oscura. Personalmente creo que es más. Pero, aun aceptando esta cifra, esto quiere decir que prácticamente todo lo que ves y lo que no ves está formado por ella. Sí. Vivimos envueltos, mejor dicho, rodeados y formados por este elemento. Cada átomo de nuestro cuerpo, cada brizna de aire está compuesta de la mal nombrada materia oscura. Pero hay más. Cada sueño, cada palabra, cada pensamiento también está conformado con el omnipresente material. ¿O sois de los que piensan que los sueños, los pensamientos y los sentimientos escapan a las leyes físicas? —finge una risa que no siente—. Sí, queridos amigos, las cosas que consideramos intangibles también están formadas por un material, en este caso se trata del MATERIAL, la materia madre que todo lo abarca. La materia oscura.

»No, no vas a ningún lado, simplemente cruzas al otro lado del espejo. El universo está superpuesto por otro u otros muchos universos y, como en una fotografía en la que solo apreciamos los colores, existe un negativo gemelo e idéntico. Nosotros, humanos avariciosos, estúpidos e ingenuos, nos conformamos con una sola vida cuando podríamos optar a miles, cientos de miles, millones. Es una paradoja de lo más cómica.

—¿Podrías llegar a ser consciente de ese *viaje*? Ya sabes, como se suele decir, poder actuar en mitad de un sueño.

Una nube tapa el sol acallando a los pajarillos e inundando de silencio y desamparo aquel rinconcito ajardinado del sanatorio. Internos y cuidadores se encaminan hacia la entrada, nuestro buen doctor hace lo propio despidiéndose con un enigma.

—Tarea para el próximo día. Adentrarnos en nuestros sueños. Es muy sencillo, solo hay que tener paciencia y un poco de concentración. Esta noche cuando os acostéis haréis un pequeño ejercicio. Es muy sencillo. Tumbados bocarriba comenzareis a escuchar vuestra propia respiración, calmada y pausada. poco a poco Morfeo llamará a la puerta y comenzareis a desvaneceros, es muy importante ser conscientes de ello, pero no sobresaltarse, de lo contrario, no podréis continuar y probablemente os desveléis para toda la noche. El sueño sucumbirá con sutileza, pero irremediable, en un momento determinado vuestra respiración dará un cambio brusco. No os alarméis, deberéis guardar la calma, es en ese momento cuando se puede atravesar el portal de manera consciente.

Las últimas palabras son arrastradas por el viento que trae la nube.

Capítulo XVI

Deposito el móvil, las llaves, y el sobre de plástico fucsia en la bandeja, echo un ojo buscando la documentación. Sí. Está dentro del sobre, donde recordaba haberla metido. El plástico transparente deja al descubierto una foto que odio, a pesar de estar difuminada entre tonos rosáceos y deformada por el pliegue del cierre, puedo ver una cara que no me gusta. La cara que tenía hace dos años, cuando con toda la ilusión del mundo me hice el carnet para poder ir a Lisboa de excursión. Ha llovido mucho desde entonces.

—¿Llevas el carnet?

—Sí.

—¿Seguro?

Miro el sobre de nuevo y lo veo en el mismo sitio, pero al otro lado del arco de seguridad. No respondo. Cruzo. Y respiro. A pesar de no llevar nada metálico, y aunque así fuera, no acarrearía mayor inconveniente que volver a atravesar el arco, no puedo evitar tensarme. Mi padrastro siempre lo dice cuando le paran en un control de carretera: *«Si voy bien, ¿por qué me pongo nervioso?»*. Es la única cosa sensata que le he oído.

—¿Olga Reguillón? —pregunta al vacío un hombre despeinado, vestido con un traje dos tallas grande mientras hace malabares con un montón de papeles sin que se le caigan.

—Soy yo ¡aquí! —dice mi madre levantando la mano para bajarla inmediatamente ante la pasividad del funcionario.

—Señora Reguillón —comenta para sí mismo acomodándose como puede un dosier—. Aquí. Muy bien —continúa musitando ante nuestro

escepticismo—. Tiene usted…

—Es para mi hija, yo vengo acompañándola. Nos dijeron que debía ser así.

Me dedica una mirada antes de sumergirse de nuevo en el papel.

—Muy bien. Entonces ya podemos pasar. ¿Ha venido alguien más?

Pregunta con miedo, como si temiera despertar algún demonio. Supongo que habrá visto de todo. Mamá mira a Cosme con la mirada agradecida de siempre, parece que su sola presencia le da seguridad y confianza.

—Yo. Aquí —una voz irrumpe. No me hace falta volverme para adivinar a quién pertenece el tono tímido y cohibido que llega tarde como siempre, la conozco perfectamente. Ahogada, temerosa de molestar como si se disculpara por hablar—. Roque Cimeros, su padre —las últimas letras se pierden entre las volutas del aire recargado. Extiende el D.N.I. sin que nadie se lo pida, tantos años de comercial, repartiendo sus tarjetas a todo el mundo, le pasan factura. El funcionario le mira con desdén, se gira y se encamina hacia una sala instándonos a seguirlo.

—Hola, cariño.

Retiro la mirada y el saludo entre un amargo trago.

—Cosme.

—Roque.

—Ol… Olga.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿vosotros?

—Bien.

Una vez finalizados los saludos, fríos como una noche en el ártico, entramos en la sala. Dentro, sentada a un lado, está Mariel. Me saluda con la cabeza. Todo sucede más rápido de lo que me esperaba. Nos levantamos. El funcionario reparte documentos como si fuera una carrera. Una mujer de porte institucional y cana cabellera enumera mi nombre, el número de acta, fechas, artículos, resoluciones, más artículos, más fechas, y por último hace mención a Mariel, *«…pasando a la calificación favorable por parte de Mariel Noelia Samil…»*. Ella asiente orgullosa desde su sitio, su presencia no es necesaria en estas vistas pero ella no se pierde ni una, un poco por el afecto que nos coge, otro poco por el orgullo que siente al escuchar su nombre y sus valoraciones, y un mucho de cotilleo. Por último, una reprimenda que parece expedida por una máquina: *«Su reprimenda, gracias»*.

—Muy bien, jovencita, espero que hayas aprendido la lección y que esta sea la última vez que nos vemos. Por tu condición de menor te dejo bajo la tutela y custodia de tus padres, aquí presentes, informándoles que serán responsables de cualquier falta o delito que puedas cometer a partir de ahora. Dicho esto, y si nadie tiene nada

más que añadir, doy por cerrado el proceso.

—Gracias —dice mi madre. La mujer aparta el expediente para que lo recoja el funcionario, que ya se ha puesto en marcha, mientras anota algo con su boli—. Ya no sabemos qué hacer con ella —continúa mientras Cosme tira de ella con delicadeza hacia el pasillo.

—Mientras no la vuelvan a traer aquí —musita la jueza desdeñosamente sin levantar la vista del papel.

Nos quedamos plantados en mitad del pasillo, cada uno mirando a un lado y sin decir nada, el tiempo no pasa y la escena recuerda a un funeral al que se asiste por compromiso, nadie quiere estar allí pero nadie se atreve a ser el primero en largarse. Solo faltan las plañideras, el cadáver está aquí presente.

—¿Cómo estás, cariño? —Mariel me abraza y besa—. Soy Mariel, cooperadora de voluntariado. He estado al cargo de los trabajos de su hija —se presenta, estrechándome la cara entre sus manos y dedicándome la primera sonrisa en toda la mañana. Mamá, papá y Cosme saludan por compromiso.

—Bien.

—Me alegro mucho de que todo haya ido bien, cariño. Supongo que esto es una despedida.

—Un *hasta luego*, mejor.

—Mejor.

Nuestras miradas confluyen, queremos decir algo pero no nos sale. Los labios de Mariel se despegan, pero antes de que pueda decir nada, una voz cargada de falsa amabilidad interrumpe.

—Cielo, tenemos que irnos —dice mirando a Cosme que, con cara de oler coliflor hervida, aguarda impaciente—. Cosme tiene que volver al trabajo. Está muy ocupado últimamente —comenta a Mariel en busca de apoyo.

—Id bajando, yo voy enseguida.

Cada peldaño que descienden borra una porción de sus figuras, aguardamos, con las manos unidas, hasta que la coronilla con forma de cenicero de Cosme desaparece.

—¿Volverás al parque? —apremio como si no hubiera tiempo.

—Claro que sí. Podrás ir a verme cuantas veces quieras. ¿Tienes mi número, verdad? —asiento sorbiendo por la nariz—. Será mejor que salgamos, te espera tu familia —comenta sosteniéndome las manos y mirando por encima de mi hombro como si hubiese visto un fantasma —. ¿Qué hace este aquí?

Giro el cuello para ver una figura desmesurada y de riguroso negro. El pelo caído sobre la cara y la poblada barba cubren su rostro, pero no cabe duda de quién es. Nos sortea por la derecha sin percatarse de nuestra presencia. Dos individuos le escoltan. Se detienen un momento frente al funcionario, que para no variar, comienza a agitar

el montón de papeles que porta. Mueve la boca sin levantar la vista del papel mientras juega con la mano izquierda a guardar el equilibrio de la torre de celulosa y tinta seca. Vuelve a mover los labios esta vez mirando por encima de las gafas al taciturno hombre de negro, parece suspirar enojado cuando uno de los escoltas le responde. *«Muy bien»*, eso se lo he podido leer en los labios. Se da media vuelta y desaparece por una puerta. La comitiva hace lo propio.

Nos miramos y, sin mediar palabra ni deshacer el lazo de palmas y dedos entremezclados, asomamos la nariz por el resquicio de la puerta antes de que golpee contra el marco. El sonido seco nos devuelve a la realidad de un respingo. Las miradas hacen preguntas sin forma ni contenido.

—Será mejor que nos larguemos —dice Mariel.

Erguimos la espalda que no sé a cuento de qué la tenemos encogida, y nos alejamos de la puerta, pero al dar el primer paso noto un ruido, no con los oídos, no, lo noto en la piel de la nuca. Es un *chack*, seguido de un breve y agudo chirrido. Mariel no se da cuenta del sonido ni de cuando me vuelvo. La puerta se abre, solo un poquito, pero se abre. Ha debido rebotar con el impacto evitando que el resbalón de la cerradura la aprese y una delgada línea de luz y sonidos se asoma llamándome a voces. Me asomo de nuevo.

—Esto no está bien —avisa Mariel apoyándose sobre mis hombros mientras vigila de un lado a otro.

—¿Y sería usted tan amable de ilustrarnos?, ya que no vemos más que lo que tenemos delante, ¿por qué no nos abre los ojos? —no consigo ver al propietario de la voz, pero claramente pertenece a uno de esos tipos bajitos y enjutos que la falta de masa corporal la contrarrestan con un bravo chorro vocal.

—Usted no quiere saber, solo busca que las piezas de su puzle casen, que todo tenga un sentido según lo establecido y con esa estrechez de miras jamás podrá entender lo que pasó.

—Por favor, limítese a contestar a las preguntas sin encararse con nadie, es la segunda vez que se lo digo. Y usted, letrado, formule unas cuestiones, mááás… adecuadas a la capacidad del imputado.

Pierdo el hilo de la conversación y el enfoque al mismo tiempo. Un tipo, que parece no aceptar su calidad de detenido, grita y se revuelve ante el estupor de dos guardias y varios testigos casuales. Vuelvo a la rendija pero no escucho nada.

No soy yo, una fuerza interior mueve mi pierna sin que se lo ordene, mi pie empuja la puerta, la consigue separar del marco lo suficiente para deslizarme por el hueco. Mariel, cansada del espectáculo, se asoma muy alterada, exigiéndome, con la mano y los gestos de la cara, que salga, mientras golpea el suelo con el pie como si arrancara una moto. Sonrío y la calmo con la palma de la mano. Sus

ojos se pierden dentro de la cabeza.

—… los sueños son media vida. Desde tiempos inmemoriales han ocupado un lugar privilegiado en las culturas de todo el planeta. Nos acompañan desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte. Seamos guapos o feos, ricos o pobres, buenos o malos, los sueños están ahí, sin que nadie les dé la importancia que tienen. Por eso nos reunimos, para conocer mejor ese mundo olvidado. Para dar el último paso que le queda por dar al hombre. La última frontera…

—Me parece que no es consciente del motivo por el que estamos aquí, de la gravedad de lo acontecido…

—Es usted el que no es consciente del poder de la consciencia. La mente puede ser el arma más poderosa. Dirige nuestra consciencia y nuestro organismo. Y es capaz de viajar más allá de donde ningún hombre ha podido imaginar…

—¡Hechos! Céntrese en los hechos. ¿Puede aportar algo de lucidez a todo esto? Por Dios. Si no lo hace por respeto a este tribunal, al menos hágalo por esa madre.

Se escucha un gemido desgarrador.

—Créame, la mente puede ser el mejor videojuego, la droga más adictiva, el más lujurioso orgasmo…

—¡Se acabó! Se levanta la sesión.

—…la emoción contenida de quitar una vida, o el orgulloso placer de salvarla…

—Llévenselo.

—… todo está aquí…

La madre se rompe en lágrimas.

—¡Llévenselo!

Dos hombres lo arrastran a duras penas.

—¡No subestimen el poder de la mente!

Salgo a toda prisa de la sala para no ser vista. Román continúa lanzando su perorata a viva voz mientras los funcionarios luchan por arrastrarlo fuera de la sala. Unos gemidos desconsolados acompañan la salida del detenido desvelando el drama de una familia que no encuentra consuelo.

—¿Qué haces aquí? —una mano me agarra y el corazón sale disparado por la boca—. Te estamos esperando.

Mi madre se queda sin palabras cuando sacan al gigante vestido de negro. Mariel nos empuja sacándonos de allí sin mediar palabra. Una vez abajo, un último abrazo antes de subir al coche. Bajo la ventanilla y le saludo con la mano mientras el vehículo comienza a desplazarse, ella posa sus dedos en la boca y me lanza un beso y un consejo.

—Adiós, preciosa. Nos vemos pronto, y cuidado con los chicos malos.

Capítulo XVII

Los pitidos que emite el coche al aparcar entre las columnas me sacan de la ensoñación. Cosme prefirió coger un taxi y papá simplemente se esfumó, en cuanto a Mariel, todavía puedo ver su sonrisa y el brillo acuoso de sus ojos tras el cristal. Alargo los dedos hasta rozar la lámina trasparente por donde vi alejarse a mi amiga, pero no es su rostro lo que veo reflejado en el cristal, la figura gris y altiva de Román trepa por las paredes del pozo de los recuerdos y se presenta como en una ensoñación, a camino entre este mundo y el de los sueños. Un sueño o una pesadilla que discurre con los ojos abiertos, por un instante mi mente se encuentra en dos sitios a la vez, en dos mundos diferentes y al mismo tiempo semejantes, y en medio de todo Román, visible e invisible a la vez. Simplemente lo siento, puedo sentir su mirada recorriendo mi espalda, su voz clavando en el aire cada una de las palabras como un herrero hiende escarpias de hierro fundido en los cascos de las bestias, puedo oler su aroma como si lo tuviese a mi lado, ese hedor a ropa húmeda y alcanfor que desprende hasta en los sueños.

El coche se detiene, los pitidos cesan y el habitáculo se llena de luz blanca y fría, como decía el abuelo *«Los coches de hoy en día solo son electrodomésticos con ruedas».* En el ascensor la música de piano rompe el silencio, la puerta metálica se convierte en confesor de secretos mudos de madre e hija. Tiro mis cosas sobre el sofá y me tumbo con las piernas sobre el apoyabrazos; mamá se mete en su cuarto, cada ocasión merece un conjunto, es su mantra, ha decidido dedicar más tiempo, como si nos sobrara, a lo que ven los demás de ella que a sí

misma. No es que no lo apruebe, cada cual es libre de hacer lo que le dé la gana con su vida, pero me parece tan triste. A los diez minutos sale desmaquillada, el pelo recogido en una coleta y un conjunto de lo más informal pero nada casual. *«¿Vas a quedarte ahí todo el día?»* pregunta con voz plana mientras entra en la cocina. Impoluta, todo ordenado y reluciente como el primer día, podrían tomar fotografías para el catálogo de esos almacenes en los que muestran casa idílicas, y de paso venderla a buen precio, total, está nueva. Enciende el microondas, el único electrodoméstico junto con el frigorífico y la batidora de vaso que se usa, con una bandeja de lasaña congelada en su interior. *«Esos no».* Coloco los vasos de nuevo en su sitio y aguardo, un gesto con las cejas me indica los correctos. Hoy no hemos comprado pan, confiesa palpando la bolsa. Ni hoy, ni ayer, ni casi nunca. Reparte dos rebanadas de pan de molde al tiempo que la campana del microondas marcha el menú.

—Espero que la experiencia te haya servido de lección —comienza su perorata en *modo madre comprensiva*—. Cosme y yo —estaba tardando en salir— estamos haciendo un gran esfuerzo por que esto funcione. Sé que estás en una edad muy difícil, que debe de ser muy complicado para ti aceptar que tu padre y yo ya no estamos juntos, pero debes entender que ahora formamos una nueva familia. No sé si este desafortunado incidente se debe a una muestra de rebeldía o es tu intención boicotear esta familia, pero tienes que entender que Cosme —ootra vez…— es un hombre muy bien relacionado y no se puede permitir este tipo de escándalos, ha aceptado de buen grado hacerse cargo de ti y de mí y no podemos agradecérselo de esta forma.

¿De ti y de mí?, ¿en serio? Pero cómo puedes ser tan… pufff, me sacas de quicio. En pleno siglo XXI que una mujer dé gracias porque un *pringao* que lo único que tiene es dinero se haga cargo de ella y de su maleducada hija. Es que no puedo con esto, de verdad.

—Yo también he apostado muy fuerte por esta relación y he de decirte que tanto yo como mi actual pareja, no vamos a permitir que dinamites todo por lo que hemos luchado.

No puedo más, tengo ganas de vomitar.

—¿Y bien?

Pues te lo voy a decir, tu príncipe azul no es más que un amargado que se pasa la vida lamiendo los culos de gente, que cualquier mortal en su sano juicio despreciaría sin más. Cretinos forrados por el dinero de sus antepasados a base de explotar a persona que no han tenido tanta suerte como ellos y que su único hobby es rodearse de aduladores y pelotas dispuestos a hacer lo que sea con tal de disfrutar de su favor. Este es tu príncipe azul. Un tipo que te envuelve en vestidos de marca y joyas que solo te pones cuando viene alguien y te tiene encerrada en esta cárcel de ensueño, que más que una casa

parece el palacio de mírame y no me toques. Has dejado a tus amigas para reunirte dos veces por semana con esas falsas que a falta de educación van sobradas de soberbia y mal gusto. Aparcaste la enseñanza para perder el tiempo jugando con una raqueta, que no te pega nada, o haciendo yoga, que tampoco has debido entender el concepto. ¿Y encima pretendes que te dé la razón? Pues chica, lo siento, pero no lo vas a conseguir.

—Yo qué sé.

—¿Yo qué sé, esa es tu respuesta?

Agacho la cabeza y encojo los hombros. A mucha gente la fuerza se le va por la boca, a mí, ni siquiera eso.

—Pues estamos *apañaos* —suelta recogiendo las pocas migas en la bandeja donde venía la lasaña para, de un pisotón sobre el pedal del cubo, dejar la cocina en el nivel óptimo de perfección al que se ha acostumbrado.

Me oculto tras la pantalla del móvil en un intento de rehuir el enfrentamiento verbal con mi progenitora. Salto entre vídeos musicales, fotografías de urbex y todo tipo de arte anónimo que hay en la red. A falta de imaginación los de mi generación podemos llenar nuestras seseras con millones de gigabytes de imágenes vacías y estímulos a golpe de luz led. Salta un mensaje. Es Rufo. Me pregunta por la vista, que cómo estoy, que si necesito algo… Tienen que pasar cinco o seis bloques con frases insustanciales para que me pregunte si me apetece quedar. Creo que es la peor decisión del mundo, pero le digo que sí. Nada. Se ve que no se esperaba una respuesta afirmativa y al chico le está costando asimilarlo. Finalmente me responde con una pregunta, la respuesta es automática.

AHORA.

Me levanto de la silla omitiendo la magnificencia del trabajo de mi *actual* padrastro que mi madre se empeña en continuar enumerando mientras aclara bajo el grifo los platos, vasos y cubiertos, para luego meterlos en el lavavajillas. *«Es para que no se ensucie el lavavajillas»*, dice. ¿En serio?, me largo.

—Me voy, mamá.

—¿Y se puede saber adónde vas ahora?

—Volveré pronto. *Ciao*.

La puerta se cierra a mi espalda. El ruido es el de siempre pero ese golpe sordo encierra algo más profundo, un carpetazo a todo y a todos, un borrón y cuenta nueva, pero sobre todo un rayo de esperanza en el valle de los desesperanzados.

Rufo

Capítulo XVIII

AHORA.

Bloqueo la pantalla tras el enésimo vistazo y oteo en todas direcciones. Nada. Ni rastro de Ona. No va a venir, lo sé, estará chateando con sus amigas, partiéndose el culo mientras les cuenta cómo acaba de mandar a un capullo a que le dé un poco el aire. Al fin y al cabo ¿quién queda con alguien *ahora*? Es más, ¿qué demonios significa *ahora*? Ahora siempre es ahora. No creo que nadie salga corriendo cuando alguien le dice «ven ahora». Yo no lo haría, bueno, si me llamase ella supongo que sí, de hecho aquí estoy. Miro de nuevo la pantalla comprobando otra vez la hora, contrastándola con la que acompaña al mensaje. Han pasado solo veinte minutos, me digo, es normal que todavía no esté aquí. Tal vez está escondida como tú, me encojo como si acabase de escuchar la detonación de una bomba. Es ridículo, ella no haría eso, está reservado para los fracasados. Aprieto los ojos escudriñando entre las plantas que forman los parterres, tras los troncos de los árboles, intento atravesar las paredes del quiosco en busca de su figura, me confundo con las sombras y comienzo a imaginar cosas que no son. Mientras tanto, ella sube tres o cuatro peldaños y barre con la mirada, en mi busca supongo, mientras se acomoda en uno de ellos.

AHORA.

Miro de nuevo el móvil como queriendo verificar que es verdad, que ha venido por mí. Aguanto en mi escondite, solo espero que no me descubra, y si lo hace, cualquier excusa será peor que la triste realidad ¡Sal ya! No seas estúpido. Un minutillo, solo un minutillo que

le dé tiempo a disiparse al perfume de la desesperación. Eso es. Contaré hasta sesenta, ni muy deprisa ni muy despacio y saldré como si nada, con naturalidad, debo parecer sosegado, como si hiciese esto todos los días. Cinco, seis, siete, mira el móvil, nueve, diez, un nuevo barrido con la mirada, catorce, quince, se pone en pie, dieci… baja los peldaños. ¡SE VA! Salgo del escondite. ¡Mierda, mierda, mierda! Camino a todas velocidad pero no la alcanzo ¡Grita! No puedo, lo único que hago es observar cómo a cada paso la tengo más lejos. ¡Corre tras ella! Todo lo contrario, me detengo para ver cómo termina de esfumarse tras la fuente. Se detiene. Saca el móvil y se lanza de cabeza contra la pantalla. ¿Me estará llamando? Palpo mi bolsillo para comprobar que no. No me fío, lo saco para comprobar que todo sigue igual. Señal, batería, sonido, todo en orden. Inicia la marcha de nuevo sin despegar la vista de la pantalla. Se acabó. Ahí se marcha mi oportunidad. Entonces sucede.

El tiempo se ancla fijando al suelo la suave brisa que hasta hace un segundo acariciaba mi nuca, silenciando la ciudad entera y hasta mi propia voz dentro de mi cabeza. Por un segundo, o por una vida, un túnel difumina el universo permitiéndome únicamente ver por el extremo opuesto cómo Ona levanta la cabeza y se gira para cruzar su mirada, alegre y llena de vida, con la mía. Un segundo o una vida, qué más da, ahora el problema es que viene hacia aquí y yo no estoy para nadie.

—¡Hola! Ya me iba para la otra escalinata, como no habíamos concretado en cuál, justo ahora te estaba escribiendo —concluye señalando mi mano con la barbilla.

—Ehhh… —me miro la mano, el móvil vibra, de nuevo la miro a ella, eso es todo.

—¿Estás bien? No me digas qué venías corriendo detrás de mí? —pregunta sonriendo—. Tú no eres de los de gritar ¿eh? A mí me pasa lo mismo, lo paso súper mal cuando creo que puedo llamar la atención.

No contesto, ni siquiera puedo tragar saliva, permanezco clavado al suelo con el móvil tiritando entre mis dedos y la cara de imbécil. Di algo, lo que sea.

—Acabo de llegar ahora mismo.

¡Genial! Señores pasajeros, abróchense los cinturones de seguridad y coloquen sus asientos en posición vertical, el impacto es inminente.

—Lo sé, y te agradezco que hayas venido con tan poco margen ¿nos sentamos? —sugiere señalando con la mano el duro granito de la escalinata. Asiento y la sangre comienza a circular de nuevo por todo mi cuerpo—. Habrás flipado un poco.

—¿Por…?

—Por haberte hecho venir así, a toda mecha.

—Ahh, no… yoo…

—En realidad no soy así, ¿sabes? Pero es que necesitaba salir de casa urgentemente y hablar con alguien, y justo en ese momento apareciste tú.

¿Pero por qué me siento tan bien si no he hecho nada, si todo es fruto de la casualidad? Podría haber sido cualquiera el que la hubiese llamado, ella misma lo acaba de decir, necesitaba salir de casa urgentemente, no tiene nada que ver contigo, no eres ningún héroe, solo has llegado en el momento oportuno, cuando se le pase el bajón se olvidará de ti, vete haciendo a la idea. Pero aun así no me importaría quedarme pegado al frío granito durante el resto de mi vida.

—¿No ha ido del todo bien la vista?

Me agarra la mano entre sus dedos y la vida entre sus ojos.

—No quiero hablar de eso.

Acepto con un ligero golpe de cabeza.

—Ni de mis padres, ni de mi casa, ni de mi vida. Hablemos de otra cosa. Lo que sea. Necesito transportarme lejos de aquí, aunque solo sea por un ratito.

—Háblame de ti. De cómo eres de verdad, de lo que nadie sabe. Tengo muchas ganas de oírlo, de verdad.

Absurdamente los ojos se me han empañado, pero a Ona no parece importarle, todo lo contrario.

—Pero túúú… —recrimina sonriendo—. Está bien, pero no te creas que te vas a librar, luego te toca a ti.

—Una cosa cada uno, ¿vale?

—Vale.

Sellamos el pacto con un apretón de manos. Ojalá durara para siempre.

Capítulo XIX

—¡Hola, guapísima! ¿Cómo te va?

—Hola —saludo mientras nos fundimos en un abrazo—, muy bien, ¿y a ti?

—Mejorable, pero no me puedo quejar.

Quedar con Mariel es justo lo que necesitaba. Sus consejos, su sonrisa y sus chismes me evaden un poco de la cruda realidad. De la mano, como dos amiguitas preescolares, nos dirigimos hacia una de las mesas del quiosco, a estas horas están casi todas vacías pero, aun así, nos toca levantarnos para pedir una Coca-Cola y un granizado de limón, cosas de la vida dice Mariel. Luego me pone al día de las nuevas *ayudantas* que le han asignado, me pasa el parte de daños acontecidos en la guerra fratricida entre su hermana y su excuñado, un poquito de filosofía urbana y otro de moralidad variable según el momento, lugar e individuos. Finalmente me interroga con la mirada.

—Poca cosa.

Baja la frente instándome a proseguir, con el convencimiento de que su argucia dará resultado. Lo hace. No sé por qué, pero lo hace.

—Buenooo… —estiro la O hasta que ella sola se desvanece—. He conocido a un chico.

Su boca se abre emitiendo un grito sordo mientras sus manos estrechan las mías.

—¿Un chico de los buenos, o de los capullos que te cuestan el dinero y lo único que te dejan es el amargor de las lágrimas no lloradas?

—Un chico —respondo ruborizada—. No es lo que piensas. Es un

buen chico, pero solo somos amigos.

—Cielo, entre un hombre y una mujer jamás puede haber amistad, créeme, al final uno de los dos espera algo más, y es ahí cuando se jode la amistad.

—Rufo es diferente.

—¿Rufo? ¿En serio?

—Síií — respondo risueña, hasta ahora no me había percatado del curioso nombre, pero quién soy yo para hablar de *nombres exóticos*—, es un buen chico, un poco tímido y retraído, pero atento y leal.

—Uy, uy, uy, uy. Tú estás colada hasta los huesos —afirma contenta y preocupada a partes iguales—, de nuestro querido… *Rufito*.

Una risa infantil brota al unísono y nuestras miradas se llenan de una felicidad que nos es esquiva a ambas por motivos diversos, pero que en el fondo nos unen. Mis ojos trepan por encima de su hombro clavándose en la figura que se dibuja al final de la explanada. La risa se corta y el gesto de mi cara cambia, deteniendo, como unas riendas sujetando a una yegua, la pueril carcajada de Mariel. Se gira preocupada.

—¿Qué pasa, cielo? —interroga con prudencia.

—No es nada.

—¿Has tenido algún problema con él?

—Nooo. Qué va. De hecho un día tuve una conversación con él y me pareció una persona —me detengo para buscar la palabra exacta— extraña, pero muy interesante. Es solo que…

—Vaya, vaya. Mariel y Ona. Mis chicas preferidas. ¿Cómo os va?

Román Mendeliev aparece casi por sorpresa. Por algún motivo que desconozco me apresuro a saludarle, intentado de esta manera que no siga hablando. No sirve de nada. Cuando me pregunta por la visita al doctor, la cara de Mariel se vuelve un poema. No es la primera vez que deseo que la tierra se abra y me trague, pero sí es la que siento que voy a perder más. Afortunadamente la palabra amiga engloba mucho más de lo que esperaba, y Mariel no hace un mundo de esto. Ojalá mamá o el estúpido de mi padrastro tuvieran la mitad de tacto que ella. Sin alterarse lo más mínimo, le invita a tomar asiento, levanta la mano, como si fuese a aparecer un camarero por arte de magia, y comienza una conversación de lo más normal, como si fuésemos un grupito variopinto de amigos tan de moda en las terrazas del casco antiguo.

—¿Así que ahora te dedicas a dar charlas?

—No son charlas. Es ciencia.

—¿Ciencia? Esta sí que es buena. ¿Y qué clase de ciencia enseña un tipejo como tú?

—La ciencia de la vida.

—La ciencia de la vida —repite Mariel un poco cansada ya de la

conversación—. ¿De qué vida, de la tuya? ¿Le has contado a Ona que te has pasado media vida trompa? Adelante, cuéntale.

Se produce un silencio que nadie se atreve a romper. Román, avergonzado y desarmado, esconde la mirada entre sus manos, como si estuviera modelando una arcilla invisible y no pudiese perderla de vista un segundo. Mariel, dolida, le inflige un nuevo castigo verbal, un castigo que no merece pero se ceba con él por no hacerlo conmigo.

—Que te cuente —insiste—. Dile al menos lo que bebías.

—Hace ya mucho de eso.

—A las siete de la mañana se pedía un cubata. Sí, sí. Como te cuento, a las siete de la mañana, para empezar bien el día. Un buen cubata de desayuno, y donde cualquier persona normal pone vodka, el bueno de Román ponía vodka, pero, donde el resto de seres racionales ponen cola, limón o tónica, mi querido Romi le echaba… —duda—. ¿Cómo era?

Un vocablo que parece francés aflora entre los labios agrietados de Román.

—¿Cómo? —preguntamos las dos, Mariel con palabras y yo con la cabeza.

—Cointreau.

—Eso. No me salía. ¿Ves como tantos libros te sirven de algo? Menuda bomba, y eso era solo para empezar.

Por primera vez me mira. No es capaz de aguantar la mirada pero sí de abrir su alma. Sus agrietados labios relatan a la diminuta figurita de arcilla imaginaria, que toma forma entre sus manos, cómo se inició en la bebida y en el tabaco a la corta edad de ocho años. Unos primos más mayores, de edad, porque lo que es de sentido común, cero, alentaban al pequeño Román a imitarles en la ingesta de alcohol y cigarrillos. Lo que no sé es si lo hacían por diversión, maldad, o simplemente para no sentirse mal consigo mismos; al fin y al cabo, ver a alguien que está peor ayuda, aunque solo sea a hundirte un poco más.

Más tarde, una vida rodeada de malas compañías y decisiones erróneas lo hundieron en el infierno de la bebida. Yo escucho con atención cada uno de sus relatos, de sus miserias que parecían sacadas de una película de sobremesa. Mariel atiende también con cara de arrepentimiento, supongo que ver el lado humano choca de frente con el concepto que tenía de él. Hasta el quiosquero muestra cierta curiosidad y decide acercarse a preguntarnos si queremos algo; y no solo eso, una vez comandado el pedido, no duda en traérnoslo. Las historias se suceden dando saltos en el tiempo, pero una especialmente me llama la atención.

A la edad de once años no se le ocurre otra cosa que robar dinero a su madre. Su familia tenía cierto poder adquisitivo pero el dinero y las

propiedades volaban entre los dedos de unos gestores gastosos e incapaces de gestionar el capital y los inmuebles. Suele ocurrir entre los que reciben el dinero de cuna y se acrecienta si la madre es caprichosa y el padre aficionado al vino y las reuniones. Consciente de que el hurto sería castigado, no duda en encaminarse hacia la plaza. Con los bolsillos *bien abrigaos*, como dice él, pasa la tarde entre convites e invitaciones hasta que no le queda ni una peseta. No le culpo, esa tarde fue otra persona, alguien importante, alguien querido, al menos mientras duró el dinero. De vuelta a casa, los abrazos y vítores daban paso a la cruda realidad. No tardó en comprobarlo. El saludo de su madre fue un guantazo. Tras mostrarle el sobre que contenía el dinero vacío, las acusaciones se sucedieron arropadas por testimonios de vecinos y familiares que habían contado a la enfurecida mujer cómo habían visto a su hijo, rodeado de otros chiquillos, comportarse como un millonario. Ser un niño problemático, en un hogar desestructurado, con un padre alcohólico y una madre más preocupada por el qué dirán que por sí misma, te hace ser buen conocedor de los castigos físicos y las palizas sin venir a cuento, pero ese día fue terrible. Su madre se ensañó con él, mitad castigar, mitad redimirse de una vida que no quiere y que no puede cambiar. Sea como fuere, molido a palos, el pequeño Román se arrastró hasta su cama y en ella lloró. Lloró, pero no por los golpes, ni por tener una madre como la suya. No. Lloró por algo que le causaba mucha más tristeza.

—Me dolían todos los huesos del cuerpo —narra Román sin apartar la vista de sus manos—, apenas podía respirar, solo un jadeo en forma de silbido me mantenía vivo, pero no lloraba por eso. Mi madre me había dicho que cuando llegase mi padre se lo iba a contar y entonces la paliza que él me diera dejaría *en mantillas* la recibida de mi progenitora. Pero tampoco lloraba por eso. Lloraba porque pensaba que de esa paliza no iba a salir, que si mi padre me ponía la mano encima me iba a matar, y yo, a mis once años, estaba triste de dejar esta vida, aunque en mi caso fuera una vida de mierda, no me quería ir, y por eso lloraba.

Se detiene. Las dos queremos saber cómo acaba la historia pero no somos capaces de preguntarle. ¿Qué pasó? La angustia y la rabia han bloqueado las cuerdas vocales.

—Entonces escuché llegar a mi padre —prosigue al fin—. Borracho, como siempre. Y me dije: *«¡Qué poco vas a vivir! ¡Tan solo once años vas a estar aquí, por tu mala cabeza!»*. Y me dio tanta pena que las lágrimas empapaban la almohada. Solo podía pensar en que mi vida se acababa esa noche y que había sido demasiado efímera y desaprovechada. Y lloraba y lloraba. Y las lágrimas resbalaban por mi cara hasta humedecer la almohada.

Detiene sus manos y las observa como si contemplase la figurita de arcilla entre sus dedos.

—¿Y qué pasó? —exploto.

—Al final mi madre no le dijo nada a mi padre. Al cabo de dos o tres días pude levantarme de la cama. Yo seguí haciendo cosas de mal hijo, y mis padres me siguieron pegando como buenos malos padres.

—¿Pero qué mierda de historia es esta? —increpa Mariel todavía sobrecogida con la mano en el pecho.

—Pues… la mía.

Ona

Capítulo XX

—Me gusta comer pan de postre —confieso ensimismada en la punta de mi pie que, suspendido sobre la otra pierna, se bambolea inquieto.

—¡Venga ya! ¿Eso es un secreto inconfesable? —protesta Rufo.

—Te toca.

—Mmmmm… pertenecí a una especie de banda.

—¿A una qué? —no puedo evitar sonreír.

—Sí, ya sabes, algo chungo. Una especie de niños perdidos, como en Peter Pan. Controlábamos la cuenca de un río de la sierra. Fue durante un campamento de verano. El territorio desmania eran nuestros dominios.

—¿El territorio quéééé?

—Desmania, ya sabes, de desmán.

Me quedo muda, ¿se supone que debo saber qué demonios significa eso?

—Es un bichejo, una especie de topo o rata que habita en los riachuelos de montaña —me ofrece una imagen en la pantalla del móvil, rodeándome con su brazo para ello—. Es una especie índice, esto quiere decir que para que se dé en algún lugar, las condiciones ambientales deben ser óptimas, aguas claras y limpias, aire puro y, por supuesto, un impacto mínimo por parte del ser humano. Es todo un sibarita. Al principio todo empezó como una broma, pero con el paso del tiempo me parece el animal más hermoso y fantástico de todos.

La imagen salta a un vídeo en el que se aprecia esa especie de ornitorrinco patrio jugueteando en el agua. El vídeo se detiene

dejando su mirada limpia, infantil, clavada en la mía. De verdad que es el animalillo más hermoso y fantástico de todos. Continúo mirando el móvil, embelesada ante la figurilla peluda y deseando que el abrazo de Rufo no finalice nunca.

—¡Joder, qué susto! —suelta de golpe Rufo.

Alejandro nos observa impasible a unos pocos pasos, taciturno, con porte siniestro.

—¿Qué pasa, tío?

Saluda o pregunta, no sé muy bien. Sus palabras separan el brazo que Rufo tendía sobre mis hombros, como la brisa marina arranca los granos de arena de un efímero castillo para extenderlos de nuevo sobre la inmensa playa. Alejandro, por su parte, permanece mudo. El tiempo parece no pasar y los corazones relinchan en silencio. La situación se vuelve incómoda a más no poder. Finalmente se rompe el encantamiento.

—No duermo.

Nos quedamos clavados en el sitio, viendo como meros espectadores cómo sus palabras se alejan arrastradas por el viento para perderse en el olvido, sin saber muy bien qué decir o qué hacer.

—No puedo dormir —comienza de nuevo—. Desde que intenté cruzar el portal me resulta imposible concebir el sueño. Cada vez que estoy a punto de dormirme me desvelo, no lo puedo evitar, me pasa constantemente, una y otra vez, ¡es insoportable! —su tono se vuelve irascible y reprochador—¿Sabes lo que es querer dormir y no poder?

La pregunta queda sin respuesta, y antes de que formulemos las nuestras decide contestarla como un clarividente mirando a su bola de cristal.

—Aguardo a que el sueño me venza viendo la tele o leyendo algo, me tomo un vaso de leche caliente, me tumbo sobre la cama, me arropo para sentir el abrazo de las sábanas, y me relajo. Me relajo y no pienso en nada —sus palabras se vuelven a acelerar y su tono crece como un tsunami—. ¡Y ENTOCES LLEGA ESE MALDITO SONIDO!

Sorprendidos permanecemos mudos ante la perorata de Alejandro que, tras una pausa dramática, continúa relatando su desdicha en un tono cercano al reproche.

—Todo a mi alrededor desaparece y solo oigo mi respiración, mi respiración y la sangre martilleando en los oídos —se derrumba y busca cobijo acuclillándose entre sus rodillas—. Una y otra vez, cada noche, durante todas estas noches me ocurre lo mismo, me asomo al umbral pero nunca cruzo, el cambio de respiración me asusta y me desvelo para toda la noche. No he dormido desde que probé a cruzar por primera vez, y lo peor es que es posible que no lo vuelva a hacer jamás. Siempre he pensado que dormir es una pérdida de tiempo, pero no dormir es insoportable.

—Tienes que calmarte —sugiere Rufo con un tono conciliador—. Tal vez deberíamos olvidarnos de este asunto. No creo que sea buena idea jugar con la mente. Mira a Román, el pobre está más *pa´llá* que *pa´cá*.

Alejandro me mira con cara de *las tías lo jodéis todo,* antes de dirigirse de nuevo a Rufo.

—No podemos dejarlo ahora. Esto es lo que estábamos buscando toda la vida, ¿recuerdas?

—Hay otras cosas más importantes que un estúpido juego que al final solo os va a traer problemas —zanjo harta ya de tanta niñería.

Alejandro me dedica una mirada de desprecio pero, para aumentar la ofensa, mira hacia el vacío, como si mi sola presencia le quemase por dentro. Ya está. Soy, oficialmente, la *Yoko Ona* de este grupo. Rufo se levanta, se acerca hasta Alejandro, que continúa acuclillado con los brazos aferrando sus rodillas, la mirada girada hasta donde el cuello le permite y una bola de fuego atascada en su garganta achicharrándole por dentro, posa una mano sobre su hombro pero este lo repele y huye entre un murmullo ininteligible. La ciudad sucumbe bajo un manto crepuscular, envolviéndonos con una gélida brisa que me lanza en busca de abrigo entre los brazos trémulos de un Rufo desorientado y confundido.

Recorremos las calles acompañados del silencioso murmullo de nuestros propios alientos. Susurros de aire y alma conversando al unísono en un diálogo sin palabras pero cargado de sentimiento. Para qué hablar cuando callando se dice todo.

En el portal de mi casa nuestras miradas se resisten a la despedida mientras las manos se niegan a deshacer el lazo que conecta los latidos de ambos corazones, convirtiéndolos en uno solo. La irrupción de un vecino acarreando un bolsón negro de basura nos devuelve a la cruda realidad, y con ardor en las mejillas me lanzo hacia la puerta antes de que el mecanismo la cierre.

—¡Huiré en un barco!

Sostengo la puerta al escuchar el grito ahogado a mi espalda. Estoy a punto de volverme pero la mano del vecino, que ya regresa después de depositar la bolsa en el contenedor, empuja la puerta forzándome, de alguna manera, a traspasar el umbral, dejando las palabras del pobre Rufo huérfanas sobre los peldaños del portal.

—Algún día me largaré de aquí. En un barco.

La hoja de la puerta, al cerrarse, desmiembra las letras que componen la palabra «barco» como una guillotina lo hace con las partes que componen un ser humano. Otro golpe seco seguido de un cerrojo coincide con el temporizador de la luz, parece que mi vecino tiene calculado a la perfección el tiempo que precisa para sacar la basura. A oscuras, helada por la gélida noche y confusa, permanezco

en silencio durante un tiempo indeterminado, un minuto tal vez, una hora, una vida... «No puede ser», pienso. «¿Se habrá ido ya? Y si aún está ahí, cosa que dudo ¿qué va a pensar de mí si salgo ahora? Después de estar aquí dentro, a oscuras, vete tú a saber cuánto tiempo. Será mejor que suba a casa de una vez», me digo tratando de engañarme.

ABRO.

—Dejaré toda esta mierda atrás y navegaré hasta donde me lleve el viento.

Cargadas de un valor que ni se le conocía ni se le esperaban, sus palabras irrumpen con energía, sobrias, seguras de sí mismas. Las siguientes le cuestan más. Tiene que correr un río de tiempo entre ambos antes de que sus sentimientos se manifiesten en una conjunción de sonidos y fonemas.

—¿Vendrías conmigo?

Apoyada en el marco de la puerta y con la nariz acuosa a punto de estropearlo todo, mientras el miedo y la incertidumbre trepan por la espina dorsal ramificándose hasta abarcar todo mi ser, asiento.

Capítulo XXI

El metálico sonido de la emisora cubre, como una sábana vieja tapando un mueble en desuso para evitar que se llene de polvo, el silencio que se extiende entre Moisés y yo. Tal vez no tengamos nada que decirnos o tal vez nunca lo hayamos tenido. El caso es que siempre que vamos en el coche la conversación se limita al estridente sonido latoso que brota del salpicadero. Quiero preguntarle si está de acuerdo, quiero que sepa que cuento con él, que su opinión me importa. Pero ¿es cierto? ¿Si me dice que no le gusta lo que vamos a hacer seré capaz de dar media vuelta? Mejor callar, siempre ha sido la mejor opción.

Al final de la calle aparece la delgada figura de Aurora Mayol, nerviosa, con los brazos cruzados y sosteniendo un cigarrillo que tiembla entre sus dedos; apenas lo toca con los labios y le da una ligera calada que poco o nada aguanta en sus pulmones para repetir la acción de manera compulsiva. Zapatea con la punta del pie mientras otea la calle sin llegar a apreciar que ya estamos llegando, sus ojos miran pero no ven, tal vez solo ven lo que su mente proyecta una y otra vez. El coche se detiene a su lado, nos miramos sin decir nada, la radio continúa con los datos de una filiación. Aurora no se percata, supongo que esperaba un vehículo oficial. Bajo la ventanilla.

—Hola.

Se sobresalta y en un acto reflejo oculta el cigarrillo, como un adolescente descubierto por sus padres disfrutando de los placeres de lo prohibido.

—Hemos venido lo más rápido que hemos podido.

—Hola —contesta sin mucho afán—. Gracias.

Una bocina irrumpe con enérgica rabia apremiando los prolegómenos.

—Sube —invito dedicando una mirada de desprecio al conductor impaciente. Moisés permanece ajeno a todo. Una vez en el asiento trasero el coche se pone en marcha.

—Habrás pensado que soy una loca por llamarte así.

—Es nuestro trabajo. Él es Moisés, mi compañero —hace una mueca al retrovisor sin despegar los labios—. Lo recordarás del día… —empezamos bien, seré gilipollas.

Aurora se esconde entre sus manos tratando de ahogar el recuerdo de su hijo. Moisés se centra en la conducción y yo simplemente desaparezco.

—¿Quieres saber por qué te he llamado? —la pregunta surge de entre sus dedos.

Me vuelvo abrazando el reposacabezas con el brazo.

—Hay un chico. Era una especie de amigo o colega de Aarón —sus ojos se humedecen mientras ovilla un invisible hilo entre sus dedos—. No tenían una relación muy estrecha, al menos que yo sepa, es un chaval un pelín raro, pero parece un buen chico. El otro día colocando las cosa de Aarón apareció su dirección, puede que no sea importante pero la he traído, tal vez podríamos hablar con él. Le he llamado por teléfono, pero se niega a decirme nada.

—¿Tal vez no sepa nada? —interviene mi compañero.

—Sé que no me vais a creer, pero una madre sabe estas cosas. Ese chico nos puede decir qué le paso a mi Aarón —me dice tendiéndome un trozo de papel con una dirección impresa.

—Bueno. No perdemos nada por ir a hablar con él.

Moisés calla y mira al frente, pero puedo sentir su mirada de desaprobación proyectada sobre el parabrisas.

Los minutos transcurren lentos, la dirección no es de la ciudad y el trayecto en hora punta se antoja lento y tedioso. La emisora golpea el altavoz arrancándole alaridos infernales imposibles de identificar, los dedos de mi compañero golpean el volante catalizando así su malestar por encontrarse en el lugar y con la compañía equivocada. La luz del sol rasga mi retina desdibujando la realidad que tengo enfrente, una metáfora de lo que está pasando en este momento con mi vida. Extraigo las gafas de sol y me las pongo. La sensación de ceguera sigue siendo exactamente igual. El coche arranca para volver a detenerse. Un gordo me mira desde el coche de al lado. Los dedos de Moisés continúan golpeando el volante.

—¿Cuándo te vas a deshacer de esas gafas? —pregunta Moisés buscando romper el incomodo silencio.

No respondo. No me apetece tener una conversación banal.

—¿Todavía las conservas? —musita Aurora desde el asiento trasero.

Está sentada en el medio, no se ha puesto el cinturón y tiene la cabeza apoyada entre ambos reposacabezas. Su mirada busca respuestas en la moqueta del techo. Aun así recuerda las gafas.

—¿No te ha contado la historia de las gafas?

Moisés y yo nos miramos pero no contestamos.

—¿En serio, no se la has contado? —repite con énfasis incorporándose entre los dos asientos.

—¿Qué pasa con las gafas? —interroga sin ganas Moisés.

—Déjalo —zanjo.

—Vamos, cuéntaselo, es tu compañero.

Moisés no hace ni un ruido, creo que le incomoda esta cordialidad, al fin y al cabo llevamos casi veinte meses siendo compañeros y nunca hemos entrado en lo personal, ni falta que hace. Lo ha llevado a la perfección, es lo más aconsejable cuando te toca el compañero que no quiere nadie. Currar y a casa. Todo lo demás sobra.

—No creo que le interese.

—Vamos, yo también quiero oírla. Tenemos un buen rato hasta que salgamos de este atasco —suplica Aurora buscando forzarme para que cuente la historia.

—Está bien.

Aurora se acomoda y Moisés deja de golpear el volante.

—Tras mi segundo divorcio —mi compañero me mira de reojo, este tipo de confesiones no gustan entre camaradas—, perdido laboralmente y apartado de cualquier acto social, no se me ocurrió otra cosa que buscar cobijo entre un grupo de lunáticos que rellenaban sus carencias a base de adrenalina y huesos rotos.

»Todo empezó haciendo descensos por el monte en bicicleta de montaña, no me gustaba, ni siquiera lo hacía por nada concreto, simplemente lo hacía. La cosa era clara, cuando intentas tapar un agujero con parches, cada vez tienes que poner un parche más grande. La bici duró lo que tenía que durar, con treinta y cinco años y sin haber tenido demasiado contacto con el deporte pronto me cansé de pedalear, pero mis nuevos amigos encontraron una solución para que la fiesta no decayese. Parapente.

De nuevo el coche arranca para volver a detenerse, dentro la expectación es máxima, la historia promete y nadie quiere perderse el desenlace.

—Durante unos tres meses anduve subiendo y bajando laderas, inflando y desinflando velas, viendo vídeos de corrientes térmicas, vuelos de ladera, y despliegue de paracaídas en caso de emergencia. Pasado el periodo de aprendizaje vino lo bueno. Todos los fines de semana, sin excepción, cargaba el equipo en el maletero y quedaba

con cualquiera que estuviese dispuesto a dejarse llevar por el dios Eolo y sus turbulentos caprichos.

»Una tarde, recuerdo perfectamente el día porque era el cambio de hora de otoño, desplacé el peso de mi cuerpo contra la silla al tiempo que tensaba la líneas A, la vela se infló, como tantas otras veces había hecho, y comencé a controlarla con los frenos. Una vez estabilizada me di la vuelta y me lancé hacia el abismo, es un segundo, solo un segundo de incertidumbre, luego el aire tira de ti y todo el estrés, todos los problemas, todo el resto del mundo desaparece, solo estás tú y una veintena de finísimos cordinos sosteniéndote a varias decenas de metros. Todo iba genial. El día era fresco pero el sol suplía la falta de temperatura. El aire estaba limpio y empujaba la vela con un chorro firme y laminar haciéndome deslizar por una invisible ola de vientos, sintiéndome como un surfista de las alturas y como alguien único y especial. Fue entonces cuando ocurrió —el bello del brazo se me eriza con el recuerdo—. Nada más dar el último giro noté que algo no iba bien, no estaba seguro de qué demonios pasaba pero algo me decía que tenía problemas. Oteé el suelo en busca de un lugar seguro donde aterrizar en caso de emergencia pero no me dio tiempo a nada más, sin saber muy bien por qué, la vela se plegó de golpe y comencé a caer. Al encontrarme relativamente cerca del suelo lanzar el paracaídas sería poco más que un suicidio, por lo que intenté compensar la silla con el cuerpo y sostener los frenos para ver si conseguía recuperar la vela. Nada de esto surtió efecto, la vela continuaba loca a merced del viento y yo, envuelto en una especie de gravedad cero, apenas podía gobernar mi propio cuerpo, cuanto más una vela completamente desbocada.

—Supongo que el miedo te atenazó todos los músculos —comenta Moisés.

—No es eso. Cada movimiento que realizamos depende de un apoyo —explico—. Puedes comprobarlo por ti mismo. Prueba a girar el cuerpo, ¿notas cómo tu trasero hace fuerza contra el asiento?, pues en una situación donde no hay apoyo ninguno, simplemente tu cuerpo deja de pertenecerte. Por este motivo los astronautas nos parecen tan torpes.

Moisés gira sobre el asiento pero no se pronuncia ni a favor, ni en contra, por lo que continúo con el relato.

—La respiración se volvió frenética y solo podía tratar de recuperar la vela con pequeños movimientos de mis manos. Entonces apareció ante mis ojos lo peor que podía aparecer, la vela, hecha un amasijo de tela y cuerda se presentaba por debajo de mi posición, durante una décima de segundo la observé hecha un ovillo a unos metros bajo mis pies, si caía sobre ella y me enredaba sería el fin. Tiré como pude de uno de los frenos y conseguí apartarla de mi trayectoria de caída. Acto

seguido noté cómo los cordinos se tensaban, la vela había subido y frenaba mi caída, ni una décima de segundo después golpeé contra el suelo. Un terrible dolor en el culo, espalda y cuello presagiaban lo peor. La vela se infló y detuvo en el impacto pero no del todo, el suelo estaba tan cerca que solo frenó el golpe lo justo para que no me fuese al otro barrio.

»Enseguida comenzó a llegar gente en mi auxilio. Afortunadamente las primeras pruebas *in situ* me indicaban que no había daño en la columna, pero el brazo derecho lo tenía completamente roto. Con ayuda remonté la ladera hasta la cumbre donde un voluntario de Protección Civil gestionaba la llegada de una ambulancia. Algunos de los chicos allí presentes recuperaron mi equipo y lo depositaron en el maletero de mi coche mientras la ambulancia llegaba. Una vez guardado metieron la llave en un bolsillo y me fui al hospital. Tres horas de operación y un yeso a llevar durante cinco semanas fue el resultado de la aventura. Cuando me retiraron la escayola, y a pesar de tener la mano completamente inservible, fui con un primo mío a por el coche. Con el brazo entumecido tras semanas de inmovilización logré descender, a duras penas, por la angosta carretera. Una vez en la nacional, todo fue coser y cantar.

»En casa, pasado todo el carrusel de emociones a las que sucumbí en mi regreso al lugar del accidente, desempaqueté el equipo y comprobé los desperfectos. El casco estaba muy dañado, uno de los guantes, el de la mano lesionada completamente reventado y también había unas gafas de sol. Estas —digo señalando las gafas que tanta controversia han causado—. No eran mías, estaba claro, pero lo extraño es que la mías no estaban. Lo primero que pensé es que alguien aprovechó la confusión para darme el cambiazo. En todos los sitios hay listillos y en situaciones así suelen aprovechar la confusión. No tenía ningún sentido, si alguien quiere llevarse unas gafas en medio de un gran jaleo se las guarda y punto, no te deja la suyas. Además, estas gafas son más caras que las que yo tenía. Ahora parecen pasadas de moda pero en su día solo las llevaban unos pocos privilegiados. No le di la menor importancia. Con el paso de los días fui localizando a todos los que me prestaron auxilio para mostrarles agradecimiento. De hecho, al voluntario de Protección Civil, Rafael del Amo, le regalé el maltrecho casco para que lo exhibiera en sus charlas en colegios e institutos y así concienciara de la importancia de utilizarlo sin excusa. Tras las cortesías obligadas y los agradecimientos siempre preguntaba si alguien había extraviado unas gafas. La respuesta era siempre la misma. Nadie había perdido unas gafas.

Moisés me mira por primera vez desde que he comenzado la historia.

—Te preguntarás de quién eran las gafas —interrogo—. De la otra

persona que se cayó conmigo en aquel parapente.

—No habías dicho que ibais dos —responde Moisés desbaratando mi historia.

—Esa tarde de otoño me estrellé contra el suelo con tal virulencia que mis gafas salieron disparadas y, del brutal impacto, también salieron volando las de la otra persona que iba en ese asiento.

Moisés atiende y por primera vez dudo si continuar.

—Sé que no me vas a creer —decir esto solo empeora el resultado —, pero tengo la certeza de que ese día, supongo que todos los días de nuestras vidas, pero en ese día en especial, y debido a las circunstancias también especiales que se dieron, fui consciente de que mi ángel de la guarda me acompañaba, y no solo eso, que el pobre también sufrió las consecuencias del impacto y por lo tanto sus gafas salieron volando. Aturdido el maltrecho querubín recogió las primeras que vio dejando estas en su lugar. Sé que no me vas a creer, sé que parece estúpido, pero es real. Desde entonces siempre llevo conmigo las gafas.

Los vehículos se difuminan tras el cristal y el coche comienza a tomar velocidad. El silencio lo inunda todo de nuevo.

—Debiste pasar mucho miedo —insinúa Aurora intentando echarme un cable—. No me imagino cayendo al vacío, ¡qué horror!

—En realidad no, estaba tan concentrado en salvar el pellejo que no tuve tiempo ni de asustarme, menos mal, si lo hubiese hecho no os estaría contando esto.

—Pero sentir que caes sin remedio —insiste Auroral Mayol olvidando por un instante su drama—, no me digas que no se te retuerce el alma al recordarlo.

—A decir verdad, lo que en realidad me retuerce el alma, como tú dices, es recordar el momento en que vi que tenía un problema, tras ese último giro, al percibir que algo iba mal, sí, justo eso es lo que muchas noches vuelve aferrándose a mis entrañas y retorciéndome el alma, como bien dices.

—¿Pero qué dices? —insiste Aurora—. Me vas a comparar eso con caer al vacío.

—Tiene sentido —argumenta Moisés rompiendo la promesa que se había hecho de no intervenir—. Años después, cuando se entrevista a una persona que ha sido torturada, en una situación de guerra, temas de drogas o por motivos políticos en lugares donde los derechos brillan por su ausencia, todos suelen coincidir en que el peor recuerdo que guardan, y te puedo asegurar que lo que les sucedió después es mucho peor, es el momento en que su verdugo extiende con calma sus instrumentos de tortura. De hecho, es el procedimiento habitual, mostrar los alicates, punzones y sierras al prisionero antes de hacer uso de ellos surte un efecto devastador en su voluntad.

Aurora se lleva la mano a la boca intentado sujetar su alma que trata de huir tras la dramática explicación de mi compañero, yo simplemente suspiro.

El coche toma el desvío.

Capítulo XXII

—¿Todo bien? —pregunta Ona.

Mi rostro se revela en la pantalla del móvil en el momento que pierde su brillo, convirtiendo su cristal templado en un funesto espejo empeñado en desvelar los rasgos más oscuros y aciagos.

—Sí, claro —respondo sin convicción—. Era Alejandro.

—Yo no quiero decirte lo que debes hacer. Pero ese chico… —mide sus palabras, eso lo hace más doloroso—. A ver, me parece muy bien todo ese rollo de ciencia ficción, y también que tengáis ese grupito tan friki, pero esto no lleva a ningún lado, y mucho menos si empiezas a creértelo.

No respondo, la evidencia me abruma y toda la verborrea adquirida se desploma ante una exposición tan clara como contundente.

—Yo qué sé, ese rollo de los sueños es la típica mierda que cualquier cantamañanas le suelta a chicos… —de nuevo se frena antes de pronunciar una palabra hiriente—, no es más que palabrería, una retahíla de circunstancias condicionadas que las ves solo si quieres verlas. Joder. Los sueños son sueños. Es muy fácil decir toda esa mierda de que vas a no sé dónde, de que cruzas no sé qué puerta, pero al final solo son residuos de recuerdos y preocupaciones que tu cerebro intenta organizar de alguna manera.

—Supongo que tienes razón —le contesto. No sé si con los labios o solo en mi pensamiento. El caso es que ella permanece a la espera.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Asiento, pero de nuevo lo hago solo en mi interior.

—¿Qué pasó? O sea, aquel día, ya sabes.

—No sabría explicarte.

—Prueba.

—No me lo explico ni yo.

Respiro hondo y comienzo a relatar cómo sentí viajar mi mente a un lugar extraño. La sensación de lejanía. La ausencia de materia, de espacio, de todo. Cómo estaba en un sitio y en todos a la vez. Las palabras que no son palabras. Cómo la vista y el sonido, el olfato y el gusto, el propio tacto, te llega de manera clara pero sientes que se trata de una especie de traducción, de un trampantojo de tu cerebro ante la dificultad de mostrar lo que realmente sucede.

Sus ojos asustados se aferran a los míos apresando el resto del cuerpo que clama por salir pitando de aquí, no le gusta nada de lo que oye pero tampoco puede dejar de escuchar. Ya he pasado por esa sensación.

—Lo más impactante es cuando regresas —dejo caer tras una pausa dramática no forzada—. Es en ese momento cuando asimilas todo. Sé que no me crees —imploro sosteniendo sus manos—, pero en ese momento sientes que regresas a tu propio cuerpo. Como si nacieses de nuevo. Es una rayada, la verdad, pero es así. Los pulmones toman aire como si fuese esa primera bocanada que se da tras el alumbramiento. La sangre galopa por venas y arterias, y los órganos, riñones especialmente, emiten un insoportable calor abrasador al recibir el fluido de la vida y comenzar de nuevo su función. Notas cómo las terminaciones nerviosas de la punta de los dedos se ajustan a las yemas como lo haría un finísimo guante de látex. El oído abandona el eco del túnel para estremecerse ante el más mínimo ruido. No pretendo que me creas. Ni siquiera yo lo hago, pero sé lo que digo y no miento. Por eso es tan difícil olvidar el tema, por eso.

—¿Nunca te he hablado de mi abuelo? —pregunta rompiendo el incómodo silencio de ultratumba que se había precipitado entre ambos—. Era un soñador, como tú.

—No te rías.

—No me río, es verdad. Más bien era un visionario. La abuela siempre decía que había nacido o demasiado tarde o demasiado pronto, y ahora, cada vez que me acuerdo, creo que llevaba razón, quizá en una época anterior a la que le tocó vivir o en esta que vivimos hubiese encontrado su sitio.

Su mirada busca respuestas en el cielo, o tal vez espera a que su abuelo la ilumine desde donde quiera que esté.

—Era un hombre tenaz, tozudo decía la abuela. Se le metió en la cabeza comprarse un Mercedes y al final se lo compró. Tienes que verlo, en serio.

—¿Tienes?

—Síííí. Es mío. De pequeña ese trasto me encantaba. A pesar de las

reticencias de mis padres, el abuelo me subía sobre las rodillas y me dejaba conducirlo. Mi madre se ponía de los nervios y el abuelo argumentaba que conducir era algo fundamental, que deberían enseñarlo en las escuelas.

—Ya veo por dónde va lo de visionario.

—Espera. Decía que tenía más lógica que pudiese conducir una chica con doce o catorce años que un vejestorio con ochenta.

Ríe y me contagio de su sonrisa.

—Yo le preguntaba y él me decía que debía aprender por si algún día le pasaba algo a mi madre, a mi padre, a la abuela o al él, y no había otra solución que conducir el viejo Mercedes granate y crema.

—¿Granate y crema, en serio?

—Síií, lo tienes que ver. Es de 1966. Con unos faros enormes que parecen los ojos de un sapo, un volante duro como una piedra y grande como el timón de un barco pirata, de tu barco —insinúa en un guiño—, la gente se quedaba pasmada a su paso. Un día te lo enseño. Está en un garaje. Mi padrastro lo encerró ahí, le gusta encerrar cosas: el coche, mi madre, nuestras vidas…

El recuerdo apaga la luz que hasta el momento iluminaba la tarde.

—¿Pero entonces es tuyo?

—Síií. Ya te digo, mi abuelo era un tipo singular, cuestionaba todas y cada una de las normas establecidas, así que, en contra del pensamiento común, hizo el reparto de testamento en vida. En serio. Nos reunió un sábado de agosto para que nadie pudiese alegar problemas de agenda ni poner cualquier otra excusa y en la vieja cocinilla, donde tantas Nochebuenas hemos celebrado, comenzó a repartir su vida con una sonrisa y alguna que otra lagrimilla. Supongo que al verse solo, mi abuela nos había dejado apenas un año antes, pensó que era lo mejor, y lo fue, yo lo recuerdo con cariño, no como otros repartos de herencia que acaban con encarnizadas guerras entre hermanos y parientes.

—¿Pero tu abuelo…?

—Un par de años después. Tenía ochenta y nueve años. Se llamaba Juan. Juan y Carmen. Los echo de menos. Desde entonces todo ha ido a peor.

Su voz se rompe y sus palabras se esfuman con el viento, arrastrando los sueños que instantes antes la habían devuelto a un lugar mejor del que, si pudiera, no saldría nunca.

—Tenía un gran proyecto. Se le había metido en la cabeza, ya te he comentado que era muy tozudo, que la forma y manera como se levantaban pueblos y ciudades era completamente errónea e insostenible. También te he dicho que había nacido demasiado pronto, ahora estaría en boca de todos, pero en aquellos años le consideraban un extravagante, por no decir algo peor.

—Se me acaba de venir a la cabeza la imagen de Román —le digo jocoso para picarla.

Pellizca mi costado con rabia mientras que su sonrisa ofrece unos labios que me asustan y atraen a partes iguales. Su ansia por compartir las aventuras del abuelo Juan me arrebatan la oportunidad.

—Aseguraba que el espacio ocupado por las viviendas así como el derroche energético por la falta de aislamiento y por el abuso de calefacción era insostenible. Proponía un pueblo subterráneo. Sí, sí, subterráneo —repite ante mi asombro—. En la zona donde vivían es común que las viviendas tengan una cueva, incluso en el campo existen antiguas cuevas donde se alojaban los labradores en épocas de recolección para evitar los desplazamientos que, por motivos obvios, eran costosos en tiempo y dinero. Según su plan, pues tenía varios bocetos y dibujos esquemáticos a mano alzada, un sistema de casas soterradas permitía un perfecto aislamiento térmico y acústico al tiempo que en la parte superior, que en este caso sería el suelo tal y como lo vemos, las viviendas disfrutarían de un hermoso y florido jardín o un próspero y nutritivo huerto, que a su vez permitiría a la madre tierra realizar su ciclo de vida, como lo llevaba haciendo desde antes de que nuestra especie decidiese joderlo todo.

—¿Dónde vivían tus abuelos?

—Vegas de Santiago, un pequeño pueblo de la meseta sur, a los pies de las grandes sierras del sistema prebético.

Me quedo igual. Como si me hubiera dicho la Luna o Marte.

—Es un pequeño pueblo enclavado entre la cuenca de dos ríos que fluyen en invierno y se ocultan del sol abrasador durante el estío. Tienes que verlo. De pequeña pasaba los veranos allí. Mamá algunas veces también, luego ya no. Es precioso. El sol del crepúsculo, bendecido por toda la paleta de colores, desde el anaranjado hasta el cárdeno pasando por rojos, rosáceos y amarillos, baña sus campos de cereales ondeados por el viento como una infinita ola marina tostada por el sol y empujada por el aire hasta donde alcanza la vista. *«El mar y el viento corren por esta tierra»,* decía el abuelo. Su suelo es antiguo fondo marino, plagado de fósiles, ahora su cuenca la cubre el viento. Extensas hondonadas que en época lluviosas forma charcas y lagunas estacionales, en verano aparecen desbordadas por un océano gaseoso. No has vivido hasta ver al sol fusionarse con el horizonte, lanzando un manto de mil colores contra el firmamento, alumbrando, con luz melancólica, como si de un enorme cirio se tratase, una alfombra de *zanahorias silvestres*, los nenúfares del viento, la envidia de todo el mundo vegetal, que flotan sobre una laguna de aire iluminada por millones de bombillas rojas, pequeñas amapolas que danzan al son del viento desde el fondo de un mar que solo se puede ver si lo sabes mirar.

—Debe de ser precioso.

—Tienes que verlo, de verdad —insiste—. Perdido en medio del océano tostado por el sol y el ocre oleaje del cereal sientes la soledad del náufrago, del pirata, del descubridor. A lo lejos, la silueta de un campanario o de un silo de grano te guía como un faro a los barcos al acercarse a la costa. El abuelo decía que eran los faros que guiaban a arrieros y comerciantes para que no naufragasen en este océano de aire.

Sus ojos brillan y yo me asusto. Quiero perderme en ellos para siempre, pero no me atrevo a dar el paso. Finalmente cambio de tema.

—No sé por qué situaba tus orígenes más al norte. Por tu nombre, supongo. Ya sé que no tiene nada que ver, que a uno le ponen el nombre que les gusta a sus progenitores o que está de moda en ese momento, si yo te contara, pero sí, me había hecho a la idea que tu árbol genealógico enraizaba en la ciudad condal.

Sus ojos desenfocan este mundo para posarse en el de los secretos inconfesables.

—En realidad —comienza dubitativa— no me llamo como piensas.

Enmudece en una pausa dramática. El pulso se me acelera sin motivo, como si se avecinase una tragedia inasumible que en el fondo esperaba. Quiero decir algo pero no puedo. El corazón trepa hasta el encéfalo y se aloja dentro de los oídos galopando sobre el yunque, estribo y martillo, desestabilizando el sentido del equilibrio y mi propio raciocinio.

—Ona es un diminutivo.

Suspiro aliviado y mi rostro irradia todo el candor que hervía en mi interior.

—¿Un diminutivo?

—No, por favor.

—¿Cómo que «no, por favor»? Ahora no te puedes rajar ¿De dónde viene tu nombre? ¿Quién es Ona realmente?

En silencio, busca con la mirada entre sus dedos un motivo para revelar o no su secreto.

—Es otra de las cosas del abuelo, ¿sabes? Mi nombre fue cosa suya —levanta la mirada orgullosa—. Al principio mis padres no lo veían, pero ya te he dicho lo terco que era.

—¡Por Dios, no me hagas esperar más!

—Era un gran aficionado a la lectura. Dickens, Víctor Hugo, Julio Verne… Este último le fascinaba. Iba más allá de la fascinación, era referente para él.

—Ahora me explico muchas cosas.

—Sí…

Reímos con complicidad y una invisible cápsula se cierne sobre nosotros aislándonos del resto del mundo. El universo se pliega y todo

desaparece. Solo estoy yo y la que hasta ahora he llamado Ona.

—En uno de sus libros, no es de los conocidos por así decir, pero es uno de los mejores para mi gusto, sale un personaje que se llama así, más o menos. Trata de un viaje apasionante y lleno de aventuras realizado por una familia de artistas. Mi abuelo me lo leyó miles de veces y yo soñaba con realizar una gesta así algún día —sus ojos se nublan—. Ahora, más que nunca, me gustaría subirme a una barraca de feria y desaparecer.

»El caso es que una de las protagonistas del libro, la benjamina de la familia, inspiró a mi abuelo para bautizarme. La reticencia de mis progenitores a tan peculiar nombre y la crueldad de los infantes en el arduo camino educativo relegaron a la mínima expresión tan majestuoso nombramiento.

—¡Por Dios, no te pares ahora!

—No sé si debo —confiesa con una sonrisa que denota que está deseando decirlo—. Prométeme que no te vas a reír.

Asiento con la mano en alto y gesto cómicamente serio.

—… *na*… *ona*… —musita.

—¿Cómo?

—Napoleona —eleva enfrentado su cara en gesto defensivo—. Me llamo Napoleona.

El universo se pliega aún más, comprimiendo la materia que reviste nuestras almas al punto de fusión.

—Me encanta.

—No te creo. Te estas riendo de mí.

—De verdad. No podría imaginar un nombre más adecuado para ti. Lo tiene todo.

Mis ojos se precipitan en el abismo de los suyos y los labios abandonan el lenguaje para comunicase con los sentimientos.

Capítulo XXIII

Los destellos que lanza el testigo de intermitencia reflejan sobre la frente empañada de mi compañero, un claqueteo armónico rebota en el interior del habitáculo hipnotizando a sus ocupantes. La inercia lateral empuja el cuerpo hacia un lado para devolverlo a su posición inicial tras afrontar el giro del vehículo, el claqueteo armónico se extingue pero el reflejo anaranjado continúa iluminando a ráfagas la testuz del conductor. La delgada película de sudor resplandece en tonos anaranjados dando la sensación de un faro en mitad de la niebla. Cada vez parece hacerlo con mayor intensidad. No es posible. Una vez superada la esquina el vehículo avanza en línea recta y el avisador sonoro ha cesado nada más doblar la esquina. Sé que tengo razón, pero la frente de Moisés resplandece a ráfagas cada vez más intensas, cada vez más brillantes. La misteriosa luz ocupa ya gran parte de su cara y destellea con furor en su cristalino derecho, supongo que en el izquierdo también, pero desde mi asiento no tengo acceso visual para comprobarlo. Me mira, ahora sí puedo ver el reflejo anaranjado sobre el lado siniestro de su rostro. Aguarda que diga algo, espera una respuesta a una pregunta que no ha formulado. Sabe algo que yo desconozco. No tardo en averiguarlo.

—¿Pero qué coño pasa aquí? —lanzo al aire.

No hay respuesta. Una UVI móvil y una ambulancia convencional están frete al portal al que nos dirigimos. En la puerta un policía municipal recién salido del horno custodia la entrada embutido en un uniforme que se resiste a las formas de su novel propietario. Miro a Aurora, entrecruza los dedos sobre las rodillas y aprieta las manos

hasta que los nudillos lucen blancos.

En situaciones así no te da por pensar que se trata de una coincidencia, que están ahí por otro motivo, que todo se aclarará en cuestión de minutos, tal vez segundos; ni siquiera te da por pensar que sí, que efectivamente están ahí por un motivo relacionado con el que te ha llevado a ti. La mente se queda en blanco. El lenguaje se oculta en algún rincón del alma reduciendo la capacidad de comunicación a una serie de miradas confusas entre los ocupantes del vehículo.

Empieza el juego. Moisés aparca detrás de la UVI móvil, el chófer, que apoya su espalda sobre el lateral del furgón mientras saborea un pitillo, le recrimina la acción mientras este se apea. No le dice nada. Tira de placa, casi se la mete en la boca, luego rodea el morro del coche encaminándose a la acera. Una vez en tierra abro la puerta de Aurora, permanece inmóvil, lo he visto miles de veces, todo el valor, la furia y la arrogancia desaparecen en el mismo instante que te das de bruces con la realidad. Le ofrezco la mano. No la quiere. Introduzco medio cuerpo en la parte trasera del coche para calmarla e infundirle el valor del que ahora carece para descender del vehículo.

—Será mejor que se quede en el coche —advierte Moisés que se ha detenido junto al morro del vehículo—. Es mejor que se quede ahí hasta que sepamos qué demonios pasa aquí.

No hay protesta por parte de ninguno. Le transmito calma con un gesto y ella me ruega con la mirada. ¿Qué ha querido decir con eso? Confundido, acompaño a Moisés al interior.

El centinela de uniforme rebelde nos niega el paso. No discutimos. No negociamos. Simplemente pasamos. Un sanitario se cruza con nosotros en el descansillo, Moisés le muestra la placa, *«segunda planta»* indica sin detenerse. La costumbre nos convierte en autómatas del dolor. Tras la puerta del segundo C la cosa cambia. Un sanitario, al que la tupida barba blanca le hace más viejo de lo que en realidad es, coordina a otras dos sanitarias en una representación de inyectables, compresiones, insuflaciones, descargas eléctricas y vuelta a empezar. El sonido de las máquinas y de las indicaciones del sanitario taladran los oídos, pero es peor cuando se hace el silencio. De rodillas, seca su frente con el dorso de su mano derecha mientras con la izquierda toca a su compañera indicándole que ya no se puede hacer nada más. Esta detiene el masaje cardíaco, la otra chica desconecta la máquina y el agudo pitido cesa dejando un silencio atronador. Los ojos del sanitario pasan a mi lado y se posan húmedos en el fondo de la estancia. Un sonido gutural, semejante al de una sirena antiaérea de la Segunda Guerra Mundial, brota desde el fondo erizando el cabello de los presentes y desvelando que la tragedia, lejos de finalizar con el fallecimiento, se encuentra solo en el primer acto. Las dos sanitarias se lanzan en su auxilio, la más próxima a ella, con caridad cristiana, y su

compañera lo hace aprovisionándose de un par de viales que sabe utilizará. La mirada del sanitario se posa sobre nuestra desangeladas figuras, el reflejo de la placa desestima su pregunta. Salimos al rellano. No hace falta esperar mucho.

—Inspector Moisés Bustillo, y él es el inspector Rodrigo Forniés.

—Rafael Medrano, médico de urgencias.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nos llamó la madre, la chica que han visto desgañitarse hace un momento.

—¿Cómo está? —pregunto.

Moisés me dedica una mirada.

—Es difícil saberlo, mis compañeras me dirán algo ahora.

—Decía que le llamó la madre —retoma mi compañero abriendo su libreta.

—Bueno, a mí no, está claro, supongo. Nos avisaron de la central. Al parecer la mujer se lo encontró en su cuarto inmóvil, sin vida. Vinimos lo más rápido que pudimos, hemos hecho todo lo posible pero ha sido en vano.

—¿Sabe a qué ha podido deberse?

—Es pronto. Tendrán que esperar a la autopsia. Pero no parece tener ningún golpe o hematoma. Lo encontramos sentado en su silla. Una de esas silla que parecen el asiento de un fórmula 1. La madre dice que no tiene ninguna patología y que duda mucho que consuma drogas.

—Parece extraño, ¿no cree?

—La verdad es que sí, pero…

—¿Pero qué? —mi pregunta les pilla por sorpresa a ambos.

—¿Cómo dice?

—Ha dicho que hay un pero, ¿a qué se refiere?

—Yo no he dicho que haya ningún pero.

—Sí. Lo ha dicho.

—Rodrigo —interviene mi compañero en vista de mi alteración.

—Ha dicho: «la verdad es que sí, pero…» ¿A qué se refiere con ese pero?

—Yo no he dicho nada de eso. Miren, estoy muy cansado.

Saluda con la cabeza y se encamina a la escalera.

—Ya le ha ocurrido otra vez —le increpo por la espalda—. No hace mucho, ¿verdad? También era un chico joven, ¿no es así? ¿Las mismas circunstancias, las mismas…?

—¡RODRIGO! —corta por lo sano Moisés dejando evaporarse mis preguntas en el aire enmohecido de la escalera.

Estoy a punto de contestarle, de decirle que no me diga lo que puedo o no puedo hacer, de descargar toda mi furia sobre la única persona que aún que me soporta, pero no tengo valor, sé que luego,

cuando me dé cuenta de mi error, tendré que pedir disculpas, decir que me he ofuscado, que no volverá a suceder, y el caso es que sucede demasiado a menudo. Agacho la cabeza como un reo tras el recuento antes de entrar en su celda. Una voz ronca, como si tuviese que arrancar las palabras de donde estuviesen clavadas, atraviesa mis tímpanos.

—Hace algunas semanas —las sílabas abandonan la garganta del doctor Medrano para caer contra el suelo nada más salir de su boca. Como balas de cañón antiguo, las plomizas palabras apenas vuelan unos centímetros por un ambiente medicado, denso, irrespirable—, tuvimos algo parecido. Mismo perfil. Mismo final.

—¿Tiene alguna hipótesis? —se interesa Moisés sin quitarme ojo de encima.

—Hipótesis —ríe sarcástico—. Yo solo sé que he perdido a dos chicos sanos en un breve espacio de tiempo, que dos madres no tienen ni tendrán consuelo alguno, y que… En fin, déjenlo.

Sacude su mano y se vuelve para abandonar, esta vez definitivamente, el angosto descansillo.

—Que no será la última, ¿vedad? —pregunto—. Intuye que habrá más, que esto es solo el principio, ¿no es así?

—Eso es cosa de los investigadores —responde descendiendo uno a uno los peldaños—. Yo me voy a casa, a descansar, ha sido un día muy largo.

Armo la garganta para lanzar un nuevo improperio, pero la mano de mi compañero apretándome el antebrazo me hace desistir.

La madre de la víctima sale escoltada por las auxiliares, parece sedada y su ojos han cambiado, ya no volverán a ser los mismos, es el precio por perder a un hijo, la parte del alma que dicen se refleja en la mirada muere y se corrompe, dejando un oscuro vacío para el resto de la vida.

—¿Cómo se encontró a su hijo?

Gira un poco la cabeza y un resto de saliva resbala por la comisura. Por Dios, Rodrigo, esta mujer no está para gilipolleces.

—Rodrigo Forniés, policía. Cualquier dato nos serviría de ayuda.

—Estaba en su silla —la voz apenas audible, se vuelve casi indescifrable ante la ausencia de motricidad en los labios—, mirando la consola.

—Céntrese en otra cosa, algo que nos pueda ayudar.

—En la consola —repite mirando al vacío como si estuviera hablándose a sí misma—. No es normal, lo normal es mirar a la pantalla, no a la consola. ¡Ni siquiera tenía el mando! —grita desesperada antes de romper a llorar hasta derrumbarse.

Una última pregunta, solo una. Me preparo para lanzarla pero una de las auxiliares me insta, con mucha educación, para que no lo haga.

Desisto. Permanecemos en el descansillo hasta que las sirenas desaparecen en la lejanía. El forense acaba de llegar y la mirada de su ayudante, el típico lameculos, nos indica que sobramos. Los peldaños se suceden bajo las suelas de los zapatos en una serenata de chasquidos y silencios. Al llegar a la calle, el coche está vacío, ni rastro de Aurora.

Menuda idea la visita.

Capítulo XXIV

—Nuestro cerebro traduce, por así decir, todo lo vivido al otro lado para que podamos asimilarlo —explica Román con voz ronca y segura —. Los sentidos captan miles de sensaciones nuevas y desconocidas tras el umbral de lo que yo llamo la puerta al infinito, y nuestra mente, saturada de tanta información nueva y desconocida, se ve sobrepasada y busca la salida más sencilla, intenta cuadrar cada sensación, cada sonido, cada imagen con lo almacenado en nuestro banco de recuerdos. La mente siempre busca el camino más sencillo, por eso los magos e ilusionistas nos confunden con facilidad. Ante un bombardeo de información nueva, nuestro cerebro busca asimilarlo ubicando esta nueva información entre los datos ya conocidos. Pero no es perfecto, por eso al despertar nos queda un sinsentido lleno de contradicciones, lo que tú llamas un sueño raro.

De su bolsillo extrae una libreta raída sujeta por una goma, las esquinas laceradas han perdido su color negro y muestran el entramado de celulosa que conforma el interior de las tapas. Un color ocre, avejentado, que se funde con el amarillento de las hojas. Hojas llenas de notas, de esquemáticos dibujos y pictogramas de difícil interpretación. Un lápiz minúsculo del color de la madera, salvo por escuetas pinceladas del esmalte que un día lo vistió, rueda al liberar la presión que ejercían las páginas sobre él. A punto está de salir volando, pero Román lo pilla al vuelo con un movimiento parsimonioso, sin sobresaltarse lo más mínimo, como si previera la caída del lápiz antes de que sucediese.

—Mira. ¿Qué ves? —pregunta mostrando el dibujo que acaba de

hacer cerca de la esquina inferior de una de las hojas menos pintarrajeadas, junto a una extraña fórmula o la cuenta de la frutería, vete tú a saber, justo debajo de unas líneas que parecen indicar una fuerte marejada, o un peine invertido y mal dibujado—. Dime, ¿qué ves? —insiste ante mi mutismo.

—Pues… —dudo— parece un círculo sobre un triángulo.

—Muy bien, es exactamente eso, un círculo sobre un triángulo —responde allanando el terreno para su alegato. Está claro que disfruta con esto—. Pero aquí no hay ningún triángulo. Yo solo he dibujado un círculo con tres picos.

—Hombre, se sobreentiende —apunto.

—¡¿Cómo que se sobrentiende?! —su voz me hiela—. ¿Qué hay aquí dibujado?

—Pues… un círculo con tres picos, supongo.

Su tono rudo, inquisidor, me asusta. Este tipo puede pasar de cero a cien en un segundo, y no me parece la persona más indicada para que llegue al punto de ebullición.

—Pero antes no has dicho eso, antes has dicho que se trataba de un círculo sobre un triángulo.

Mi pescuezo se esfuma entre el cuello de la camiseta como única respuesta.

—Tu cerebro —expone calmado— ha decidido que un círculo con tres picos no es algo razonable y en su incansable necesidad de que todo tenga sentido, porque es la única manera que concibe para ver el mundo, ha tenido la grandiosa idea de unir las líneas que forman cada uno de los lados de cada pico para formar una figura que en ningún momento yo he dibujado, que en ningún momento tú has visto y que, por supuesto, en ningún momento ha estado ahí.

—¿Quieres decir que cuando vemos algo tal vez nos sea lo que vemos? O algo así.

—Quiero decir que el pensamiento humano, contaminado por el exceso de raciocinio y la necesidad de equilibrio, puede llegar a ser una venda que nos impida ver lo que de verdad tenemos delante.

Se pone en pie tomando pose de orador y elevando la voz consigue avergonzarme ante algunos de los paseantes que miran entre el miedo y el desprecio.

—Nuestro cerebro, el de todos estos —argumenta en voz alta mientras abre los brazos abarcando a todo el que está dentro de su radio de acción; los paseante, confundidos, miran al frente y continúan con sus quehaceres diarios—, rellena los huecos que no encajan en sus parámetros con lugares y rostros reconocibles. Sin embargo, no tiene habilidad en lo que respecta al guion, por eso a veces parecen confusos e incluso una auténtica locura.

—Pero eso que dices no es así —su mirada desafiante congela mis

fluidos mientras sus dedos, que había entrelazado para argumentar mejor su explicación, se desenredan mostrándome unas enorme zarpas agrietadas como cuero viejo y con las uñas más negras que he visto en mi vida—, en los sueños es normal que todo sea un poco caótico, al final no es más que una representación de las cosas que nos preocupan.

—Claro —sugiere irónico—, por eso suelen ser un sinsentido, una tormenta de sucesos disparatados. La mente, cegada por siglos de razonamiento y conformismo, solo se preocupa por conseguir explicar una información totalmente inexplicable, para ello, crea una absurda peliculilla, de serie B o más baja. Para ello recicla los millones de recortes que tiene en su disco duro, lo malo es que no se toma muchas molestias, y de ahí el resultado: una trama cargada de surrealismo. Como ya te he dicho, no es un gran guionista.

—¿Entonces?

—Nada.

—¿Nada?

Ríe como solo los locos o los iluminados lo hacen.

—Una vez eres consciente de esto, todo fluye. Poco a poco esos huecos dejan de ser suplantados por familiares y amigos, esos lugares dejan de ser los de las vacaciones de la infancia y esa frustrante persecución de un tren pasa a ser… Bueno, ya lo verás. Créeme, una vez sueltas el lastre todo es mucho más sencillo y fluido.

—Pero, entonces, ¿es eso, así, sin más?

—Sé que ahora piensas que soy un embaucador y que trato de venderte una patraña. No te culpo. A mí también me costó. Pero dime que nunca has pensado que hay algo más en alguna parte, algo que se nos escapa. Pensamos en universos paralelos a los que se viaja en un cohete espacial y sin embargo ha estado aquí siempre. Nuestros ancestros lo sabían, todas las creencias de tribus pasadas, muchas de ellas extintas, se basan en viajes a través del subconsciente, de los sueños. La necesidad de certeza por parte del hombre moderno, de solo validar lo que se puede ver o tocar sin tener en cuenta factores mucho más espirituales, nos ha llevado a la pérdida casi total con este vínculo, pero no pienso dejar que eso ocurra. Debemos volver a los orígenes para avanzar más allá del pensamiento.

—Entonces, ¿tan solo se trata de coger una buena postura, cerrar los ojos y…?

—Bueno, no del todo. Hay que tomar algunas precauciones.

—¿Precauciones?

—Ten en cuenta que el tiempo transcurre a diferente velocidad y que unos universos se pliegan sobre otros hasta el infinito. Cuando te adentras demasiado corres el peligro de perderte.

—¿Como ese chico?

Su cara cambia. Una uve de furia nace del puente de su nariz y recorre toda su frente, sus ojos se vuelven dos agujeros negros que comienzan a devorar la materia que flota a su alrededor, siento cómo su energía tira de mí hacia el interior de esos agujeros negros. De pronto, parece derrumbarse.

—No, él no se perdió —musita con añoranza—. A veces hay quien decide que es mejor vivir en el otro lado para siempre.

Sus palabras se pierden en los recuerdos. Quiero decir algo, pero estoy demasiado asustado o demasiado confundido como para hacerlo.

—¡Un despertador! —suelta de golpe sobresaltándome—. Por eso necesitas un despertador.

—¿Un despertador?

—Eso es, salvo que quieras quedarte allí para siempre —niego con la cabeza—. No pongas esa cara, no es nada fácil llegar tan lejos como para no volver. Lo primero es entrar, ya te digo que una vez que eres consciente de ello todo cae por su propio peso. Al principio no es fácil, no te desanimes.

Asiento.

—Aunque hay ayudas.

—¿Ayudas?

—Sí, eso he dicho. Es más bien una serie de directrices y trucos para conseguir cruzar. Insisto, nos es fácil.

»Desde el principio de los tiempos los chamanes han usado diferentes objetos para sus viajes, y nosotros aprovechamos sus conocimientos para facilitarnos el salto.

—¿Objetos?

—Objetos, amuletos… aunque también puede ser un sonido o un olor. A veces se trata de todo un ritual, un alimento o bebida preparado de cierta manera, baile, cánticos, o lo que a cada cual le ayude para dar el paso. Pero te recomiendo un objeto, a ser posible fácil de transportar y que no llame mucho la atención, algo cotidiano que no destaque ni cause alarma. Lo de los bailes y los cánticos está bien si quieres acabar en el manicomio, pero si no, lo mejor es algún cachivache. Yo tengo este. Lo miro fijamente cuando quiero cruzar al otro lado, la mente lo interpreta como una especie de salvoconducto. Una llave. Mi llave.

Mis dedos se alargan instintivamente hace su mano que se cierra apresándolo, a punto está de atrapar mi huesuda extremidad con esa enorme zarpa. Sobresaltado, doy dos pasos atrás.

—¿Y el despertador?

—Ese es otro tema pero lo dejamos aquí de momento, han sido suficientes emociones por hoy.

Se marcha arrastrando su alargada sombra por el camino de albero. Mientras yo me pregunto dónde demonios se habrá metido Alejandro.

Esta vez me va a oír, vaya que si me va a oír. Menudo rato he pasado con este lunático por su culpa. Me dice que venga y al final es él el que no se presenta. Ya puede tener una buena excusa.

Capítulo XXV

—¡Hola! —saludo sin mucho afán.

—¡Hola, Rufo!

Empujo la puerta justo antes de que el mecanismo se bloquee y me deslizo al interior.

—¿Qué tal está tu madre? Hace tiempo que no la veo —la voz de Begoña, mi vecina, me persigue hasta dentro del portal.

—Bien —respondo tajante.

Las palabras apenas pueden escapar a través de la minúscula rejilla entre la hoja de la puerta y el cerco metálico. Un silbido mudo filtra las últimas silabas dejando a la pobre viuda con la palabra en la boca.

Mis zapatillas engullen los peldaños de dos en dos, los rellanos se suceden, no me hace falta mirar el cartel para saber por cuál voy. Mancha de humedad perenne: primera planta, bombilla sin aplique a un lado y fundida al otro; segunda planta: ficus sin amigos, sin familia y con cara de no tener ni un solo motivo para seguir viviendo; tercera planta: un extraño hedor a tristeza y melancolía que no se capta con las fosas nasales pero que te embriaga hasta ahogarte: mi rellano.

Mamá no está. Entro en mi cuarto, conecto el equipo y me desplomo sobre el edredón. Versos urbanos cargados de rabia, de protesta, pero, sobre todo, cargados de verdad, inundan la habitación. Cierro los ojos dejándome llevar por la quebrada voz del poeta de contenedor que tanto parece conocerme y comprenderme. Solo veo centellas, pero hay alguien más. No la veo, pero sé que está ahí. Es Ona. Está callada. El pulso se desboca y el aliento alarga sus batidas formando un soniquete de suspiros y silencios. Tengo que centrarme,

esto es mucho más importante. No la veo, no la oigo, ni la siento, pero una estúpida sonrisa se dibuja en mis labios. La voz rota languidece y Morfeo me acuna en el momento en que me parece escuchar a Ona susurrarme algo al oído.

¡Mierda! ¿Qué hora es? De poco me vale mirar la pantalla del móvil, la batería hace rato que dio sus últimos coletazos. Abro el armario, lo cierro, doy una vuelta sin moverme del sitio y lo vuelvo a abrir. Miro hacia la estantería, con la ayuda del pie derecho descalzo el izquierdo, y luego al revés, me pongo de pie sobre el colchón y alargo el cuello esperando ver algo que escapase a la vista desde el suelo. Nada. Muevo los libros como si fuese a encontrar algo entre ellos o detrás. Nada. Me siento en el borde de la cama. Los versos que antes se arremolinaban en torno a la lámpara de techo ahora retumban en mi cabeza y vibran en mis labios. *«¡Seguro que mamá los conserva!»*. Una idea brota en mi cabeza. Descalzo, salgo al pasillo y abro el armario empotrado que hay en él. Cajas cerradas y tapadas con viejas sábanas, palos de cortinas colocados estratégicamente para caerse nada más abrir la puerta, calzado en desuso del que mi madre no es capaz de deshacerse… *¡ahí está!* Tiene que ser eso. Una caja de cartón con el logotipo de una marca de whisky asoma desde el estante de arriba. Vuelvo con un taburete, la agarro y tiro de ella. No sale. Lo intento otra vez. Nada. Hurgo con los dedos tratando de libelarla de lo que sea que la mantiene apresada. Un nuevo tirón y la caja se desliza. No pesa mucho, aun así la apoyo sobre mi pecho para evitar que se me caiga. No puedo esperar a descender del taburete, la abro. Una nube de polvo se levanta de golpe cegándome momentáneamente. Toso y me tambaleo. Salto antes de caer y consigo que la caja no se me escape de las manos y acabe en el suelo. Uno de los laterales de cartón cruje y deja a la vista el contenido. *¡Bingo!*

El pestillo de la puerta chasquea como un revólver amartillándose antes de disparar.

—¿Qué haces con eso?

Mamá se queda petrificada al encontrarme de rodillas en el suelo frente a los viejos vinilos de mi padre.

—Es… para una cosa del insti.

La patraña más escuchada por todas las madre del mundo ensucia mi boca y los oídos de mi progenitora.

—Seguro que me has desordenado todo el armario para encontrarlos. ¿No podías esperar a que llegase?

—Lo dejaré todo como estaba.

No está enfadada, ni decepcionada. Todo lo contrario.

—Ven, tengo que contarte una cosa —me apremia.

La última vez que tenía esa cara de ilusión un maromo, que solo sus hábitos eran peor que su aspecto, se nos metió en casa. A los seis

meses desapareció, él y los pocos ahorros que mi madre había conseguido reunir matándose a trabajar en dos sitios a la vez. No quiero ir. No quiero oír lo que me tenga que decir. «¡Ven!» me dice con la mano. Y voy a la cocina como un cordero al matadero.

—¿Te acuerdas de mi amiga Ángeles? —pregunta cogiéndome las manos como si todavía fuese su pequeñín.

—¿La loca?

Junta las cejas y aprieta los labios, pero rehúye el enfrentamiento.

—Pues la he visto hoy. Tiene una prima, que tiene un amigo, que trabaja para una empresa que lleva todo el tema de hospitales y centros de salud. Total, que me ha dicho que si quiero trabajar con ellos, que el puesto es mío.

Mi cara estupefacta contrasta con sus ojos ilusionados. No sé si es peor que a mí no me importe nada o que a ella le importe tanto.

—Es un sitio serio. Nada de dinero bajo cuerda, sin dar de alta. Tendré catorce pagas, vacaciones, baja si me ocurre algo, no como con la señora Parra. También me van a dar un uniforme, lo tienes que ver —sonríe entornando los ojos y un destello ilumina el lagrimal—, es horrible, no tiene forma ninguna, aunque creo que lo puedo arreglar un poco, le cogeré un poco de la cintura y le subiré los hombros. En fin, ¿no dices nada?

Las palabras no me salen de la garganta, como si todas quisieran salir a la vez y unas estorbasen a las otras. Mi madre sube los hombros sin soltarme las manos aguardando mi veredicto. Finalmente sonrío intentando demostrar que yo también me alegro. Entonces, sus ojos dejan de brillar. Ella también sonríe. Sonríe como tantas veces la he visto sonreír. La sonrisa triste. La felicidad nunca le ha durado mucho. Ojalá tuviera otro hijo. Ojalá tuviera otra vida.

—Bueno, ¿y tú qué? —cambia de tema levantándose y colocándose el delantal.

—Pues me iba ahora mismo.

—¿Adónde vas ahora? ¿Vas a volver tarde?

—No, es solo un segundo —la segunda mentira que más veces escuchan todas las madres del mundo.

Agarro el maldito vinilo y el disco se escapa rodando de la funda, por los pelos no acaba en el suelo. Dejo la funda, total no me sirve para nada, y salgo de casa con el vinilo en ristre. Los peldaños se suceden con la misma velocidad que cuando llegué, pero en sentido contrario. Mis dedos arrancan alaridos al pasamanos con cada giro que doy al llegar a los rellanos.

Los portales se van sucediendo a mi paso, luego son los cruces de las calles. Más portales y más cruces. No puedo dejar de pensar en mamá. Tal vez este sea el golpe de suerte que necesita, que necesitamos. Otra vez siento la presencia de Ona. Su sonrisa. Su

mirada. El estómago se queja y tengo ganas de gritar, de correr con los brazos extendidos, de volar lejos, muy lejos.

La puerta de un coche se abre de repente y el vinilo sale volando de entre mis dedos para acabar estrellándose contra el suelo. Salta en mil pedazos. Me giro para ver que quien me ha golpeado es una mujer que huye despavorida, ni siquiera ha pedido perdón. Miro de nuevo los fragmentos de plástico esparcidos por la acera, hago el amago de recogerlos pero desisto. Supongo que podré coger otro. Tal vez debería reventarlos todos contra el suelo para ver si nos olvidamos de una vez de ese mamarracho.

Parece que hay algo de jaleo. Me aproximo a la puerta, pero un poli me niega la entrada. Insisto, pero comienza a hacerme preguntas que no quiero responder y decido esfumarme. Sentado en el poyete de enfrente veo salir a dos tipos que se detienen enfrente del coche del que acaba de huir la *destroza vinilos* y miran a uno y otro lado. Ese tipo me suena. Es el poli que me libró del Webo, el Loco y el Gordo aquel día. Se suben al vehículo y se alejan mientras sus ojos se clavan en los míos. Me levanto y camino hasta mitad de la calle observando la parte trasera del automóvil alejarse. ¿Qué haría ese tipo en el portal de Alejandro? De pronto las luces de freno se encienden y mi cabeza comienza a conjeturar mil hipótesis. Un alarido cavernoso desde dentro del portal me saca de mi ensoñación. La madre de Alejandro rota de dolor aparece bajo el umbral ayudada por dos sanitarios. La sangre de todo el cuerpo se me baja a los pies, para subir como un cohete y estrellarse contra mi cabeza, al ver aparecer por el oscuro agujero que conforma la entrada una caja fúnebre a la que la desconsolada madre se aferra entre lágrimas y alaridos.

El sonido comienza a llegarme como si me encontrase en el interior de un profundo pozo. La boca se me seca y el aire araña mi garganta al entrar y al salir de mis pulmones. El pulso golpea las sienes y millones de centellas chisporrotean en medio de una visión cada vez más borrosa.

Entonces todo se vuelve NEGRO.

Ona

Capítulo XXVI

—Tienes que calmarte —recomiendo en voz baja, casi inaudible mientras agito las manos suplicando un tono menos agitado por su parte. No me cabe la menor duda de que mi querida madre estará poniendo la oreja, solo he tenido que ver la expresión de su cara cuando Rufo se ha presentado en casa para saber que no le gusta un pelo. ¿Y quién le gusta? Solo espero que no se esté enterando de lo que me acabo de enterar yo. No puedo imaginar de lo que es capaz—. ¿Por qué no te sientas y me lo cuentas más despacio?

—¡Sentarme!

De nuevo sacudo las manos con las palmas hacia abajo, siseando con los dientes apretados hasta escucharlos crujir.

—¡¿Cómo quieres que me calme?!

Agarro su mano, pero no consigo que deje de moverse de un lado a otro de mi cuarto. De un tirón se libra de mí para frotar su rostro con ambas manos, está fuera de sí. Por fin se detiene, pero no se sienta, con el rostro oculto por un bosque de dedos delgados y temblorosos, se estrella directamente contra el colchón. Puedo escuchar perfectamente el gemido de una de las láminas que conforman el somier al recibir la mayor parte del impacto. Me dispongo a consolarlo posando suavemente una mano sobre su espalda y me doy cuenta de que no llora, era de esperar que lo hiciese, pero no lo está haciendo. Tiembla de manera compulsiva y emite un carraspeo parecido al ronquido de un moribundo antes de expulsar su último aliento pero eso es todo. No llora.

Los temblores que levantan su espalda comienzan a calmarse con

las caricias que le profeso, y la respiración deja de ser un gemido de ultratumba, para volverse una consecución de vergonzosos sorbos de aire, amortiguados por la tela del cobertor. Su rostro emerge del abismo de cuadros ocres y carmesí descubriendo una cruda realidad. Sus ojos no están llenos de lágrimas como era de esperar. Hinchados e inyectados en sangre rubrican una mirada que parece desvanecerse en un profundo y oscuro abismo. No es pena ni tristeza. Es odio. Se odia a sí mismo y no sabe por qué, y lo peor, me odia a mi profundamente, no sé si es consciente pero lo hace. Me odia porque de alguna manera me considera culpable de lo ocurrido, pero sobre todo me odia porque a pesar de odiarme no le queda nadie a quien acudir, y por este motivo, por ser a quien culpar de todo y al mismo tiempo a quien acudir en busca de consuelo, me odia. Los ojos nunca mienten.

No hay palabras, solo miradas, miradas que dicen mucho pero que preguntan todavía más. Sus ojos se deshinchan, pero su mirada sigue perdida en el abismo. La puerta se abre de golpe. ¿Para qué va a llamar, para qué va a mantenerse al margen de algo que ni le va ni le viene? La estúpida cara del estúpido Cosme aparece con gesto de *está es mi casa ¿Qué está pasando aquí?* No la veo, pero no me hace falta, a unos pasos del umbral está mi madre mordiéndose las uñas, dudando si hace bien en dejar que este cabrón nos trate como algo de su propiedad, o si por el contrario está haciendo lo correcto apoyando a su marido, su hombre. ¡Qué asco! Dos, tres, cuatro segundos, no más. Sin decir nada, su feo rostro desaparece de la misma forma que apareció. Rufo ni se ha inmutado. No consigo recuperar el contacto con su mirada, que ahora se pierde en algún lugar lejano. Me doy cuenta que mi mano no ha parado de acariciarle todo el rato, que su respiración ya es del todo normal y que sus ojos, a pesar de estar perdidos y cargados de odio, siguen siendo en los que me gustaría perderme para siempre.

—Cuando te dé la gana me cuentas qué demonios te ha pasado —qué le vamos a hacer, yo soy así, directa.

Pasan unos minutos hasta que se decide a decir algo. Entre pausas y divagaciones me entero que el pobre Alejandro está muerto, su madre destrozada y la poli haciendo demasiadas preguntas. Ha tenido que ver cómo sacaban a su amigo en una caja de pino, cómo su madre se rompía en un ataque de nervios, cómo la sedaban y su cuerpo se vencía entre lágrimas y llamadas a su pequeño que nunca más volverá a ver. Ahora me explico su estado al llegar a casa. También me ha dicho que un poli le reconoció.

—Me dijo: «Yo a ti te conozco, ¿no? ¿Qué haces aquí?». Tuve miedo y salí corriendo —sonríe por primera vez—. Tenías que haberme visto, las piernas no parecían mías. Solo cuando no había suficiente aire en el cielo para llenar mis pulmones y la sangre

palpitaba en mis piernas como si fuesen a reventar me detuve, me daba igual que me pillaran, además, yo no había hecho nada malo, era una víctima más, mi amigo acababa de fallecer, pero bueno, no tuve que dar tantas explicaciones. Al mirar hacia atrás me di cuenta que si alguien me había seguido hacía rato que había desistido por falta de forma física o de ganas de pillar a un mindundi, que poco podía ayudar a esclarecer lo que había sucedido en casa de Alejandro. Sinceramente me decanto por lo segundo. El caso es que estaba ahí, doblado como el gancho de una garrucha, tratando de encontrar algo de aire para satisfacer mis avariciosos pulmones cuando desde un vehículo que pasaba por mi lado y que no se ha tomado la molestia de detenerse, he oído que me decían *«Ya hablaremos tú y yo»*.

Me sobresalto ante algo tan inesperado y también motivado por la pausa dramática que acaba de hacer.

—Era el mismo poli que me había reconocido —confiesa sonriendo ante la cara de estupefacción que tengo—. Tres manzanas corriendo a todo lo que me daban las piernas y el tipo solo tiene que subir a su auto para alcanzarme sin esfuerzo.

Reímos.

—Pero… ¿De qué te conoce?

—No lo sé, creo que anda por ahí preguntando a todo el que tiene algo que ver con Román, supongo que lo están investigando, ya sabes, en cuanto eres un poco diferente, en cuanto te sales de lo establecido, en seguida te tachan de peligro público y la poli comienza a husmear. Aunque podría ser por otro tema.

—¿Qué tema?

—Nada importante.

Ahora viene la parte difícil, la parte de decir la verdad, aunque duela.

—Creo que deberías alejarte de ellos —las palabras titubean antes de salir de mi garganta, tienen miedo de herir o de resultar heridas.

—¿Alejarme? Alejandro ha muerto, ¿sabes?

—Por eso, no creo que todo este rollo te convenga. Sinceramente.

—¡Era mi amigo! Y Román también es mi amigo.

—No creo que sean tus amigos de verdad.

Junto la cara con el pecho aguardando la iracunda respuesta a tan dura afirmación pero no, no hay gritos ni reproches, solo silencio. Al parecer las palabras han decidido lastimar antes que ser lastimadas, y ahora me odio por ello.

—Creo que solo erais unos chiquillos un poco perdidos y con necesidad de soñar y Román se ha aprovechado de ello. Creo que lo que de verdad buscas no es un viaje astral o lo que demonios os haya metido ese tipo en la cabeza, lo que de verdad quieres es sentirte parte de algo —me acerco peligrosamente—. Pero tú ya eres parte de algo

—ya no puedo parar y me lanzo sobre él—. Eres parte de mí.

Dejamos que nuestros cuerpos se comuniquen porque siempre lo han hechos mejor que las palabras, y ahora, donde había una sílaba, nace una caricia y donde había una coma, brota un profundo beso y donde había preguntas, solo encontramos respuestas.

Alejandro

Capítulo XXVII

—Pufff… —la nariz de mi madre busca refugio en uno de sus hombros—, no puedes pasarte la vida en tu cuarto, si no te da el aire te vas a quedar mustio, te lo digo en serio.

—Déjame —replico con niñería.

—¿Por qué no sales un rato? Puedes quedar con tus amigos. Con alguna amiga. Lo que viene siendo la vida normal de un adolescente.

Indiferencia es toda mi respuesta, a veces los hijos podemos ser crueles. Rufo ha pasado de mí, estará con su novia "barra" *voy de mosquita muerta pero tengo claro lo que quiero*, y yo lo pago con mi madre. Me duele, me duele mucho lo que hago, pero aun así la ignoro mientras ella recoge una sudadera del suelo y la dobla sobre la silla. Amargas lágrimas encienden una hoguera en mi garganta mientras mi madre alza la persiana y abre una de las hojas de cristal, dejando pasar un aire limpio y fresco que no hace otra cosa que ponerme más en evidencia. Resoplo con furia desmedida justo cuando empuja la cama para tener acceso a la parte de las habitación que queda contra la pared y de este modo poder estirar las sábanas y colocar el cobertor que languidece colgando por la parte de los pies.

—¡Te quieres largar de una vez y dejarme tranquilo!

—¡A mí no me chilles!

Rehúyo el enfrentamiento y me limito a golpear con inusitada ira el teclado, como si quisiese clavar cada tecla contra el tablero de la mesa. Mamá se va. Resopla, pero no de enfado, sino mostrando su rendición; qué le vamos a hacer, tiene un hijo que es un truño y no puede hacer nada al respecto.

Maldito Rufo. Me ha dejado por esa fulanita que parece un tío y encima soy yo el que está jodido. Tengo que conseguir cruzar al otro lado como sea. La verdad es que me da mucho miedo, y más hacerlo solo, pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras ese mierda de Rufo y su novia "barra" novio se lo están pasando de puta madre dando paseítos cogidos de la mano. Solo de pensarlo siento náuseas. Tengo que hacerlo. Y luego, cuando lo sepa, vendrá a suplicarme que volvamos a formar equipo, pero será tarde. *«Es tarde, camarada, tuviste tu oportunidad y la jodiste por esa puta».* A ver qué cara pone cuando se lo suelte, a ver si le quedan ganas de seguir dándole besitos y recitándole poemas a su amiguita.

A quién voy a engañar, solo me metí en este rollo para formar equipo con Rufo, por tener algo que compartir, unos se apuntan a futbito, otros riman todo el rato con las mismas palabras y pasan así las tardes. Solo fui un soñador demasiado ambicioso que pretendió tener el hobby más exclusivo, algo que superara a todos los demás, pero ahora me doy cuenta de que lo único que pretendía era tener un amigo. Un traidor, eso es lo que es.

Me desplomo sobre la silla. La mirada se pierde en la negrura. Los ojos escuecen. Me gustaría que me hubiese dado un beso al salir del cuarto como hacía antes, pero no la culpo, supongo que ella está más jodida. La imagino preparando la cena y preguntándose qué hizo mal. Ahora es la garganta la que sufre las consecuencias de la rabia contenida, pronto será el alma, entonces es cuando me odio y me quiero morir, que todo acabe y que mi miserable existencia deje de amargar a todo lo que me rodea. Intento calmarme. Dejo la mente en blanco y encuentro algo de paz. Una burbuja rodea mi cuerpo aliviándose de todos los problemas de todas las preocupaciones. No lo pretendía, pero creo que acabo de meterme en un camino sin retorno. Solo debo dejarme llevar, como cuando te arrastra una riada; lo peor que puedes hacer es intentar luchar contra la corriente, es mejor no precipitarse, ¡Dios mío, acabo de sentir el cambio en la respiración! Síííí. Es esto claramente, ahora entiendo por qué decían que era algo muy evidente cuando sucedía. Tranquilo, recuerda no precipitarte, como si te arrastrase la riada, dejarse llevar. ¿Dejarse llevar? ¡Y una mierda! Si te arrastra una riada y ves pasar algo a lo que aferrarte, lo coges. Puedo sentirlo, estoy claramente entre los sueños y la realidad. No quiero despertar, debo dejar de pensar tanto o la parte racional tomará el control.

Concéntrateee….

Yyyy…

Sal… taaa…

Capítulo XXVIII

—Disculpe —digo a la señorita con la que acabo de chocar, no se inmuta, continúa su camino sin levantar la vista de los papeles que lleva en la mano. No parece de los nuestros, será una de esas picapleitos recién salidas del horno, que pelean con uñas y dientes las migajas que sus jefes, atareados en asuntos de mayor calado, les dejan como limosna—. ¿Cuánto tiempo lleva retenida?

—Unas dos horas —responde Melchor.

—¿De qué se le acusa?

—Al parecer atacó, sin motivo aparente, a un pobre indigente lanzándole todo lo que pilló a mano; por lo visto creía que estaba atacando a un fantasma o algo parecido —narra con gesto burlón—. Se niega a decir nada, ha pedido hablar únicamente contigo.

¿La conoces? Es la pregunta que sus ojos me lanzan, pero Melchor Onieva, veterano policía de calle relegado en estos momentos por edad y por una rodilla que no le deja caminar por el día y descansar tras el ocaso, sabe muy bien de qué va esto y cómo comportarse con un compañero.

—Está bien, me hago cargo —indico girando el picaporte.

—Estaré por aquí —sugiere, mirando a ninguna parte—, por si me necesitas. Si viene tu compañero… ¿le digo que pase?

—No va a venir —contesto tajante cerrando la puerta.

Poca gente lo sabe, pero la luz de los fluorescentes parpadea, inapreciable para el ojo humano. Cualquiera te diría que no es así, pero lo cierto es que su funcionamiento se basa de alguna manera en eso, destellos fugaces y continuados que, unidos a la brevedad con la

que se suceden, dan la sensación de brillo constante, pero no es así, cualquiera que haya estado en una sala de interrogatorios te lo puede corroborar. Aquí, donde el tiempo se ralentiza hasta hacerse tangible, se puede apreciar cada uno de los fogonazos que emite la barra luminiscente, por lo general nos ayuda a la hora de *convencer* al interrogado para que colabore, pero me parece que hoy se va a volver en mi contra. Nada más cerrar la puerta puedo sentir todo el peso de los destellos. Empieza mal esto.

La miro durante unos segundo esperando encontrarme con sus ojos en algún momento, pero su mirada no se despega del tablero.

—¿Cómo estás?

La silla chirria al separarla de la mesa para poder sentarme, ralentizar la maniobra solo alarga el desafortunado sonido.

—No sé qué coño ha pasado, ni qué coño te ha pasado, pero solo quiero que sepas que estoy aquí para ayudarte.

—¿Le has ayudado a ella?

Sé perfectamente a qué se refiere, pero a falta de una respuesta hago una absurda pregunta.

—¿A quién?

—A la madre de ese chico. Del chico que ha muerto.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Una vecina estaba junto al coche contándoselo a todo el que estuviera interesado en escucharla, y yo no he podido evitar poner la oreja.

Su voz se quiebra, me da miedo tocarla por si empeoro las cosas. Si por lo menos me mirase podría intentar mandarle el mensaje de que estoy con ella, de que no la voy a dejar tirada como antaño.

—¿Por eso huiste? —pregunto amigable—. No te culpo. Todo esto ha debido abrir viejas heridas.

—Bajé del coche —comienza a relatar levantando la cabeza para escudriñar la pared que tengo a la espalda, como si estuviese leyendo un texto escrito sobre una de las manchas de humedad y humo que decoran la estancia—, tenía que subir, que acercarme a esa pobre mujer y abrazarla, tenía que decirle que entendía por lo que estaba pasando, que no estaba sola. Quería hacer por ella —su cabeza se vence de nuevo— lo que nadie hizo por mí.

—No es fácil, créeme —intento consolarla—, no es fácil ni para nosotros, que nos enfrentamos a ello todos los días, mucho menos para ti, y más después de lo que has pasado. No te culpes, si no te viste con fuerzas para subir, si la única salida que encontraste fue huir. Te entiendo. Créeme.

Aurora levanta la cara y me dedica una mirada de extrañeza. Sus ojos brillantes flotando sobre un océanos de mortecinas ojeras no comprenden lo que los oídos acaban de escuchar.

—No —musita—. No fue eso.

Pasan algunos segundos antes de que termine de explicarse. Se los concedo, esta situación requiere de tacto y paciencia. Aurora es un bidón de gasolina y no pienso acercar una cerilla.

—En realidad —titubea— sí que tuve valor para subir hasta el piso de esa pobre mujer. En ningún momento me planteé huir como al final acabé haciendo.

Una nueva pausa. Calma. No hay prisa.

—Fue ese tipo de la puerta —recuerda con rabia—, me negó la entrada y me dijo que esperase en el coche. Le rogué que te avisase, pero se negó argumentando que no era el recadero de nadie e insistió en que esperase dentro del coche si no quería complicar las cosas —las palabras se vuelven indescifrables a medida que las lágrimas inundan la garganta—. Dentro del vehículo todo me empezó a dar vueltas, el aire me faltaba y mi hijo me llamaba a lo lejos. Por eso salí corriendo. Por eso. Por mi hijo.

El dolor de Aurora inunda la sala, prendiendo una mecha que está a punto de explotar dentro de mí. Tengo ganas de gritar, de golpear la mesa, de tirar una silla contra la pared y poner esta pocilga patas arriba, pero sobre todo tengo ganas de echarme a la cara a ese gilipollas y decirle, con muy buenas palabras, que ser poli no es lo mismo que se un puñetero portero de discoteca, que la placa no la llevamos para imponernos sobre los ciudadanos sino para ayudarles en todo lo que podemos y más, con muy buenas palabras y si se tercia, con alguna *caricia* de regalo.

—Debiste decir que estabas conmigo, pedirle a alguien que me avisara, hubiese bajado en un segundo y te juro que ese niñato hubiese puesto la chaqueta de su uniforme sobre el suelo, para que no te manchases la suela de los zapatos al entrar.

Por primera vez me mira, me mira y sonríe entre lágrimas.

—No cambiarás nunca. Para ti es todo tan sencillo. Buenos y malos, no hay más. A los buenos, palmaditas en la espalda, y a los malos, mamporros, cuidando por supuesto no dejar una sola marca. Ojalá yo pudiera verlo todo así.

»Hay algo más.

»Al bajar del coche un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Estaba muy nerviosa, eso ya lo sé, el griterío de la gente, el sonido de sirenas y los alaridos de esa pobre mujer, que llegaban hasta la calle no ayudaban, pero no, ese escalofrío que sentí era inusual, era como si un afilado bisturí lacerase mi espalda. Lenta pero inexorablemente notaba la fría cuchilla rasgando mi piel. No creas que me fue fácil volver la vista, y ojalá no lo hubiese hecho nunca.

No estoy entendiendo nada y parece que no va a continuar pero debo ser paciente, si la presiono es posible que se vuelva a cerrar en

banda.

—Esos ojos —me mira aterrada—, tú no los has visto, parecían mirarme el alma.

—¿Te refieres a Román?

—Me miraba fijamente desde el otro lado de la calle, como una sombra, con ese porte espectral, esa maraña de pelo revuelto, esa barba y esa ropa que parece comprada en una *boutique* del mismísimo infierno.

—¿Román estaba allí?

—Durante unos segundos, o unos minutos, no sabría decir, no pude moverme, me tenía amordazada con su mirada. Luego desapareció, y yo… y yo…

—Aurora, mírame, MÍRAME. Si Román estaba allí tienes que decírmelo.

Aurora enjuga los ojos con el dorso de sus manos, separa los labios y una cortina de saliva y salitre parece ser la única barrera que impide brotar sus palabras.

La puerta se abre.

—Disculpe, inspector Forniés —el rostro de Melchor asoma por el insignificante hueco que deja la puerta con el marco—, se han retirado los cargos, pensé que querría saberlo cuanto antes.

—¿Quién los ha retirado?

—No lo sé.

—¿Está ahí, está abajo todavía?

—Yo no… A mí solo me han dicho que se lo dijera.

Le arrastro al tirar del picaporte como si fuese una chaqueta que colgara de un perchero en la propia puerta. Miro a uno y otro lado como poseído. Bajo las escaleras apoyándome en la barandilla, asomando parte del cuerpo para divisar mejor la planta baja; llego al mostrador, está atestado de gente como siempre, pero ni rastro de Román, un tipo así no pasa desapercibido. Dudo entre preguntar a Laura Quiles, la compañera que está tras el mostrador, o salir a la calle en su busca. Nada más abrir la puerta de entrada lo veo alejarse, como una sombra, como decía Aurora. *«Eres mío»*, pienso. Pongo un pie en el primer peldaño, el otro en el segundo, ya solo me quedan cuatro pero algo me detiene, estoy a punto de chocar. Es Moisés, su cara lo dice todo.

—Había venido a hablar con el capitán por un tema con los turnos —excusarse sin que te lo pidan es lo peor que puedes hacer; bueno, lo peor no, lo peor es excusarse con la voz temblorosa y dubitativa.

Me mira, pero no dice nada luego mira a la puerta, le sigo para ver que Aurora está bajo el umbral. Sin mediar ni una sola palabra, entra en la comisaría.

Me quedo clavado al suelo y mudo como un cadáver, ni siquiera sé

si estoy respirando.

¡ROMÁN!

Su funesta figura resalta a lo lejos entre el resto de viandantes. Impertérrito como un espectral muñeco de cera, su oscura mirada atraviesa el aire contaminado de la ciudad para lacerarme el fondo del alma. Quiero salir corriendo a por él, tumbarlo con todas mis fuerzas y esposarlo mientras su cara saborea la capa de polvo y hollines diésel que tapizan la acera, pero no puedo, algo me atenaza. Sus labios, o no mueven o al menos a esta distancia no los veo hacerlo, pero da igual, el mensaje me llega a través de otro canal.

Sus palabras retumban dentro de mi cabeza: *«Pronto acabará todo»,* sin haber atravesado el tímpano y recorrido el nervio auditivo. Su mensaje cincela los muros del pensamiento, *«pronto acabará todo»,* sin que mis ojos hayan descifrado palabra alguna saliendo de sus labios. *«Pronto acabará todo»,* su premonición o amenaza sacude hasta el último átomo de mi cuerpo. No grito, ni gesticulo con vehemencia. No. Le respondo en su idioma.

«Voy a acabar contigo. LO JURO».

Capítulo XXIX

Las sandalias blancas con una florecita en el borde de la tira levantan el fino polvo del camino que, por obra y efecto de la gravedad, vuelve a caer inmediatamente depositándose entre los dedos de mis pies, confiriéndole a estos el aspecto de los pies de un hobbit, cosa que me agrada y preocupa por igual. Miro mi mano que se aferra al dedo índice del abuelo, parece minúscula comparada con la suya, luego alzo la vista y me fijo en su rostro, serio, curtido por el aire, el sol y los años; mira impasible al frente mientras camina decidido sin soltarme la mano, la luz crepuscular del atardecer se estrella en el rostro del abuelo alargando y deformando las sombras en sus facciones, otorgándole un aspecto melancólico. Continuamos el camino en silencio, mis pasos son dos por cada uno suyo, aun así, no pienso decirle que vaya más despacio, que quiero descansar un rato, me ha prometido ver algo único y nunca me ha defraudado. El sol desciende veloz hacia las antípodas, bañando con su luz crepuscular los campos de cereal, que con su silencioso oleaje bañan de color ambarino y gualda a las dos únicas persona que han venido a verlo. La cúpula de nubes y claros recoge los invisibles fotones y los pinta con cárdenos, púrpura y rubicundos colores, que junto con el anaranjado del horizonte y el celeste emergente entre la bóveda de vapores, muestra la más amplia y delicada paleta del pintor. El abuelo se detiene, conozco el sitio, estuvimos aquí antes del verano, justo después de aquella semana que estuvo lloviendo. Las nubes de tormenta formaron una especie de charca o estanque, el abuelo decía que cuando él era pequeño discurría un pequeño arroyo que bajaba de

entre las dos lomas que se divisaban a lo lejos, y justo aquí se detenía para formar una laguna. Decía que aquí las cosas son así, que los arroyos a veces no desembocan en un afluente o un río mayor, simplemente desaparecen, algunos para reaparecer aguas abajo, alimentando el misterio y la leyenda. Recuerdo que aquel día cogí una ranita, las había por todos lados, su canto era ensordecedor. La sostuve con delicadeza, pero era imposible de retener, se me escurría entre los dedos. Finalmente cayó al agua y desapareció. Recuerdo sentir pena y al mismo tiempo alegría, también recuerdo pensar que un día volvería y nos miraríamos y nos reconoceríamos, pero ahora de aquello no queda nada, o al menos eso es lo que pienso yo. Nada más lejos de la realidad.

—¿Recuerdas que te dije que este era un lugar mágico? —pregunta el abuelo como introducción de una de sus historias mientras me sujeta ambas manos.

Asiento con la cabeza ansiosa de que empiece el viaje, ese viaje en el que el abuelo me lleva por el país de los sueños, las leyendas y la fantasía.

—Durante años, tal vez siglos, esta tierra ha sido injustamente juzgada por viajeros, visitantes, las propias personas que la habitan, habitaban e incluso por los que ni siquiera han venido una sola vez. Un lugar árido y plano donde no hay grandes corriente de agua, frondosos bosques, calas o acantilados, pero no es cierto, sus ríos corren bajo el suelo escondiéndose del sol abrasador, asomándose de vez en cuando para dibujar ante los ojos de labriegos y hortelanos su secreto cauce. El mar no golpea con su furia espigones y acantilados, no. Aquí ruge un océano de viento, formando oleaje en siembras y barbechos, meciendo una marejada del color del oro y del bronce, los preferidos por los dioses griegos, mesopotámicos y egipcios. A falta de altas cumbres, el calor de la jornada arranca vapores desde las entrañas de la madre tierra, que más tarde destellos crepusculares se encargarán de transformar en algodones de azúcar gigantes de los más variados y bellos colores, creando unas cumbres vaporosas que se extienden hasta los confines de la estratosfera.

»Pero aún hay más —continúa soltando mi mano izquierda para que ambos nos giremos hacia la charca seca—. Estanques y fuentes apreciadas por su belleza y singularidad en todo el globo aquí son mucho más bellos y singulares. En cada depresión, en cada vaguada y hoya, el propio viento, comandado por el sol estival y el frescor de las estrellas, inunda cual ola bíblica todos y cada uno de estos singulares humedales donde los peces tienen alas, las algas son finísimas hebras de seda salidas del abdomen de algún arácnido y donde miles de *daucus carota*, el nenúfar del viento, la envidia de todo el reino vegetal, se mece majestuosa sobre el estanque que el dios Eolo, regala

cada día a esta tierra olvidada por los demás habitantes del Olimpo.

Mis ojos ya no pueden ver este lugar de la misma manera. Cientos, qué digo cientos, miles de esponjosos nenúfares parecen flotar sobre una invisible capa de agua, danzando al son de un mar de cebada, trigo y centeno que ruge calmado con un sonido embriagador embotando mis sentidos. Extiendo la vista hasta el infinito para observar cómo estos nenúfares del aire, estos odiados y envidiados del mundo vegetal, se contonean orgullosos, iluminados por millones de diminutas bombillas rojas. Amapolas tardías puntean de colorado el tapiz ocre donde los últimos destellos de luz desvelan la entramada filigrana de delgados hilo de seda, mecidos como sábanas en tendederos. Insectos de todo tipo nadan en este estanque de aire, confirmando así la legitimidad de lo que mi abuelo me acaba de revelar.

Entonces el cielo parece apagarse, aún hay luz pero siento un enorme pajarraco negro extendido sus oscuras alas sobre nosotros. Al final del campo de amapolas, donde la tierra se corta con el cielo, una figura enjuta y alargada, del color más negro que jamás he visto, permanece impasible. El abuelo no la ve, pero yo puedo sentir su mirada asomándose a mi alma. El abuelo ya no está, miro hacia todos lados y no hay nadie aquí, tan solo las espectral figura continúa fija sobre la línea del horizonte. Siento cómo una aguja de pánico atraviesa mi espinazo. Me giro de nuevo sobre mis talones y entonces la veo. Es la abuela, sé que es ella, pero no tiene rostro, se aleja sin decir nada; siento que sufre, pero no puedo hacer nada. Corro. Corro todo lo que puedo, pero no avanzo. Oigo risas. Miro hacia arriba y veo a mamá, está junto a Cosme, ambos ríen y se dedican miradas cómplices. Grito, pero mi garganta solo arde de dolor, ni un sonido, ni una palabra. Mamá me lanza una última mirada antes de marcharse de la mano de Cosme. ¿Estaré muerta? ¿Por eso he visto a los abuelos?

Una voz familiar me hace darme la vuelta. Es Rufo. Se acerca con parsimonia hacia mí. Mi corazón se calma y el aliento se sosiega. A su lado, cual perrito faldero, un pequeño desmán avanza con diminutos pasitos. No es como los que me enseñó en las fotos y en el vídeo, tiene algo siniestro pero no acierto a decir el qué. De detrás de las pierna de Rufo salen otros muchos desmanes, el corazón vuelve a galopar dentro del oído, la mirada de esos monstruitos es heladora. De pronto, un estridente sonido o aullido brota de sus hocicos lacerándome los tímpanos hasta el punto de querer arrancarme las orejas con mis propias manos. Tiro de ellas con fuerza y golpeo mis oídos con los puños intentando encontrar algo de alivio. Noto cómo mordisquean mis piernas, doy patadas, pero parece que no tengo fuerza en los pies, todos mis golpes son ineficaces. Entonces miro a Rufo, es él, no me cabe la menor duda, pero hay algo extraño en su rostro. Ahora sé lo

que es. Es el rostro de Alejandro. Intento huir, pero mis pies no avanzan. Derrotada, asustada y desesperada me rindo sobre el suelo y me ovillo entre llantos y sollozos.

Siento calidez. Unos brazos me acunan alejando el pánico de mi cabeza y los temblores de todo mi cuerpo. «Tranquila», dice una voz regia y segura, «no permitiré que nadie te haga daño». Abro un ojo, la luz me ciega, poco a poco la figura difuminada toma forma y color. Es papá. Sonríe y me dice que no tema, que él está aquí. Me acaricia.

Golpeo con fuerza. Oigo cómo la lamparita cae al suelo, agarro el cable y busco la perilla. No va. Con tanta brusquedad la he desenchufado. Me aterra salir de la falsa seguridad que me dan las sábanas y mantas, pero permanecer a oscuras es mucho peor. Salto de la cama y busco en la pared. Tanteo el marco de la puerta, el interruptor no puede andar lejos. Me desespero. Noto como si Román estuviese justo a mi espalda. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Prendo la bombilla. Mis ojos se asustan. Puedo sentir su presencia a mi espalda. Me giro, no hay nadie. Apoyo mi espalda contra la pared y me dejo caer contra en suelo. Mis manos sujetan a duras penas una frente empapada de sudor. El suelo está frío, no sé si es por el sudor o que me he meado de miedo.

Recupero el aliento y trato de encajar todo lo que me ha pasado. Todavía me aterra sentir la presencia de ese cabrón.

Saco un pijama limpio del armario y ropa interior del cajón y me cambio con la timidez de alguien que se sabe observada. Doy la vuelta a la almohada y me acuesto. No voy a apagar la luz. Cierro los ojos y me tapo hasta la cabeza. Dos discos brillantes permanecen en la retina unos segundos. Entonces, de mis labios brotan unas palabras.

«Hijo de puta».

Capítulo XXX

El quejido del cursor desengranando los dientes de la cremallera reverbera contra las paredes de la habitación. Aprieto la mandíbula con fuerza como si con ello pudiese mitigar el ruido. *«No pasa nada»,* me digo, *«no hay nada malo en abrir una bolsa de deporte»,* pero con cada quejido que arranco al rudimentario engranaje de plástico escucho una voz ahogada brotar del fondo de mi conciencia susurrándome que si mi madre me descubre, sabrá lo que está pasando, que solo con verme abrir la bolsa descubrirá mi plan. Entonces vendrán las lágrimas y la cara de decepción. Los ruegos y la mirada confusa e interpelada que me suplica una explicación, o tal vez una disculpa por algo que aún no ha sucedido. El sonido cesa y la boca del receptáculo de plástico y tela se muestra como un abismo que apesta a duda y desconcierto. El armario no es gran cosa, un par de puertas que necesariamente abren a la vez y un cajón bajo estas. Una vez abiertas, y con el cajón a medio camino entre los carriles y el suelo, aparece ante mis ojos un resumen de lo que hasta ahora ha sido mi vida. Varios pares de pantalones de la misma talla, estilo y color, y una nutrida muestra de camisetas y sudaderas de corte similar. Algunas llevan meses ahí colgadas sin que nadie le haya dado uso. Paso la semana con la misma ropa, salvo que tenga algún percance fruto de mi torpeza o de un encontronazo con mis queridos acosadores. El viernes por la noche, después de darme una ducha meto la ropa en el cesto y me acuesto. A la mañana siguiente no me despojo del pijama en todo el día y para cuando preciso un atuendo más adecuado para la vida en el exterior, la ropa que anoche estaba

en el cesto ya está lavada y planchada. Titubeo unos segundos, pero finalmente suelo ponerme la misma. Y así una semana tras otra hasta que un día decido cambiar, poco, pero algo. Cojo otro pantalón y una nueva, por llamarla de alguna forma, camiseta o sudadera, y tiro con ello durante varias semanas.

Un par de pantalones, con esto tengo bastante, dudo, mejor tres. Cuatro camisetas, dos sudaderas. Algo de abrigo y ropa interior. Los calzoncillos son de la talla de doce años, paso una vergüenza terrible cuando los compro, pero son los que mejor me van; supongo que para los fabricantes de calzones mi cuerpo se asemeja al de un niño de doce años. El corazón me roba un latido cuando siento la presencia de mamá en la cocina, ajena a la traición a la que su propio hijo la va a someter. Me levanto, las rodillas se quejan y los ojos se empañan. Abro la puerta con cuidado, el sonido del agua corriendo en la pila dibuja en mi mente la imagen de mi madre de espaldas fregando con dos oscuras pinceladas bajo sus ojos. Antes no era así, pero un día aparecieron esas bolsas negras bajo su mirada y desde entonces no han dejado de sombrear, entristeciéndola para siempre. Cruzo el pasillo como un fantasma y recojo del baño lo justo para sobrevivir. Champú, gel, esponja, cepillo y pasta, una toalla… La bolsa no se ha saciado, pero no tengo nada más que meter. Creo que soy un mal cliente para las aerolíneas.

—Ahora vengo.

¿Por qué he tenido que decir eso?

—¿Adónde vas? —responde su espalda.

Tal vez sea lo mejor. No sé si podría enfrentarme a su rostro; bueno, sí lo sé, no podría.

—Ahora vengo.

La puerta se cierra a mi paso como las rejas de un penal y en este momento soy consciente de que esas palabras, *ahora vengo,* me acompañarán, marcadas a fuego sobre mi alma, el resto de mi vida.

He odiado a mi viejo desde el día que se largó, y ahora sé que no soy mucho mejor que él. La culpa me oprime el pecho y tira de mi rostro hasta enfrentarlo con la punta de mis zapatillas. Los pasos se suceden uno tras otro en una secuencia infinita e hipnótica. No pienso, no siento, solo avanzo.

Miro por enésima vez la placa: calle Tetuán. Escudriño entre los rostros que pueblan las poco transitadas aceras. Un anciano encorvado se dispone a recoger con tembloroso pulso el regalito que su diminuto perrito ha depuesto cerca de un árbol, una señora de pelo imposible tira de un carro a rebosar de alimentos, dos tipos trajeados, que no engañan a nadie, conversan entre carcajadas falsas mientras chupan de sus cigarrillos. Ni rastro de Ona. Consulto el móvil, media hora, esperaré un poco más. La imaginación se desborda y comienzan a

perturbarme ideas funestas. ¿Se habrá arrepentido?, seguro que es eso, por eso no aparece. ¿Le habrá ocurrido algo? Ese cabrón de Cosme seguro que la ha descubierto y la retiene en su mazmorra. Tal vez debo ir a su casa. Sí, eso es, ese miserable la retiene, por eso no ha venido. Iré a su casa y golpearé la puerta hasta que me abra y nada más abrir le daré un puñetazo en su jodida nariz de usurero, cogeré su mano y la sacaré de ese agujero, eso es. No lo haré. Nunca hago nada. Un pajarraco negro se cierne sobre mi espíritu, doblegándome con su tenebrosa envergadura.

Una hora y cuarto, y no aparece. Esperaré hasta y veinte y, si no, me marcharé. La bolsa espachurrada sobre uno de los peldaños que dan acceso a un edificio es una metáfora de mi propia existencia.

Y treinta y siete. Será mejor que me vaya.

—Hola.

«Hola», ¿en serio? Dos horas tarde y me dice *«hola»,* como si no pasara nada. Su sonrisa inicial se quiebra al ver mi enfado. Vierto reproches sin esperar disculpa o explicación alguna. Lanzo amenazas que de sobra sé no cumpliré. Soplo y resoplo mientras agarro la bolsa y hago ademán de marcharme. «*No me riñas, abrázame»,* me dice. Y sus brazos rodeándome y su cara sobre mi pecho detienen el tiempo y sanan todas las heridas, arrastrando, como el torrente tras la tormenta arrastra el lodo de las calles, el odio y la ira de un corazón que parecía herido pero ahora luce sanado.

Agarra mi mano y con dos palabras da el pistoletazo de salida a un viaje de final incierto.

—¿Estás preparado?

Tras una hora de camino y casi dos esperando de pie, dando pasos a uno y otro lado de la escalera donde tenía aparcada la bolsa de deporte cargada con mis pertenencias, mis pies están agotados pero no se quejan a pesar del acelerado caminar que nos impone Ona. Es como si el contacto con sus dedos sobre los míos aliviara cualquier signo de agotamiento.

Nos detenemos delante de una puerta metálica de listones rojos y blancos que suplica una mano de pintura. Selecciona cuidadosa una llave de entre un manojo, parecen viejas y algunas de ellas conservan ese ridículo protector de goma de variados colores que hace siglos no veía. La puerta se pliega en dos y un haz de luz desvela el inicio de una rampa. Descendemos con reparo. Ona se adelanta y, por un instante, en medio de una tensa oscuridad, me siento de nuevo abandonado. Primero un golpe seco y luego el zumbido de la electricidad rebotando dentro de los tubos fluorescentes preceden a la intermitente aparición de una larga galería flanqueada por innumerables puertas gemelas. Avanza dubitativa para retroceder a los pocos pasos, yo la sigo como un alma en pena. Al fin se detiene

ante una, de nuevo juega con el manojo de llaves y finalmente levanta la puerta que se queja y grita como si no quisiese desvelar los secretos que guarda. Esta vez el golpe no es seguido del zumbido. Aprieta el interruptor sucesivamente, pero la oscuridad gana la batalla. En la penumbra se aprecia lo que parece un automóvil cubierto por una sábana ajada. Ona tira de uno de los extremos y ante mis ojos aparece. Es el Mercedes de su abuelo, el que le dejó en herencia en sus últimas voluntades. La tenue luz que se cuela por la puerta revela su silueta. Parece de los años sesenta, de color crema y granate, la peor mezcla de colores para un coche, pero a este en concreto le da un toque elegante y revolucionario, sus enormes faros me observan con ojos del pasado.

—*Sube al barco* —dice.

Me quedo como plantado sobre el sucio hormigón. Ella ríe.

—¿Te gusta? Es nuestro barco. ¿No querías un barco para huir, para navegar por el océano? Pues es este, sube.

—Yo… ehhh…

—¿Sabes conducir?

—….

—Será mejor que lo lleve yo —decide al ver mi cara de espanto.

—Pero tú no tienes carné.

—No te preocupes, el abuelo me enseñó a llevar esta máquina.

—Ni siquiera tienes edad. Cualquiera que te vea al volante sabrá que no es tuyo, al menos para poder conducirlo.

—*Sube*.

El susurro cálido que brota de sus labios me agarra desde lo más profundo y antes de que me dé cuenta estoy abriendo la puerta. Al dejarme caer sobre el asiento, un ejercito de motas de fino polvo se levantan envolviendo el habitáculo, la luz que se cuela por la puerta desde el exterior les otorga forma y brillo, creando una tormenta de nieve dentro del vetusto automóvil. Ona introduce la llave y…

—¿Crees que arrancará? —pregunto temiendo cualquier respuesta.

—Claro —responde al tiempo que gira la llave—, de vez en cuando vengo a darle un poco de vidilla a este pequeñajo —responde golpeando con la palma el salpicadero como un padre golpearía orgulloso el hombro de su hijo.

En el cine he visto miles de veces representar la resurrección, ya sea en una peli de zombies, o en una del Nuevo Testamento, pero ninguna hace justicia a la verdadera vuelta a la vida como de la que estoy siento testigo. Primero un gemido estridente que parece arañar cada pieza del motor, seguido de una tos mortecina que finaliza en un ominoso silencio para volver a toser, esta vez con más fuerza, un nuevo gruñido difícil de describir, y finalmente el portentoso rugir de un león. Ona aprieta con energía y sutileza a la vez el acelerador y la

cochera se inunda de humo oscuro y pestilente. Los faros despiertan y dibujan dos círculos amarillentos en la cochera de enfrente. La caja de cabios se queja y se obra el milagro. Nos movemos.

El crepúsculo de la noche colorea de ocre la ciudad que parece despedirse con tristeza de nosotros dejando atrás las dudas, los miedos y la adolescencia. Al coger la carretera las tinieblas ganan la batalla a la claridad convirtiéndose en cómplice casual de nuestra huida, o no, cada vez tengo más claro que el retraso de Ona buscaba precisamente aprovechar que la noche nos arrope con su manto. Si a ningún poli le da por meter las narices donde no le llaman, tal vez tengamos éxito.

—¿Adónde vamos?

—¿No querías navegar por el océano? —responde con sonrisa picarona— Pues para eso necesitamos este barco, un barco con ruedas. Confía en mí.

El ruido del motor se mezcla con nuestro mutismo y el de cientos de versos salidos del altavoz del móvil revoloteando por el habitáculo. Compruebo la pantalla, sesenta y ocho por ciento, no me gustaría quedarme sin batería, no veo cómo íbamos a cargar la batería en este trasto.

Las farolas iluminan intermitentemente una avenida que parece acabar en el infinito. Bajo la última, justo antes de abandonar el paraguas luminoso que protege a la ciudad de la oscuridad, una silueta se baña bajo la luz empobrecida de la última farola de la avenida, una farola a la que nadie ha tenido la decencia de colocar una bombilla de nueva generación como al resto de las que iluminan la avenida; esta, en cambio, vomita sin ganas una luz ocre y languideciente sobre el límite de la ciudad. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Es él. Román. No puedo ver su cara, pero lo sé. Angustiado miro a Ona para comprobar si la imagen tenebrosa también la perturba como a mí, pero no, sin percatarse de la funesta silueta, mira al frente mientras sus labios deletrean cada estrofa, cada verso y cada rima. Me dejo llevar y la imito susurrando el estribillo de la canción que suena a través del altavoz. Tal vez sea el momento de abandonar las pesadillas y empezar a pensar en los sueños.

Capítulo XXXI

Dicen que la noche es más oscura justo antes de que salga el sol. Es en ese justo momento, cuando las sombras se funden en la oscuridad absoluta, que unas enormes fauces parecen engullir el universo entero y el alma de los mortales se encoje ante la perspectiva de no volver a contemplar claridad alguna. Entonces, y solo entonces, aparece la paz más absoluta. Los apocados faros del vetusto automóvil barren con amarillenta nostalgia la calzada, dibujando sobre el asfalto, una tras otra, blancas líneas discontinuas que marcan el límite de nuestro carril, para instantes después devorarlas con su cromada mandíbula metálica.

Nuestro barco, así decidimos llamarlo, ni siquiera lo bautizamos como es debido, con una botella de champán quebrándose contra su casco, un barco sin bautizar, sin nombre, simplemente lo llamamos *nuestro barco*. Supongo que entre los viejos lobos marinos esto significaría un mal presagio, pero ya es demasiado tarde para enmendar el mal fario. Un barco a la deriva con solo dos tripulantes, un grumete y su capitana, que guardan silencio durante toda la travesía, no necesitan hablar, las palabras solo dicen cosas, a veces, cosas demasiado estúpidas, y otras, demasiado razonables. No. Es mejor callar. El Mercedes… o mejor dicho, *Nuestra Señora de la Merced* —sí, es un buen nombre, parece que al final vamos a esquivar el mal fario—, avanza hacia poniente con rumbo incierto, como aquellas carabelas del pasado que también huían de una realidad insoportable, solo que esta vez el viaje no resulta épico, todo lo contrario, la carretera carece de tráfico, y tampoco hemos notado presencia

policial, a pesar de lo que prometía el viaje en su inicio. Nada más arrancar el coche dentro de la cochera, no hemos tenido ningún problema mecánico, tampoco al cruzar la frontera, cuestión que me llevaba todo el camino preocupando. ¿Nos pararán? ¿Habrán descubierto en casa nuestra fuga y estará la poli con ese cabrón de Cosme allí esperando? ¿Tendremos que detener el coche unos kilómetros antes y abordar la línea imaginaria que separa ambos estados monte a través, como bandoleros o contrabandistas? Todas estas preocupaciones turbaban mi cabeza en el momento de abordar el cruce. No es que no me alegre de que no se nos presentara ninguna dificultad, no es eso, pero ni una maldita garita, ni una triste barrera de esas que se levantan y se bajan con sus listones rojos y blancos, por supuesto no había un destacamento militar protegiendo tan estratégico paso, un cartel, un miserable y aburrido cartel metálico informaba del final de un estado y otro aún más pequeño y deslucido anunciaba el inicio del otro. Ahora que lo pienso, ¿a quién pertenecerá el trocito de tierra que quedaba abandonado entre ambos? ¿Tal vez a nadie? ¿Tal vez sería un buen lugar para empezar de cero?

Las preguntas desaparecen sin respuesta a la velocidad del trueno. Las pupilas se expanden como un pequeño Big Ban dentro de mis ojos. Las ráfagas que el enorme camión lanza contra ellas no son suficientes para que se contraigan deslumbradas, tienen una misión, y no pueden fallar. Su rápida alarma hace reaccionar los músculos de pies y manos frenando y profiriendo al desproporcionado volante un giro tan brusco como necesario. La bocina del tráiler pasa del agudo al grave marcando el justo momento en que deja de acercarse para comenzar a alejarse. Tras hacer medio trompo el vehículo se detiene fuera del asfalto, se ha calado. No se ve nada, el rugido del tráiler desaparece en la oscuridad. Rufo me mira preocupado, le devuelvo la mirada con la misma intranquilidad, ninguno dice nada, ninguno se atreve a mirar hacia el exterior. El sonido de olas se cuela por el hueco de una de las ventanillas. La sensación es de que estamos colgando sobre un acantilado, medio coche dentro, medio fuera, no hay más, un mal gesto y es el fin, Nuestra Señora de la Merced se irá a pique sin que haya hecho falta una botadura previa. Rufo, metido en el absurdo papel de salvador, abre la puerta. La luz interior se prende y media docena de diminutos luceros aparecen a escasos metros del coche. La puerta se cierra de golpe y los puntitos luminosos se deslizan hasta desaparecer.

—Eran ciervos o corzos —dice con duda y miedo.

Yo le miro con la única cara que puedo poner en estas circunstancias. Dolido o respaldado, no sabría decir, se arma de valor y abre de nuevo la puerta, una espiración profunda y sale del habitáculo. Dubitativo comienza a dar pequeños pasos que se

convierten en saltos y pasos de lo que parece ser un extraño baile al cerciorarse que estamos en un lugar seguro.

—¿Crees que estamos muy lejos? —pregunto bajando del coche.

—Este es el lugar perfecto —dice acurrucándome bajo su brazo con una sonrisa triunfalista.

A lo lejos despuntan las luces de la ciudad. Demasiado lejos de nosotros para poder alcanzarla a pie. Demasiado cerca del océano para que la bruma no la engulla, empeorando así la posibilidad de observar su enorme puente y sus diminutas callejas serpenteando arriba y abajo. Sobre ella, una luna fecunda parece amamantarla con su pecho de plata.

Monto de nuevo en el coche, y tras un par de maniobras que me cuestan la vida, el volante pesa como los pecados de un hombre rico. Por suerte por la parte de abajo tiene marcado la forma de los dedos, lo que facilita el agarre. Me encamino, a la mínima velocidad que el embrague me permite, por donde me indica Rufo desde fuera. Un caminito que desciende desde la carretera hasta una pequeña cala franqueada por paredes de roca virgen. Casi puedo tocar la arena pero me temo que no llegaré, esto es todo lo cerca que Nuestra Señora de la Merced va a estar del océano. Detengo el motor y me desperezo, la tensión parece desaparecer.

La frente húmeda del esfuerzo presiona las manos contra el volante y escucho abrirse la puerta del acompañante para, de un sonoro golpe, cerrarse a continuación. Despego la cabeza y noto cómo el salitre se resiste a romper los puentes establecidos. Las miradas se pierden en la inmensidad, para acto seguido, encontrarse en busca de refugio. Los versos brotan del altavoz del móvil y revolotean alrededor de la luna y ventanillas para prenderse en llamas, como las alas de Ícaro sobre el Egeo, ante la mirada de Dédalo que poco o nada puede hacer por él. Y entonces el lenguaje de las palabras da paso al de los sentimientos. El coche queda lleno de vahos y de buenos, de acantilados eternos, playas infinitas, caminos llenos de sueños y carreteras sin fin.

Capítulo XXXII

—Al parecer la chica dejó una especie de nota —me informa la voz de Moisés a través del teléfono—, pero no era lo suficientemente clara para que sus padres se preocupasen, el chico ni eso. Le dijo a su madre *«ahora vuelvo»* y se largó. Estos malditos críos de hoy en día son así. «Ahora vuelvo», qué cabrón. La madre está que no cabe dentro de su ya de por sí escurrido cuerpo. Mi Barlaam me hace eso y te juro que lo mato —mide entonces sus palabras. Sabe que se ha excedido, que acaba de romper una de sus normas. No mostrar sentimiento alguno, bueno o malo, en el trabajo, y mucho menos a su compañero—. Estos malditos críos de hoy en día —concluye.

Al parecer los chicos urdieron un plan para escapar de sus casas. No está muy claro el motivo, pero a esa edad puede ser cualquier cosa. La chica, que aunque parece una mosquita muerta me da a mí que es la que lleva la voz cantante, sustrajo las llaves de un viejo Mercedes que su madre conservaba por motivos sentimentales y de alguna forma han conseguido recorrer medio país a bordo de esa reliquia, supongo que eso también forma parte de ser joven. En un primer instante nadie se percató de la falta del vehículo. ¿Quién se lo iba a imaginar? Pero una llamada a primera hora de la mañana descubrió el entuerto.

Tras conducir durante horas sin que nadie se percatase de ello, eso nos deja en mal lugar pero es lo justo, la verdad es que el dicho de que nunca estamos donde se nos necesita se cumple demasiadas veces, consiguieron traspasar la frontera y aparcaron el vehículo, no sé si por decisión suya o porque la antigualla rodante se negó a continuar, a los

pies de un arrecife que franqueaba el acceso a una pequeña cala. Supongo que el agotamiento tras el largo viaje y el carrusel de emociones facilitó que les venciera el sueño y ese arrecife les debió parecer el Edén. Allí mismo pasaron la noche, con el firmamento como techo iluminando sus sueños con un millón de centellas y reflejado en las negras aguas del océano prendiendo en azul y blanco el camino para perseguirlos. Pero no fue el rubor de las olas lo que les despertó, ni la luz del alba atravesando la bruma matinal con tímida frescura hasta rozar sus rostros dormidos, ni tampoco el olor salino empujado por la brisa contra las milenarias rocas de los acantilados. No. Dos miembros de la SPS. Dos homónimos nuestros. Un maldito Moisés y Rodrigo de acento cantarín, truncaron sus sueños antes de nacer. Las olas rompen el castillo de arena. Los sueños zozobran antes de zarpar. No me quiero imaginar lo que debe de ser despertarte en un lugar desconocido, sin la protección paterna que hasta ahora te ha arropado constantemente, recibiendo voces en un idioma que no conoces. En fin. Al parecer ella, bueno, los dos, estaban desnudos, o medio desnudos. No sé cómo están las leyes en ese país pero el caso es que el chico pasa la mayoría de edad mientras que ella se considera legalmente todavía menor, y ese pequeño detalle le ha jodido bien. Si no hubiera leyes no habría delitos, decía un carterista de mi época de patrulla, nunca le presté atención a esta reflexión pero hoy cobra fuerza. Los ciudadanos exigen leyes que los legisladores redactan, los polis vigilamos su cumplimiento y los jueces castigan su quebrantamiento y nunca nos preguntamos si son justas de verdad, si son aplicables en todos los casos, simplemente nos limitamos a obedecerlas. Si no hubiera leyes, no habría delitos. ¿Qué habrá sido de aquel infeliz?

—Bustillo —responde Moisés al teléfono—. Sí, si… entiendo. Hemos salido a un asunto pero enseguida estaremos de vuelta. Sí —afirma mirándome de soslayo— , está todo controlado, no hay problema.

Un par de sonidos más que parecen mostrar conformismo, o inicio de un faringitis, vete tú a saber, y cuelga sin decir ni adiós.

—Al parecer —le cuesta un poco hablar, como si tuviera que pesar las palabras para luego pagar la cuenta—, esos tres buitres se han cebado con la pobre mujer.

Le interrogo con la mirada.

—Con la madre del chico. Es una mujer pusilánime y se encontraba sola contra los tres. Ya sabes. Las personas nos comportamos como animales, en cuantos sentimos la fuerza del grupo y nos enfrentamos a alguien más débil o en menor número nos volvemos lobos.

Lo vemos miles de veces, agresiones entre bandas, clanes, familias, aficionados de futbol. La ira del grupo se retroalimenta con cada grito,

cada insulto, cada golpe, hasta entrar en una especie de orgia de rabia y violencia que suele acabar muy mal. El tirador de la puerta paga mi frustración.

—Le han dado tanta caña —continua Moisés— que al final se ha roto y no ha podido continuar. Una vez fuera de juego la cosa ha ido a más. En plena enajenación han comenzado a elucubrar toda clase de teorías, cada cual más absurda y retorcida. El caso es que van a salir para allí, han rechazado la compañía de Maestre y Villanueva, que les habían asignado para facilitar los trámites y gestiones.

El silencio se adueña del habitáculo, solo el chasquido del testigo de intermitencia rompe el aire y se pierde en el vacío. Pero hay más.

—Parece ser que van a solicitar una exploración médica —confiesa desanimado.

Le miro aguardando que las palabras broten de su boca.

—¡Joder! Odio cuando las cosas se van de las manos. ¿Tú qué crees? —pregunta devolviéndome la mirada.

Me ha pillado un poco a contrapié, aun así le respondo.

—Son dos críos, han huido juntos, el coche es de ella… No me vengas ahora con esa mierda de feminismo rancio, ¡joder! —como siempre, políticamente incorrecto—. Ella ha ido con él porque ha querido, es más, mi intuición me dice que es ella la que lleva la voz cantante. Supongo que la pasión les haya hecho cruzar el punto de no retorno, pero no podemos permitir que se carguen a ese chico por un hecho tan natural como humano, y mucho menos precedido de consentimiento.

El sonido del testigo de intermitencia hace presencia de nuevo.

—Será mejor que demos otra vuelta antes de volver —dice mi compañero tras escuchar una declaración que no tiene ninguna intención salga fuera de este coche.

Capítulo XXXIII

—*Vôce tem que se acalmar, senhora.*

—¡No me diga que me calle!

Mamá discute vehemente con el joven y atractivo -la verdad es que nunca imaginé que los polis aquí fuesen tan guapos- agente mientras este trata en vano de calmarla.

—*Senhora, senhora, por favor. Tem que se acalmar.*

Mamá se muerde el labio, preludio de una inevitable y devastadora explosión de ira contenida. Decido intervenir.

—Mamá, mamá… —musito tratando de captar su atención sin ningún éxito.

—¡No me vuelva a decir que me calle, me oye!

—Que te calmes —insisto a media voz—, te dice que te calmes.

—¡A mi mujer no la manda usted callar!

Cosme al rescate, el que faltaba.

—*Eu entendo sua situação* —insiste el agente acompañando sus palabras con las palmas de las manos para ver si así consigue lo que parece imposible—, *mas você tem que se acalmar.*

—Y dale con que me calle. ¡Que no me voy a callar!

—¡A mi mujer no le vuelva a decir…!

—¡QUE SE CALME! —grito—. Solo le está pidiendo que se calme.

Mamá me mira y se ruboriza un poco, pero Cosme no es de los que admiten un error, y mucho menos ante una niña.

—Tú cállate que bastante disgusto le has dado a tu madre.

—A mi hija tú no le mandas callar —recrimina mi padre, que hasta ahora parecía ajeno a todo esto.

Sus miradas se cruzan, sus pechos se hinchan como los de los pavos reales y el dedo de Cosme comienza a levantarse señalando a mi padre.

—¿Qué demonios pasa aquí? —inquiere una voz tras de mí, más como advertencia que como pregunta.

No sé si ha sido por el tono utilizado, ni muy alto ni demasiado bajo, por la tranquilidad y seguridad con la que lo ha dicho, como quien pide la vez en la carnicería, o por ese aire peligroso que le acompaña, pero todo el mundo se relaja. Papá da unos pasos hacia atrás hasta toparse con la pared y procura mantener la mirada alejada de todos. Mamá se desinfla como un castillo hinchable una vez finalizada la feria. Cosme la abraza y protege más como trofeo ante mi padre que por una cuestión humanitaria. Y mientras yo me desplomo sobre una silla, por mi cabeza surge una solo idea. *El que faltaba.*

Sí, el maldito poli del parque está aquí. No es que tenga nada en contra de él, pero su sola presencia no me da buena espina.

—Menos mal que está usted aquí —reverencia Cosme con exagerada teatralidad.

El poli no le responde, se limita a gesticular con las manos hacia su colega transfronterizo, este saluda con la cabeza y se aleja hacia un mostrador que, aunque parece vacío, revisa como si estuviese muy atareado. Cosme continúa buscando complicidad con la mirada y sumisión con las manos, pero el poli ni se inmuta. No le gusta, lo sé. Son las dos personas más opuestas de esta sala y probablemente de este planeta. Cosme García, embustero, embaucador, cobarde y traicionero, sería capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Valora lo que puedan pensar de él o la imagen que proyecta hacia los demás por encima de cualquier cosa, incluida su familia. No dudaría, y de hecho jamás ha dudado, en joder a cualquier persona con tal de conseguir sus objetivos. Chantaje, extorsión, psicología llevada al extremo, lloriqueos y lástima si es necesario, lo que sea con tal de salirse con la suya. Y una vez conseguido, pavonearse de una victoria que en realidad solo ve él, bueno, y la idiota de mi madre. Pero hoy no es su día. Enfrente tiene a un tipo que parece todo lo contrario. Las arrugas de su frente y sus ojos cansados hablan de sus derrotas, demasiadas, y puedo adivinar que muchas de ellas se las han infligido miserables de la ralea de Cosme, bastardos que cuantifican su éxito con un ascenso laboral o una recompensa económica. Sobre su espalda se intuye el peso que conlleva haberse dejado pisotear con tal de no fallar a un amigo, conocido o simplemente a cualquiera que estuviese en una posición de debilidad. Bajo la ropa se ocultan las heridas que abogados sin escrúpulos, jefes decadentes, astutos maleantes y ciudadanos con demasiados derechos y muy pocos deberes han flagelados en su espalda año tras año como un castigo

marinero. Pero cara a cara la cosa cambia, y el caballero, a pesar de sus heridas, habla; y el gusano, a pesar de su afán de notoriedad, calla.

—¿Cómo estas, guapa? —me pregunta cansado.

Asiento, no sé muy bien por qué.

—Es lo que estoy tratando de explicar a estos individuos —interrumpe Cosme buscando una complicidad que no parece conseguir.

—Mis compañeros, querrá decir, estos hombres son mis compañeros. Hable con respeto —responde el poli sin dirigirle la mirada.

—Perdóneme. Tiene usted razón, pero es que estamos consternados con esta situación —aguarda unos segundos y al no recibir respuesta alguna prosigue—. Intento explicar a sus compañeros la necesidad de que la niña sea explorada por un médico forense. Si ese individuo… —aprieta los dientes en otro alarde de teatralidad—, pagará con todo el peso de la ley. Lo juro.

—Por favor, vamos a intentar no sacar las cosas de quicio —propone con cautela el otro poli.

—Yo solo digo que no descansaré hasta que se haga justicia.

—Venga, amigo, hasta donde yo sé los chicos salen juntos, ¿no es así? —pregunta mirándome. Asiento, o no, no lo sé—. No creo que aprovechar un resquicio legal y joderle la vida a ese chico sea lo más adecuado.

—Yo haré lo que crea conveniente. Usted está aquí como mero espectador y si me lo permite creo que, en honor a su trabajo y el de sus compañeros, debería ponerse de parte de la víctima y no del agresor, secuestrador y violador.

Supongo que esta mañana, cuando el bueno de Cosme se ha levantado, se ha duchado, peinado y perfumado con esa colonia asfixiante que usa, no tenía la más remota idea de que su cara iba a morder el polvo de una comisaría extrajera, pero cosas de la vida, parece que va a ser así.

—Será mejor que nos tranquilicemos todos un poco —sugiere el otro poli—. Creo que todos buscamos que esta situación se solucione de la mejor manera posible.

Cosme va a decir algo, pero el poli se le adelanta y continúa mediando.

—Por supuesto, está usted en su derecho de solicitar una exploración médica, así como de interponer las denuncias que deseé, y nosotros estamos aquí para ayudarle en lo que podamos.

Al final este cabrón se ha vuelto a salir con la suya. Su cara se ilumina con un gesto triunfal asqueroso. Mamá se acerca hacia él, como si fuese un héroe que acaba de salvar a unos niños indefensos de una casa en llamas, mientras el poli se retira con un nuevo latigazo

sobre sus costillas. Esto no va a quedar así.

—Rufo no me ha hecho nada —afirmo—. Nada que yo no haya querido —concreto—. El plan de venir hasta aquí…

Unas voces descendiendo la escalera arrebatan la atención adquirida y las últimas sílabas de las palabras no consiguen nadar sobre el aire viciado de la sala y se despeñan contra el suelo.

Poco a poco unos pies se dibujan sobre los últimos peldaños que llevan a la planta superior. No hay duda. Dos polis bajan junto a Rufo. El agente atractivo advierte la situación y se lanza primero hacia sus compañeros para instarles a que vuelvan arriba, pero al ver la reacción de los presentes, opta por interponerse entre mis progenitores y el pobre Rufo.

Mamá le increpa llorando desesperada. Papá apenas puede hablar, creo que en el fondo no comparte la locura transitoria de los demás, pero tampoco hace nada por evitarlo. Cosme, crecido en su papel de macho Alfa, se lanza hacia Rufo con la intención de agredirle.

—¡No! —grito.

El brazo de un tío de verdad lo para en seco.

—Cálmese, amigo —aconseja el poli, que parece desear que presente batalla.

Cosme hace ademán de golpearle, pero no se atreve. Entonces mi madre se lanza en su ayuda increpando al poli, que hace caso omiso. Papá trata de poner algo de calma junto con el otro poli. El poli bien parecido y los dos que bajaban con Rufo se enfrascan en la trifulca hablando en su idioma, lo que no ayuda. Por un instante nuestras miradas se cruzan y el sonido de las voces parece lejano. Rufo me giña un ojo y me sonríe y yo no puedo evitar ruborizarme. Entonces se pone serio y mira hacia el tumulto. Sin quitar ojo del grupo formado por los policías de ambos lados de la frontera y mis padres y padrastro, se acerca al mostrador mientras mis padres y Cosme discuten con los policías, y los agentes de esta comisaría no dejan de hablar entre ellos con su idioma cantarín, y coge algo, se lo coloca en la tripa y lo sujeta con el pantalón, luego oculta la parte que sobresale por encima de la cintura bajo la sudadera. De nuevo me sonríe y giña esta vez el otro ojo. El sonido de la sala regresa a mis tímpanos pero parece calmado. Los agentes se llevan de nuevo a Rufo escaleras arriba y este me dedica una última mirada. Cuando sus zapatillas, privadas de cordones, desaparecen, un vacío inmenso se instala sobre mi pecho.

Capítulo XXXIV

La puerta se cierra con un golpe sordo, seguido del pestillo bloqueando la manecilla al echar la llave desde el otro lado. Al parecer no soy tan peligroso como para meterme en un calabozo, una simple oficina que hace las veces de guardatodo basta para mantenerme controlado. La puerta es hueca, de contrachapado y la cerradura se asemeja a la del baño de una vivienda. Podría derribarla de una patada, supongo, tal vez no, una vez lo intenté cuando me enceraron en el cuarto de los balones y la cosa no fue como en las películas. Además, debería bajar de nuevo esas malditas escalera y toparme de bruces con el cabrón de Cosme… y con Ona. Estaba rara, distante. Tal vez haya reflexionado y prefiera volver a casa, al fin y al cabo no había ningún plan más allá de llegar hasta aquí. Es eso, se ha dado cuenta de que no tiene ninguna oportunidad al lado de un mindudi como yo, se ha divertido, eso sí, y de paso le ha dado un bofetón en toda la boca a su padrastro y un toque de atención a sus padres. Me ha utilizado. Por eso no ha mostrado gesto alguno cuando me han bajado. Ahora mismo les estará contando que he cogido… ¡Tengo que atrancar la puerta! No tardaran mucho en venir.

Al fondo, contra la pared, hay una vieja mesa de oficina, de las de antes, puro metal; sobre ella un montón de cajas repletas de documentos, eso servirá. Agarro la mesa por debajo aprovechando los rieles de un cajón desaparecido y tiro con fuerza. Nada. Ni un milímetro. Me introduzco entonces entre la mesa y la pared, apoyando los pies sobre esta y el trasero en el canto de la mesa. El metal se queja pero la mesa continúa en su sitio, demasiado peso. Puedo sentir

el dedo de Ona señalando hacia aquí y sus padres, los polis y Cosme subiendo en turba para impedir que me esfume, pero no, solo necesito un poco de tiempo, bastará con colocar las cajas delante de la puerta. Sí, eso es, les detendrá lo suficiente. Una a una coloco las cajas llenas de viejos expedientes delante de la puerta hasta alcanzar una altura que supera por un palmo el propio picaporte, si al menos fuese de palanca podría poner una bloqueándolo, pero no, es circular, un vago recuerdo a punto de extinguirse de los años ochenta. Tanteo el parapeto y no tiene pinta de resistir mucho, será mejor que me dé prisa, aunque si no están ya aquí es porque Ona no les ha dicho nada. Aun así, no puedo demorarme mucho más. Me levanto la camiseta y cojo con ambas manos el portafolios que hace un momento sustraje del mostrador de abajo, me desplomo sobre una vetusta silla de piel que bien podría estar en la tienda de un decorador de arquitectura industrial y lo miro fijamente, es una tablilla negra con una grapa para sujetar papeles. Le doy la vuelta, por el otro lado no hay nada, aun así me quedo absorto en el rectángulo negro.

«Corre».

La voz de Ona rebota en mi cabeza sacándome del trance. De un bote abandono el asiento que se resiste a soltarme y me dirijo a la ventana. Está bloqueada, pero con ayuda de la tablilla consigo levantar el pestillo. La ciudad se dibuja a trazos delante de mis ojos, la luz crepuscular alarga y deforma sus rasgos mientras el resplandor amarillento de las farolas lucha por fijar el trazado de las callejas y callejuelas en su sitio. Una caja golpea el suelo, al mirar observo cómo el resto tiembla ante las acometidas que se producen desde el otro lado. Inspiro cerrando los ojos, es mejor no mirar, y salto. Mi cuerpo se pliega como un acordeón y las rodillas golpean el pecho, pero parece que estoy bien. Ayudándome de las manos intento llegar al vértice del tejado, con el primer paso pierdo una de mis zapatillas al quedar atrapada entre las tejas, la agarro y continúo con ella en la mano. La ova que cubre las tejas se vuelve resbaladiza debido a la humedad del mar, haciéndome resbalar un par de veces, arrebatándole a mi maltrecho corazón algunos latidos que tal vez en el futuro necesite.

La hora de la verdad. El tejado termina en una cornisa de unos pocos metros, abajo un abismo, al otro lado, no demasiado lejos, la terraza del edificio de enfrente, lisa, amplia, a solo unos metros. Demasiado lejos para conseguirlo, demasiado cerca para no intentarlo. Piso la cornisa y me coloco la zapatilla. Uno, dos, tres, mido los pasos mentalmente. Mejor con la izquierda, uno, dos, tres. Desde la ventana me gritan pero no entiendo lo que me dicen.

UNO, DOS, TREEEEESSSSS…

Llego hasta la barandilla, pero no consigo cogerla, el miedo me ha

hecho anteponer un pie y el rebote me aleja del objetivo. Quiero gritar, pero estoy aterido. Un tendedero frena ligeramente mi caída y en el toldo de un comercio o bar rebota mi cuerpo como la bola de un pinball. Una vez en el suelo me sorprendo de la ausencia de dolor, supongo que es la adrenalina, mañana no lo podré soportar. No hay tiempo para reflexiones, dos agentes que estaban en la puerta de la comisaría vienen hacia mí corriendo y soplando un silbato. Un artilugio tan simple y tan efectivo, tiene gracia.

Arranco la carrera resbalando en los adoquines húmedos y giro una y otra vez en cada esquina que me encuentro, las callejuelas del casco antiguo parecen un laberinto y por un momento fantaseo con acabar delante de la puerta de la comisaría. Cada giro representa una sorpresa, una pareja de enamorados que me miran perplejos, una mujer con un perrito que ante mi inesperada irrupción adopta una postura más propia de un defensa cuando le van a tirar una falta, dos miembros de la SPS tocando el silbato nada más verme, media vuelta.

El frío hace mella en mis dedos, las empinadas callejuelas en mis pulmones y el adoquinado en mis rodillas. Cada vez es más frecuente que a la vuelta de una esquina aparezca un SPS y cada vez que me doy media vuelta los silbatos resuenan más y más cerca.

Al llegar a una especie de plazuela, nacida en el hueco que dejan las cinco calles que desembocan en ella, diviso un funicular de color amarillo. Me detengo un segundo para pensar. Por la callejuela que vengo dos agentes me pisan los talones, por la que está inmediatamente a la izquierda escucho ese maldito silbato que me avisa de la presencia de otro compañero de la SPS, la de enfrente se dibuja serpenteante hacia abajo, sería una buena opción si no estuviese colapsada por una marabunta de parroquianos que se agolpan frente a la ventana de un bar, es más fácil atravesar un muro de hormigón que una muchedumbre bebiendo. Solo queda una posibilidad. El funicular. Huir hacia arriba no es huir, pero no tengo ninguna otra opción. Las rodillas protestan tras la nueva arrancada, está claro que es la última que me permiten. Los silbatos a mi izquierda se transforman en veladas sombras que varían según la luz que las dibuja. A mi espalda las voces de los agentes imploran que me detenga, o eso me parece. A dos metros el funicular, una especie de teleférico a ras de suelo, que comienza su marcha enfrentándose a una inusitada subida, se desplaza lentamente, mucho más despacio de lo que yo avanzo, casi puedo tocarlo pero una vez llegue a la parte más empinada, su velocidad lenta pero constante no tendrá rival. Un último esfuerzo y poso un pie en la trampilla que da acceso. El corazón me recrimina el esfuerzo tamborileando sobre las sienes. Los silbatos se acercan con sulfurosa virulencia pero la prolongada pendiente corta en seco su avance. No está todo ganado, el tipo al

cargo de la máquina no debe estar ajeno a lo ocurrido, de sobra habrá escuchado los silbatos y visto el revuelo, es el fin. Me rindo sobre mis doloridas rodillas para comprobar que seguimos ascendiendo, despacio, como la santa compaña se desplaza por los bosques gallegos bajo el manto de las estrellas, pero sin detenernos. Una mirada me basta para comprobar que el encargado de tan maña tarea es el típico fulano que en el día del juicio final alguien le advertirá del ocaso de los tiempos y él, palillo en boca, completará su último recorrido, impasible, con los párpados a medio gas como en este momento, mascullando algo que escucha en la radio y con lo que no está de acuerdo.

A través del cristal, y a pesar de su poca o nula transparencia, observo a los agentes del SPS arremolinarse y discutir sobre qué hacer ante la imposibilidad de afrontar con éxito la empinada cuesta.

El suave traqueteo emponzoña mi juicio dejando mi destino en manos de la suerte. Un chirrido agónico seguido de un fuerte golpe metálico anuncia el final del viaje.

Ante mis ojos se presenta con todo su esplendor la ciudad, mágica, enigmática. Sus apocadas farolas dibujan las calles y callejas, estrechas y retorcidas, cargadas de secretos y misterios, pasando desapercibidas para dejar a los grandes edificios y palacios exhibirse con majestuosidad. Al fondo el océano se presenta entre la bruma y la negrura más absoluta. Entre medias, como enlace entre ambos mundos, el estuario y, sobre todo, el puente. Insignificante, por su lejanía, me devuelve a la realidad. «Se parece tanto al de las películas», añoro.

Una bocina me saca de mis reflexiones, al volverme veo el Mercedes, Ona se apea y viene corriendo hacia mí. No puede ser. Todo era una estratagema, por eso estaba impasible, por eso no mostro ningún sentimiento cuando la vi en la comisaría, lo tenía todo planeado, ¿pero quién la acompaña?

Al avanzar hacia ella un escalofrío recorre mi cuerpo. Instintivamente me vuelvo hacia un callejón oscuro que muestra sus fauces como un lobo hambriento y percibo una presencia nada halagüeña, pero la cálida voz de Ona llamándome me hace olvidar la desafortunada visión y centrarme en ella.

—¿Cómo estás? —pregunta abrazándome como si corriera el riesgo de perderme—. He pasado mucho miedo.

—Bien.

Demasiadas emociones. Cuando quieren salir todas a la vez se estorban dejando que el silencio sea lo único que brote de los labios.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

Todo parece ir de fábula si no fuese por la última frase que pronuncia.

—El abuelo nos espera.

En el coche, al volante, su abuelo, difunto, aguarda que subamos.

Al mirarle, la cosa empeora.

En los sueños, los figurantes carecen de rostro. Recuerdo.

El tiempo se detiene.

Ona, el Mercedes, el abuelo sin cara y el resto de edificios y callejuelas se esfuman.

Y una figura siniestra y muy real se me acerca por la espalda.

Capítulo XXXV

Odio toda esta mierda.

No me importa dejarme la piel en las calles, enfrentarme a cualquier tarado hasta arriba de todo o patear algún culo cuando es necesario. Pero esto me supera. No consigo acostumbrarme.

Ojos púberes aguardan temblorosos una sentencia que no llega, como el reo que mira al juez esperando su castigo, el joven me mira implorando una acción, una palabra, un gesto, mientras sus brazos forman una pose defensiva clásica de una persona que jamás se ha visto implicada en una reyerta.

Hay una ley no escrita que dice que cuanto más miedo tiene la presa, más violento se vuelve su depredador.

Puedo sentir sobre la nuca la mirada de Moisés aferrándose a mis hombros, como las manos de un padre que sujetan a un hijo para evitar que se lance en medio de la corriente que arrastra a su perrito. No inmiscuirse, es la norma. Si una loca mete a su bebé en el microondas porque llora demasiado fuerte, nuestra misión es recabar todos los datos y pasárselos al juez de guardia; si un fulano, demasiado borracho para ser un buen hombre y demasiado cobarde para ser un buen borracho, le da una tunda a su mujer porque la tele tiene interferencias, nosotros le calmamos, le leemos sus derechos, le aguantamos las bravuconerías y lo ponemos a disposición de la maquinaria legal. Es otra de las mierdas que no te enseñan en la academia.

Entonces, comete un error. Tal vez debido a su juventud e inexperiencia, tal vez porque no ha bajado ni una sola vez a los

infiernos de la sociedad, donde la ley de la selva impera con toda su crueldad. Le da la espalda. Nunca debes perderle la cara a un cobarde, es de primero de supervivencia. Huelen tu miedo y se nutren de él. Si te achicas, se crecen, si sangras, golpean con más fuerza, si te das la vuelta o huyes, esa es su preferida, se lanzan a por ti con rabia inusitada. Te odian por hacerlo y se odian por hacerlo, y por desgracia para ti toda esa mierda sale por sus puños sin compasión.

—Cálmese, amigo.

Tal vez yo he bajado demasiadas veces.

No hay nada más gratificante que ver cómo un lobo se convierte, por arte de magia y de mala leche, en cordero. Es todo un arte. Levantas la mano con firmeza pero mostrando despreocupación, como queriendo decir *¿Crees que me has visto enfadado? No lo estoy. Créeme, si me vieses enfadado de verdad, lo sabrías.* No hace falta mucho más, aprovechas la inercia que lleva y solo tienes que buscar un punto clave, un lugar donde el daño se produce en la vergüenza y la vanidad. El cuerpo humano está lleno de ellos. A mí personalmente me gustan las narices, llámame sibarita, pero es mi debilidad. Con solo levantar la mano y, aprovechado la furibunda arrancada del sujeto, la parte baja de la palma, justo donde empieza la muñeca, una de las partes más desconocidas del cuerpo y a la vez más efectivas y letales, impacta sobre las fosas nasales, activando un mecanismo de defensa que lleva la cabeza hacia atrás desorientando al tipo, y si el cuello gira lo suficiente, anulando la señal nerviosa de las extremidades en pos de salvaguardar el más preciado órgano que el ser humano posee. Con los brazos caídos para redirigir la sangre al cerebro y las piernas flojas como las cuerdas de un viejo violonchelo, un velo de lágrimas opacan la vista mientras que el sonido de túnel copa el canal auditivo, por si esto no fuese suficiente, un desagradable picor es seguido por un vergonzoso goteo nasal, contenido por un no menos vergonzoso sorbido pueril.

Mano de santo, que diría mi madre. Los ánimos se calman por completo. Entre veladas quejas lanzadas al aire y súplicas lusitanas buscando una salida lo más civilizada posible, la mirada de dos adolescentes se cruza y me traslada a un lugar al que no podré volver jamás. Sus corazones escriben el mensaje y sus ojos transcriben las palabras. Es un segundo. El tiempo que tardan en llevarse al chico de nuevo a la primera planta, pero vale una vida.

Unas zapatillas huérfanas de cordones afrontan, chancleteando, uno tras otro los peldaños hasta desvanecerse en los misterios del piso superior.

—¿Cómo estás, cielo?

El padre de la chica se preocupa por primera vez de su estado, provocando cierto reproche entre el resto.

No hay respuesta. Va a abrazarla pero la chica se estremece abortando cualquier intento de acercamiento. Sabiéndose observado, sostiene su rostro entre las palmas tratando de captar su atención.

—Estoy aquí, a tu lado. Siempre lo estaré.

Su pose pusilánime y sus palabras dubitativas, como quien dice un santo y seña no muy seguro de conocerlo, arrancan algún suspiro de desaprobación por parte de su exmujer. Cuando dos personas se enamoran solo ven lo bueno en el otro; cuando dejan de estarlo, solo ven lo malo.

—Ven aquí.

La abraza como quien abraza a un títere. Da la sensación de que sus extremidades se quiebran entre sus brazos. Sus ojos se humedecen y sus labios se comprimen sujetando un llanto, tal vez, o unas palabras que no deben salir.

—¡Suéltame!

El hombre se asusta y rompe el lazo que mantenía. Lo curioso es que nos mira a nosotros.

—¡No quiero que me toques!

—Pero cariño —suplica su progenitor.

—Ona, por Dios —interpela su madre.

Sus pupilas hierven en un caldero lacrimógeno mientras sus labios contienen, no sé si con la intención de evitar su salida o de adquirir la energía suficiente para que exploten como un volcán en erupción, las palabras que hace tiempo debieron ser pronunciadas.

—¿Vas a abrazarme así? —lanza una pregunta cargada de sarcasmo y rabia contenida—, ¿o prefieres que me quite la ropa y me acaricias como aquel día?

—Yo… yo…

Feliz cumpleaños, capullo, hoy es el primer día del resto de tu vida. Suplica clemencia con la mirada, primero a su hija y luego a cada uno de nosotros. Hipea algunos monosílabos inconexos. Quiere decirnos que fue un error, que no es lo que parece, que no volverá a suceder, pero es demasiado tarde, algunas líneas una vez superadas no te permiten dar marcha atrás.

Esto tampoco te lo cuentan en la academia. Los problemas nunca vienen solos, sino en batallones. Para ello también hay un procedimiento, perfeccionado durante años, te encargas del asunto por el que te han llamado y haces como que no ves el resto. Esto y esnifar coca es lo mejor para mantener una buena salud mental.

Entonces el tiempo y el espacio se fusionan cediendo el segundo tangibilidad corpórea al primero. El tiempo cede la capacidad de olvido al espacio y este le otorga el privilegio de la distancia al primero, impidiendo que nadie diga o haga nada. Un grito lanzado en el piso superior se cuela por el hueco de la escalera devolviendo a

cada magnitud sus propiedades innatas. No hace falta haber viajado mucho para entender los alaridos.

—¡O menino se foi! ¡O menino se foi!

La vetusta escalera forma un cuello de botella incapaz de absorber a seis o siete adultos y una jovencita en estampida. El padre de Ona, espoleado por los últimos acontecimientos, empuja con el codo a Cosme García, y no puedo evitar que su cabeza impacte en mi rostro cegándome momentáneamente. Percibo cómo el resto continúa avanzando pero, lo que es más inquietante, noto cómo alguien se cruza en dirección contraria. Despego las manos de mi cara, aún dolorida, pero solo veo destellos y sombras. Aun así tengo muy claro quién se acaba de cruzar conmigo. Es Román. La vista se estabiliza en el momento que atraviesa la salida. Solo una silueta, solo una fugaz sombra oscura, pero no tengo dudas de que se trata de Román.

«Esta vez no te escapas», me digo.

Mientras mis ojos se apresuran en delimitar los límites del vano de la puerta, un grito desgarrador se asoma al hueco de las escaleras y se deja caer.

Capítulo XXXVI

En los sueños, los figurante carecen de rostro, es algo que no percibimos, es algo a lo que no prestamos atención, pero es así. Suelen pasearse alrededor de la escena principal sin cara, sin ocupación alguna, como almas en pena. Contemplamos absortos la trama principal y nos olvidamos por completo de ellos, pero de vez en cuando, esa naturaleza curiosa que en tantos líos nos mete, nos hace volver la vista y fijarla en uno de estos personajes de segunda. Es entonces cuando nos percatamos de la anomalía, *sí*, justo cuando te despiertas.

Aquí nadie tiene cara, nadie parece ir o venir de ningún lado, el sol está en todas partes y en ninguna a la vez, al igual que la noche. Siento que el tiempo corre, pero, a la vez, que está clavado, como una estaca que marca el final y el principio. Todo se esfuma. Un desamparo y desasosiego inimaginable invade mi alma. Digo bien, mi alma. Creo que el resto también se ha esfumado. Aquí ya solo queda eso, un alma desangelada. Y Román. Él también está aquí. No lo veo, pero lo siento.

—No debiste cruzar nunca.

No sé si me lo está diciendo Román o me lo digo a mí mismo; aun así, respondo. Creo.

—¿Dónde estamos?

La risa aquí no suena, simplemente lacera tus entrañas.

—El tiempo y el espacio no es algo lineal sino una especie de cóctel imposible de separar. Nos empeñamos en medir los centímetros para cuantificar la distancia que nos separa de algo o el tamaño de todo lo

que nos rodea, contamos los minutos para formar con ellos horas, que desemboquen en días, sumándose unos con otros hasta convertirse en meses, que alumbren años y más años, y todo esto para encontrarle un sentido a nuestro entorno y a nuestra propia existencia, negando así una verdad que no podemos o no queremos afrontar.

—¿Pero las personas nacen y mueren?

—Lo que tú llamas «personas» están vivas y muertas, aquí y allá al mismo tiempo. Te resulta imposible entender esto, pero sí eres capaz de dar veracidad a un estúpido ciclo que nadie sabe dónde empieza y donde acaba.

»¿Sabes que en algunas culturas el futuro es lo que tenemos detrás mientras que el pasado se representa como lo que aparece frente a nosotros?

»La mayoría de los cultos y religiones auguran un abandono del cuerpo para asegurar la supervivencia del alma. Aun así, nos empeñamos en negar lo evidente.

»Círculos, cuadrados… Antes, después, mucho antes, demasiado tarde… Tener, necesitar… Conceptos inventados por el raciocinio humano para tratar de cuantificar y ordenar algo que simplemente es ingobernable.

—¿Quieres decir que estamos en el cielo, o algo así?

—Claro, y si no te andas con ojo puedes acabar en el purgatorio. El cielo y el infierno. Otro concepto más creado para dar sentido a lo que no vemos o no queremos ver.

—Lo que tú digas, camarada, pero yo me largo de aquí, prefiero vivir una mentira que pasarme la eternidad escuchando tus gilipolleces.

De nuevo la risa sorda hiende sus afiladas garras en lo más profundo de mi ser. Por un instante me doblega, pero no voy a consentir que me hunda. Introduzco la mano en el bolsillo y extraigo de este el más preciado tesoro que en este momento, y en este lugar, a pesar de que este capullo diga que son dos conceptos inexistentes, puedo poseer.

—Llevas demasiado tiempo aquí.

Me dice con una voz que asusta.

No pienso perder un segundo más, me largo de aquí. Abro la mano.

Mi mano está vacía.

—Ya no recuerdas cuál era tu despertador.

Y mi alma también.

—Ni siquiera recuerdas el rostro de las personas con las que deseas volver, ni la forma y colores de los lugares a los que ansías regresar.

Trato de recordar qué demonios debería tener entre mis dedos, pero me resulta imposible. Pruebo a visualizar la cara de mi madre, pero se ha perdido en algún rincón de este manicomio. Solo alcanzo a

vislumbrar dos palabras. Dos palabras que por más que trato de alejar permanecen clavadas en mi mente.

—¿Y el tuyo? ¿Recuerdas acaso tu rostro?

La funesta risa termina por cortar las venas y arterias que alimentan mi espíritu mientras las dos malditas palabras centellean por doquier.

Game over.

—¿Y tu nombre? ¿Recuerdas tu nombre?

Lloro. En los sueños no se puede llorar, pero yo lloro. En un abismo donde no existe ni el espacio ni el tiempo, donde no hay ni cuerpos, ni formas, no se puede llorar, pero yo lloro.

Lloro por haber perdido algo que no recuerdo haber tenido.

Pero lloro.

Capítulo XXXVII

El angosto hueco de la escalera se convierte en un gatuperio humano en el que parece no haber premio para el segundo. Un pie trastabilla contra el peldaño mientras con el talón del otro golpeo la espinilla del que me precede, que a su vez, gana terreno adelantando su brazo sobre mi hombro y posando su zarpa sobre la mía, comprimiéndola contra el pasamanos hasta casi convertirla en diamante. El último peldaño viene acompañado de un fuerte golpe de calor y la falta de aire, la vista se nubla por un instante, los oídos atronados solo captan el latir precipitado de la sangre inundando el tímpano. A la izquierda, un largo pasillo tenuemente alumbrado por bombillas que parecen pestañear; a la derecha, la imagen se repite, excepto por un par de tipos que miran horrorizados a través del vano de una de las puertas que flanquean el pasillo.

El grupo toma la delantera dejándome la última posición, los polis de la entrada se dan cuenta y contienen como pueden la estampida, una labor compleja dadas las circunstancias y la alteración de todos los presentes. A pesar de ello, cumplen su cometido, pero no pueden evitar que se agolpen ante el minúsculo hueco que conforman los marcos de madera.

Dios santos, madre mías y un sinfín de comentarios, algunos hirientes, otros buscando culpar a alguien, no sé muy bien de qué, brotan de la masa informe de carne y tela que obstruye por completo el hueco y, por lo tanto, la posibilidad de que pueda ver qué demonios sucede. Busco con mis dedos un hueco desde el que poder divisar algo. Por fin consigo introducirlos entre un culo más o menos orondo y lo

que parece un cinturón de cuero. Al tocar el frío metal de un arma de fuego, mis codos saltan como un resorte dejando mis manos desamparadas abrazándose una a la otra.

—Esto es intolerable —refunfuña Cosme a nadie en concreto—. ¡Exijo hablar con su superior!

La retahíla de quejas, exigencias y órdenes veladas continúa, pero yo solo me fijo en el hueco que se forma tras abandonar su puesto. Es perfecto, solo tengo que acercarme y asomar la cara para saber qué está pasando. Mis ojos se abren como nunca antes lo habían hecho; se forman las primeras imágenes, algo oscuras y difusas. Unas cajoneras metálicas de oficina, de las que ya no se ven nada más que en las películas, lo que parece una ventana con su persiana a medio subir, o a medio bajar, no, no, a medio subir. *«Todo va a salir bien»,* me digo. Entonces, empiezo a ver la parte de atrás del uniforme de uno de los policías, mis ojos van a salirse de sus órbitas…

—*É melhor você não ver isso, garota.*

Por un segundo me vuelvo para mirar al joven agente, su manos se apoyan sutilmente sobre mis hombros alejándome de la escena, al tiempo que vuelvo la vista hacia el hueco. Demasiado tarde, alguien se ha movido lo justo para que no pueda ver más que los asquerosos archivadores grises, desconchados y comidos de polvo y tristeza.

Desciendo las escaleras arropada en todo momento por el agente que me deposita sobre la misma silla en que estaba sentada antes de subir a toda velocidad por las escaleras. Puedo sentir mi propio calor, abandonado con prisa al asomarme al vano de la puerta, y que ahora vuelve con pausa, provocándome sudoración y la sensación de falta de aire. Gritos, chillidos, amenazas y reproches retumban por doquier, la cabeza me da vueltas, pero no puedo naufragar ahora, no cuando Rufo me necesita.

Inspiro fuerte una vez, el aire araña mi garganta y embota mis oídos. Respiro suave, pero profundamente, otra vez; ahora parece recargar la energía que me empezaba a faltar. Respiro una última vez, esta vez con el estómago llenando de vida todos mis órganos.

Parece que la calma ha vuelto, al menos, de momento. El agente que me acompañaba se dirige de nuevo escaleras arriba con otro, un tercero nos da la espalda tras el mostrador mientras mantiene una conversación por teléfono. Papá, mamá y Cosme jadean buscando ellos también una bocanada de oxígeno que les ayude a asimilar toda esta locura. Parece que el silencio comienza a ganar terreno cuando la voz de Cosme rasga el aire con sutileza. Le he oído, le he oído y he entendido perfectamente lo que acaba de decir, al igual que los demás; aun así, nos quedamos con la cara que ponen las vacas cuando pasa el tren. Repite.

«Vámonos».

Esta vez acompaña las palabras con un giño cómplice señalando hacia la salida. Mamá a su vez le pide explicaciones también con la mirada.

—Es lo mejor, créeme —musita acomodándola entre sus brazos mientras la dirige con sutileza hacia la puerta—. Nos marcharemos y mi amigo Venceslao Castrillo se ocupará de todo.

—Pero no podemos irnos sin más —cuestiona mi madre sin oponer resistencia en una pose de bailarina de drama musical.

—Hazme caso, aquí solo podemos empeorar nuestra situación —replica mirándome con ojos acusadores—, desde el bufete de Venceslao se ocuparán de todo. No tenemos que pasar por toda esta mierda. Nosotros somos las víctimas, en especial Ona.

Mamá claudica y Cosme me repite de nuevo la premisa, estoy confusa y desorientada y no reacciono.

—¡Vamos, Ona, obedece! —ordena mi madre con un grito silencioso que solo las madres saben dar.

No quiero irme con ellos, si lo hago volveremos a casa, a lo de antes, a lo de siempre, y no quiero volver ahí. Además, no puedo dejar colgado a Rufo ahora que me necesita más que nunca. Tal vez esté solo, perdido por esta ciudad, la ciudad que habíamos elegido para empezar de cero. Tampoco puedo abandonar esta ciudad, la que iba a ser el inicio de una nueva vida.

A pesar de todo, obedezco, supongo que aún soy una niña, que la autoridad de mis padres todavía pesa demasiado. Me levanto y les acompaño a la puerta. Miro a papá, por un instante hace el ademán de seguirnos, pero esta noche se han vertido palabras demasiado hirientes, sus ojos se apagan y su cabeza busca cobijo entre los hombros. La puerta se abre y al salir nos damos de bruces con el poli que casi le parte la cara a Cosme. Misteriosamente pasa a nuestro lado sin inmutarse, como si no nos viera.

Desde la ventanilla del coche se suceden las vetustas fachadas de ventanas irregulares y colores pálidos, los adoquines bajo las ruedas murmuran una balada triste y la tenue luz del alba araña la parte alta de los edificios. La ciudad se viste de tristeza para darme su despedida.

Ayer recibió a una niña jovial con toda la vida por delante y hoy se despide de una anciana con pocos motivos para continuar viviendo.

Capítulo XXXVIII

Canalizar las emociones.

Era todo cuanto nos decían en la academia ante este tipo de situaciones. Arrancar de una en una las escarpias clavadas a lo largo de la garganta, para poder digerirlas mejor con cada trago amargo, antes de que nuevas tachuelas ocupen el lugar de las anteriores, en un baile eterno que no tiene fin.

Canalizar las emociones.

Como si eso se pudiese hacer. Como si por muchas veces que te digas, o que te digan, que hiciste todo lo que estuvo en tu mano fuese a cambiar algo.

Canalizar las emociones.

En realidad es solo una frase hecha, una excusa para que jóvenes universitarios, formados en diversas ramas de la psicología y la psiquiatría, puedan llevar corbata y presumir de un buen empleo; un empleo bien remunerado y desde el que ayudan, o creen ayudar, a los demás a llevar una vida mejor.

Canalizar las emociones. Menuda sandez.

El silencio ominoso imperante en la sala aturde los sentidos, haciendo más plausible la sensación de desamparo de todos los presentes. Solo el hipido lacrimógeno de la joven madre rompe la pesadez sepulcral del ambiente rebotando por las paredes como un alarido fantasmagórico.

Está sola. A su lado hay dos señoras sexagenarias que parecen tratar de aguantar un peso que no llegan a tocar. Son de la familia, está claro, tal vez una sea su madre y la otra su tía, pero esta pobre

mujer está más sola que nunca. Ni rastro del padre. No hay compañeros de clase o amigos. Nada de vecinos trayendo comida o llevándose a la desamparada madre afuera para que le dé el aire. Solo ella con su pena. Un hombre y una mujer permanecen de pie cerca de la entrada. Son profesores, no sé si del chico o una representación mandada por el centro educativo, lo sé porque se han presentado antes al hombre de mirada cansada, que aguanta el sueño o la tristeza junto a la puerta. Tampoco ha venido ella. La ausencia de Ona hace todavía más duro el sepelio; de los mierdas de sus padres me lo podía esperar, pero de ella, claro que tal vez no haya podido venir, tal vez sus queridos progenitores hayan preferido no exponerla a una experiencia tan dura. Podría haber escapado, escabullirse unas horas para despedirse, pero eso solo pasa en los cuentos, no en la vida real. Eso también lo aprendí en la academia, cuando me di cuenta de que ser poli no tenía nada que ver con lo que había pensado.

—¿Nos vamos? —pregunta respetuosamente mi compañero.

Sacudo levemente la cabeza y le interrogo con la mirada exigiéndole la respuesta a una pregunta que no puedo o no quiero hacer.

¿Qué demonios pasó? ¿Cómo consiguió suicidarse? Si es que se suicidó, porque yo ya me espero cualquier cosa. La autopsia no reveló nada, como en los demás casos, simplemente se fue. Ninguna causa externa, nada de infartos o fallos orgánicos, negativo en fármacos o narcóticos; vamos, como los otros chicos, que si hacemos caso al forense este chaval está como una rosa.

Pero yo sé que sí que hay algo que no cuadra, cuando se lo comenté a Moisés por poco llama al manicomio, creo que lo he perdido, hace tiempo que solo me ve como el compañero capullo que tiene que aguantar hasta que consiga un traslado o un ascenso. Demasiado ha durado, pero sí, hay algo que se nos escapa, y lo voy a descubrir.

Moisés posa su mano sobre mi hombro y me invita a salir con la mirada, no sé cómo se las apaña, pero cada vez que me viene a la mente el nombre de Román, cada vez que su mortecino rostro flota por mi imaginario, él interrumpe con una frase o un gesto.

Niego de nuevo con la cabeza, pero esta vez su mirada se muestra firme, ya ha aguantado bastante.

Claudico.

No nos despedimos de la joven madre que se deshace en amargas lágrimas, ni de su hijo que se fue tal vez por nuestra culpa. Desaparecemos haciendo mutis. Cuando estamos a punto de traspasar el umbral de la puerta que conecta la sala con el pasillo, bajo el translúcido vano emerge una silueta. Falta muy poco para que nos arrolle. Es Ona. Desesperada, se lanza sobre la caja que contiene los restos de su novio, arrasando por el camino con una corona de flores

que cae en silencio, como todo lo que rodea al féretro.

—Tengo que hablar con ella —mi voz suena como la de alguien que lleva demasiado tiempo sin hablar.

Mi compañero se rinde y abandona la sala.

Avanzo con paso tímido como si dudase de la existencia del suelo que piso. La chica se abraza al cadáver, una de las sexagenarias se ha levantado y trata de calmarla, la otra asiste como puede a una madre que no aguanta más y ha perdido la consciencia. El silencio se vuelve alboroto. No me detengo. A pesar de su apariencia, la sexagenaria señora parece tener una excelente forma física, consigue desligar los finos dedos de la chica de los del cadáver y separarla del féretro mientras amargas lágrimas brotan por los ojos y la nariz. Entonces sucede. Dice algo. Le dice algo a su difunto amante. No he podido oírlo, ¿o sí? Un nombre, sí eso es, antes de perderle la cara para siempre le lanza un nombre entre dos alaridos de rabia.

César Cascabel.

Antes de caer sobre la silla junto a la madre de Rufo, nuestras miradas se cruzan, como aquel primer día en el parque, pero hoy es distinto, la niña del parque ha desaparecido engullida por la mirada de una mujer. La juventud se va para no volver. Y nunca sabemos cómo ni cuándo ocurre. Apoya su rostro sobre las manos y se desgañita en llanto mientras la buena mujer, que ahora no me parece tan mayor, trata de consolar acariciando su temblorosa espalda, a su lado, una anciana de grandes ojeras confirma que la pérdida de juventud nos asalta de golpe y a traición cuando menos lo esperamos. La madre de Rufo la mira con los ojos de una vieja castigada por la vida.

¿Qué coño habrá querido decir con eso? ¿Quién es César Cascabel?

Avanzo hacia la salida, Moisés está fuera, ni siquiera los gritos le hacen regresar, está tan cansado de este caso como yo. No le culpo.

Capítulo XXXIX

—Te dije que no hacía falta que me acompañases —increpo a mi compañero mientras desciendo del coche.

—No es eso, Rodrigo —responde calmado, hablándome con pausas, como solo se le habla a alguien que consideras idiota o inferior—. Lo que pasa es que este caso está cerrado y no lo quieres ver.

Dejamos aparcado el automóvil bajo un frondoso platanero. La luz atenuada del atardecer dibuja su contorno alrededor del vehículo como si una enorme mano negra lo atrapara. Al volver la cabeza, el corazón tiembla, cientos de lanzas inmóviles flanquean un edificio de aspecto sepulcral. El ominoso silencio se rompe con fugaces y angustiosos gritos, o escalofriantes y demenciales risas, que parecen salidas del manantial de la locura. Atravesamos el umbral del portalón que se abre en medio de la valla sin despegar la vista de las herrumbrosas puntas de lanza, testigos mudos de solo Dios sabe qué escenas dantescas han presenciado.

—Buenas tardes, inspectores Forniés y Bustillo.

—Me han informado de su visita, adelante.

La celadora extiende su brazo en un gesto de ofrecimiento o permiso, pero antes de que podamos mover un solo músculo, comienza a andar lanzando miradas por encima del hombro para comprobar que la seguimos. En lugar de dirigirse hacia el edificio, lo rodea. Llegamos a la esquina de la fachada, tras girarla permanece pegada a la pared de piedra gris, teñida de amarillo y verde por la colonización de líquenes. Sus diminutos pies dan pequeños y veloces pasos por la delgada senda de piedra que flanquea todo el edificio,

parece como si el césped que puebla el resto del recinto fuese lava ardiendo o algo peor, o tal vez solo pretende evitar mancharse de verdín sus zuecos blancos. Sea como fuere, la seguimos como una fila de colegiales al rebufo de su maestra. No tardamos en afrontar la siguiente esquina, la imagen no es nueva para nosotros, pero no por ello menos sobrecogedora. Una mujer, anciana a simple vista pero en el fondo sabemos que no debe ser demasiado mayor, camina en círculos repitiendo sin cesar un mantra imposible de entender. A su lado, con la vista en un lugar que solo existe para él, un chico deja pasar su vida encerrado en una cárcel de la que no puede, o no quiere, salir. Dos celadores se llevan a un alborotador, al que, al parecer, la luz crepuscular no le sienta demasiado bien; otros comparten dispares conversaciones a la vez, palabras que se cruzan pero no encuentran interlocutor que las escuche. Vislumbro al fondo a nuestro querido doctor, la impresión tras la última visita no fue buena, pero la verdad es que es un hombre dedicado a sus pacientes. No sé si en un lugar así eso es bueno o malo, pero las veces que hemos venido es al único facultativo al que nos hemos encontrado preocupado de los internos.

—Han llegado un poco tarde —recrimina la mujer sin abandonar el pasillo de piedra—, solo se les ha permitido entrar por ser un asunto de la policía, pero les ruego celeridad en sus pesquisas, somos muy estrictos con los horarios para no alterar la rutina de los internos.

Tras la advertencia nos alejamos de la señora, que permanece en el camino empedrado, con la mirada clavada sobre nuestras figuras alejándose, como si fuese la esposa de un marino que lo despide desde la dársena del puerto.

—Doctor —espeta Moisés tratando de llamar su atención.

—El inspector Bustillo y el inspector Forniés, de la policía —anuncia reverencial mientras se vuelve hacia nosotros.

—¿Tiene usted muy buena memoria?

—Lo que tengo son muchos años. ¿Qué les trae por aquí de nuevo?

—Parece que no le hace gracia nuestras presencia —intervengo directo al grano ante la estupefacción de mi compañero.

—No, no es eso —responde jocoso entre una especie de carcajada velada—, es solo que me dio la impresión en su última visita que mis respuestas no fueron de su agrado.

—Verá, doctor, será mejor que dejemos al lado lo de la última visita —interviene Moisés tratando de reconducir una entrevista que parece abocada al desastre—, estamos aquí para tratar otro asunto.

—¿Otro asunto? ¿Qué otro asunto pueden venir a tratar conmigo?

—Verá, en el fondo lo que buscamos que arrojar luz sobre todo esto.

El doctor introduce las manos en los bolsillos de su bata y guarda silencio, mostrando atención a las palabras de mi compañero.

—Otro joven ha fallecido en extrañas circunstancias, su madre está destrozada.

—No sabía nada, de verdad es que lo siento, pero no sé de qué forma podría ayudarles.

—Tal vez nos pueda ayudar a comprender que papel tiene Román en todo esto. ¿Por qué una serie de chicos aparentemente sanos y normales fallecen en extrañas circunstancias?

—Ustedes, la policía, creen que todo es sencillo, si ven un coche mal aparcado, lo multan…

—Nosotros no nos dedicamos a eso.

—… que ven a un tipo salir de un banco con una bolsa repleta de dinero y una pistola en la mano, lo detienen…

—Créame, es un poco más complejo.

—… pero son incapaces de ver lo que tienen delante de sus narices —su tono cobra fuerza—. Lo tienen frente a ustedes todo el tiempo y no lo ven. No lo ven porque se niegan a verlo. Es más sencillo mentirse, acomodar una realidad a como nos gustaría que fuese y así no tener que afrontar la verdad.

—Verá, amigo —he aguantado todo lo que he podido—, no estamos aquí para escuchar lo mismo que el otro día, solo queremos saber dónde encontrar a Román y si sabe usted de qué manera puede estar relacionado con las muertes de esos chicos.

—No lo comprenden, ¿verdad? —dice dirigiéndose a Moisés—. La percepción del mundo que tenemos es una farsa, una visión conformista que protege de la verdadera realidad del universo.

—¿Y según usted cuál es la realidad? —pregunto conteniéndome.

—La realidad —responde sin apartar la mirada de mi compañero— es que millones de universos paralelos se simultanean en el mismo espacio y al mismo tiempo; que el cuerpo, como predican todas la religiones, es solo un envoltorio, un lastre. Mientras que el alma es eterna.

—Lo siento, pero no aguanto más —interrumpo enfadado—. No hemos venido para esto, no después de todo lo que ha pasado. No pienso aguantar a este fantoche que de tanto estar aquí metido ha debido de perder el norte.

Moisés levanta la mano con sutileza pidiéndome calma, me freno en seco y parece pasar un ángel entre nosotros. Entonces me doy cuenta de que ambos no están alterados como yo, ni tan siquiera afectados por mi arrebato. Simplemente sus miradas confluyen.

—¿Quiere decir —comienza Moisés con calma— que esos jóvenes, de alguna manera, cruzaron una especie de puerta astral o agujero de gusano y ahora su alma se encuentra en otro lugar del universo, tal vez dentro de un cuerpo diferente?

Siempre ha sido mejor policía que yo, de eso no cabe duda, ha

sabido ver más allá, empatizar con las víctimas, comprender e incluso admirar a los criminales. Todo esto le lleva a mejorar cada día, a no ponerse barreras y avanzar en cada caso, pero lo de hoy no tiene ni pies, ni cabeza.

—No de una manera tan cinematográfica. Se deja usted llevar por unos clichés, que aunque no son del todo desacertados, sí tienen mucho del imaginario colectivo, inculcado en gran medida por Hollywood.

»La realidad es mucho más sencilla, los jóvenes a los que se refiere, e insisto en lo de jóvenes porque es importante no tener la mente demasiado condicionada tras años de aceptación pasiva, han liberado su alma, si lo quiere llamar así, dejándola que fluya libre por el resto de universos que en este momento y en este lugar nos acompañan.

—Según su teoría, esos chicos podrían volver a este universo en cualquier momento, ¿no es así?

Antes de responder suelta un nuevo golpe de risa forzada para darle teatralidad al momento.

—De nuevo vuelve a fijarse solo en lo que tiene delante de sus narices, de su compañero lo esperaría, pero usted parecía empezar a comprender la mecánica del universo.

—¡Se acabó! —zanjo—. No aguanto más a este tipo.

Moisés levanta de nuevo la mano, esta vez acompañada de una mirada de súplica, me pide un minuto más para ver si esta ridícula conversación lleva a algún lado pero, lo siento, no se lo voy a dar.

—¿Es que no lo ves? Cada vez que le pillas en un renuncio te sale por otro lado. Contradicciones, argumentos absurdos y respuestas improvisadas. No vamos a sacar nada de este tipo. Podríamos estar media vida aquí y no llegaríamos a ningún sitio.

—¿Qué es lo que le asusta tanto, inspector Forniés?

—Lo que me faltaba —musito frotándome la cara con una mano.

—¿Soy yo el que le asusta, o es usted mismo?

Un sopapo, un sopapo con la mano abierta, eso no deja señal ninguna y seguro que a Moisés después de eso no le quedan ganas de seguir aquí perdiendo el tiempo.

—Doctor —interviene Moisés—, vuelva conmigo. Mi compañero está un poco alterado, ha sido una semana muy dura.

La mirada del polémico médico busca la de mi compañero olvidándose, de momento, de mí.

—Respóndame a una última cuestión.

Las palabras de mi compañero suscitan nuestra curiosidad. El doctor abre sus ojos aguardando la pregunta, o tal vez preparándose para capear un nuevo desafío con sus embustes. Por mi parte, la ansiedad, unida al cansancio tras un interrogatorio absurdo y sin sentido, hacen que no pueda contener el pulso entre la espalda y el

pecho. Una voz dentro de mi cabeza exclama *«¡suéltalo ya!»,* pero Moisés no abre la boca. Mira al facultativo fijamente, tal vez tratando de indagar en su interior, tal vez ganando tiempo para ver qué se le ocurre. Es entonces cuando la voz de la celadora, desde su pasarela de piedra, interrumpe.

—Lo siento, pero no les puedo conceder más tiempo.

La luz anaranjada del atardecer que dibujaba extraños garabatos sobre las vetustas piedras del edificio ha dado paso a una tenue oscuridad rota por la tímida y amarillenta iluminación de los farolillos que bordean el camino empedrado. Los internos rezagados atraviesan el vano de la puerta para desparecer en el interior de la residencia. La celadora continúa haciendo aspavientos con ambas manos sin atreverse a plantar un solo pie en el verde césped que ahora, bajo la tenue luz de los farolillos, se muestra ceniciento.

—Solo será un minuto —suplica Moisés, acercando el índice al pulgar para mostrar el breve espacio de tiempo que solicita.

—Lo siento, tienen que marcharse.

—Doctor —pregunta mirando directamente al médico—, ¿podemos continuar en otro sitio? Es importante.

—Les he dicho —interpela furiosa agarrando al doctor por un brazo tras haberse atrevido a pisar el, tan temido por ella y sus zuecos blancos, césped— que no pueden permanecer aquí ni un segundo más, nuestros internos deben descansar.

Y con estas palabras se aleja hacia la puerta llevándose consigo del brazo al doctor. Moisés me mira consternado y yo le devuelvo la mirada antes de estallar.

—¡ES UN PUTO LOCO!

—¡Oiga, por favor! ¿Cómo se atreve? —replica la celadora sin detenerse—. Avisa a Martín —ordena a la que franquea la puerta. La cual sale disparada para adentro—. Que acompañe a estos caballeros al exterior.

Su compañera no ha podido oír esto último, pero me parece que iba dirigido a nosotros. Antes de que se persone el tal Martín, que como venga farruco va a pagar toda la mierda que estoy tragando, nos encaminamos hacia la salida. Cabizbajos, derrotados y con una cantinela saliendo de mi boca.

—Un puto loco, es un puñetero chalado.

Rodrigo Forniés

Capítulo XL

Un escalofrío recorriendo mi espinazo, como si una tormenta eléctrica se desatase a través de la médula espinal, acompaña al grotesco chirrido que los goznes arrancan a la herrumbrosa verja. Un sonido de ultratumba que no depara nada bueno. Los ojos, como son tan licenciados, abandonan la cálida claridad de la avenida para, traspasada la férrea barrera de lanceros perennes, que remachados y soldados unos junto a otros custodian todo el perímetro del sanatorio, como un silencioso ejército de acero y óxido, adentrarse en un mundo ceniciento, de blanca luz astral y puntiagudas sombras que tilos y cipreses se encargan de extender sobre la grama del suelo y el granito de la muralla.

La retina se resiente aquejada por el repentino cambio de luminosidad y tersa su superficie apremiando a los párpados para que lubriquen el árido globo ocular. Un pestañeo sigue al primero. Un suspiro. Apenas un segundo de diferencia entre el primero y el segundo. Y en ese instante sucede, fugaz, imperceptible para el ojo pero no para el alma. Una sombra cruza rauda, sigilosa y apenas perceptible, por el rabillo del ojo, la parte de la vista que no ve, solo intuye. La razón dicta que no, que no hay nada, que ha sido el movimiento de un ciprés o un reflejo por el cambio de luz, pero el corazón grita golpeando el pecho y los oídos. *«Es él, es él».* La hoja de la verja choca con metálico sonido contra su homónima y una gruesa cadena movida por las manos del celador desliza sus eslabones entre las picas que componen la puerta, arrancando un sonido similar al de las agujas de un reloj. Marcando los últimos segundos de una cuenta

atrás.

—¡Es él, es él!

El celador, sobresaltado por mi reacción, intenta contener la puerta ejerciendo toda la fuerza que le es posible reunir. No le sirve de nada. Empuja con todo el cuerpo sobre los oscuros barrotes, pero se vence ante la palanca que consigo hacer apretando con una mano sobre la hoja móvil y la otra sobre la parte fija de la cancela. Finalmente cae sobre su trasero y solo puede levantar los pies, a modo de defensa, para evitar ser arrollado por la pesada verja.

—¿Está usted loco? —espeta desde el suelo.

Tiene gracia que me diga precisamente eso. Me detengo y miro a Moisés, mi compañero, la única persona que me ha apoyado en infinidad de ocasiones. Esta vez su rostro denota duda y decepción.

—Es Román, lo acabo de ver. Se ha ido por ahí —indico exaltado.

—Yo no he visto nada —replica calmado.

Le miro en busca de un voto de confianza, pero mis ojos no se encuentran con los suyos. Inmóvil, bajo el umbral de la entrada, sus pupilas se posan sobre mi mano derecha, es entonces cuando me percato de que estoy blandiendo el arma.

Oigo un ruido, o más bien lo siento. Tras los cristales de una de las ventanas del primer piso la fugaz estela de Román cruza como un fantasma. Abajo, una tenue luz dibuja la silueta de una enfermera sobre el hueco de la puerta. Es mi oportunidad. He de entrar. He de coger a ese hijo de puta.

Me lanzo a la carrera hacia el vano iluminado de la puerta, como si se tratase de un faro en mitad de la tempestad, pero un cepo atrapa mi pierna. Es el celador de la entrada, que desde el suelo se aferra a mi pie con ambos brazos. Le golpeo con la culata. No demasiado fuerte, lo justo para que suelte, pero lo hago. Mañana, cuando se formalice una nueva queja, dejaré de ser poli. No me atrevo a mirar a Moisés.

La enfermera de la puerta no opone resistencia, no después de lo que ha visto. Oteo la entrada, pero no veo ninguna escalera. Al volver una esquina aparecen las puertas metálicas con cristal alargado, como las de antiguamente, de dos ascensores. Dudo. Finalmente abro una pequeña puerta de madera y aparece una estrecha escalera. Subo como poseído.

—¡Aquí no hay nadie! —grita Moisés desde la planta baja.

—¡Está ahí! Lo sé —espeto desde la balaustrada señalando a un lugar indeterminado.

Algunos rostros aparecen confusos y asustados en las rendijas de las puertas. Avanzo con cautela. Moisés sube por la escalera del lado opuesto. La estancia comienza a llenarse de ruidos. Ruidos de puertas abriendo y cerrando, de pasos perdidos que van de un lado a otro, voces confusas, preguntas sin respuesta, y súplicas. Una puerta

permanece cerrada. Me acerco con cautela ciñéndome a la barandilla para abordarla desde el ángulo más amplio posible, mi compañero lo hace desde el lado opuesto. Cuando agarro el picaporte, el lamento de una sirena inunda el aire ocultando el ruido del picaporte. Giro. Ante mis ojos aparece la más absoluta oscuridad. Tanteo la pared y conecto el interruptor. Nada. No, o no funciona, o alguien se ha tomado la molestia de hacer que no funcione. El sonido de alarma va acompañado de la iluminación del exterior del edificio. Un torrente de luz atraviesa la ventana golpeando mi retina y descubriendo una figura enjuta y siniestra. No hay tiempo para más. Noto el impacto y caigo contra lo que parece ser un carrito metálico con ruedas. Algunos frascos de cristal se quiebran al golpearse contra el suelo. Ese cabrón tiene fuerza.

Cruzo el umbral y veo una sombra negra como el azabache alejarse por mi izquierda. Ni rastro de mi compañero. Un par de celadores aparecen al fondo de la galería. Son dos y parecen robustos, pero este tipo es un gigante. Contengo el aliento en el momento del impacto. Nada. Cruza entremedias de ambos, como el viento entre los pilares de un puente, para perderse tras la cristalera de lo que parece una terraza. Los celadores me miran consternados y luego se asoman a la balaustrada. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Guardo el arma y apoyo ambas manos sobre la madera de la barandilla. Ante mis ojos aparece la planta inferior rebosante de trabajadores que corren de un lado para otro e internos, que debido al alboroto, dibujan una estampa más propia de un cuadro de El Bosco que de un sanatorio. En medio de todo aquello, justo bajo mis pies, diviso a mi compañero tirado sobre el piso. Ha debido empujarlo en su huida como a mí, pero por desgracia le ha hecho caer, despeñándose desde el primer piso hasta el suelo de la parte inferior. Se mueve. Tiene algo de sangre manándole de nariz y boca, pero se incorpora llevándose las manos al tobillo derecho.

—¿Estás bien?

Mira a ambos lados para acabar levantando la cabeza y gritarme:

—¡Coge a ese hijo de puta!

Un visillo blanco ondeado por la brisa que se cuela en busca del calor del interior del edificio señala el lugar por donde Román emprendió su huida. Me asomo con cautela. Es una pequeña terraza. Una mesa redonda de pequeñas dimensiones y dos sillas, una de ellas volcada, denota el punto por el que el fugitivo intenta escapar. Una cornisa lo suficientemente ancha para aguantar a un hombre, lo suficientemente estrecha para que intentar cruzarla sea una temeridad. Dudo entre pegar la espalda a la pared o, por el contrario, que sea la parte delantera de mi cuerpo la que note el roce del granito. Sé que lo adecuado es pegar la espalda, pero mi pánico a las alturas

tras el accidente y la falsa seguridad que da el sentir algo tangible cerca me hace arrastrar mi rostro contra las ásperas piedras centenarias. Hurgo con la punta de mis dedos cada hueco, cada falla. Inhalo el polvo que los años han depositado sobre estas losas y que ahora seca mi boca y mis alveolos. Por fin llego a una zona amplia, tiene poco menos de un metro pero me parece inmensa. Piso con cautela como si en medio de este caos temiese hacer ruido. La plataforma se eleva dando forma a los ventanales del comedor de la parte de abajo. Avanzo con dificultad, clavando los dedos de los pies en la plantilla de los zapatos, en busca de una adherencia que se me antoja efímera y exprimiendo mis pulmones en un último esfuerzo para salvar la empinada subida. Un paso miedoso y agotado culmina la empresa y me veo en lo alto de la cornisa. Un rostro desdentado que aparece tras una de las ventanas a punto está de hacerme perder el equilibrio, y la vida. El anciano sonríe como un niño mientras su mirada perdida, iluminada por la luz de los farolillos del patio, parece sacada de un cuadro de Goya. Al final de la pasarela de piedra veo la silueta de Román saltar, desplegando su negra estela como una mariposa de enormes alas negras, sobre un tejado. Me lanzo a la carrera y doy el salto. Las tejas están cubiertas de musgo y resbalo sin remedio. Como en un tobogán mi cuerpo se desliza hasta perder el contacto con la arcilla del tejado. Consigo aferrarme con ambas manos al canalón y, apurando la poca energía que me queda, remontar el borde del tejado. Cuando tengo el cuerpo sobre las frías tejas y con las piernas colgando del vacío, exhalo un aliento que parece el último. La mejilla acaricia el mullido musgo encontrando alivio entre su esponjosa textura. Los pulmones reclaman su emolumento haciendo que la sangre bombee oxígeno al galope. La mente se relaja por un momento pero no tarda en recordar el motivo que le ha traído hasta aquí. Román. Despego la cara del musgo para ver su alargada y enigmática figura frete a mí. Inmóvil. Observándome fijamente. Es el fin. Solo tiene que empujarme como a Moisés y se acabó. De repente, se mueve y solo puedo cerrar los ojos. Noto cómo su cuerpo pasa por encima del mío. Cuando miro le veo caer sobre la grama del patio como si los cinco o seis metros que separan el tejado del suelo no fuese nada. Rueda formando un confuso ovillo de jirones oscuros y se levanta para correr hacia la valla. Gimo aferrándome a las resbaladizas tejas y poso un pie sobre el canalón. Con un último esfuerzo consigo subir todo el cuerpo al tejado. La figura de Román se confunde entre las sombras de los cipreses, pero lo veo, fuerza su delgado cuerpo buscando introducirlo entre dos barrotes.

—¡QUIETO!

Se escucha un trueno. La fosfatina me nubla la visión. Tras una de las ventanas del edificio, la que queda más cerca de donde me

encuentro, Moisés se lleva las manos a la cabeza. El gatillo ha ganado a la cordura.

Permanezco tumbado sobre el húmedo tejado, con la cara pegada al frío musgo y el brazo colgando sobre el abismo. Abajo, en el patio, la figura de Moisés cojeando cruza el patio con la mirada puesta sobre un punto fijo. Se detiene y husmea durante un par de minutos, luego con la cojera agravada por el enfriamiento de músculos y articulaciones viene en mi busca. Desde abajo, como un mozo cortejando a su amada, me da la noticia.

—No está ahí.

—Le he dado —sentencio.

—No hay sangre, no hay nada.

—Te digo que le he dado.

Capítulo XLI

—Bonito día —dice Moisés mirando al horizonte mientras toma asiento.

No respondo. Una ínsula espumosa flota sobre un tostado océano hasta estrellarse contra el borde de la taza. Sin levantar la vista hacia mi compañero, giro la loza como si de la combinación de una caja fuerte se tratase, y la ahora península de pompas marrones gira al tiempo para acabar separándose del borde y cruzar de nuevo el mar negro que la sustenta. Supongo se trata de uno de esos fenómenos que se dan entre los fluidos y la polaridad del globo terráqueo. Como poner una aguja sobre la hoja de un árbol, que a su vez flota en un charco de agua, aunque en ese caso la aguja tiene cierta imantación, quizá el roce con la cucharilla metálica haya electrificado de alguna manera las burbujas del café, quizá…

Mi cabeza sigue conjeturando miles de supuestos ante tan insignificante hecho. Cualquier cosa antes que afrontar la realidad. Cualquier cosa antes que responderle a Moisés que es un día de mierda, como todos.

—No va a ir a ninguna parte.

—¿Cómo? —pregunto sobresaltado.

—El café. No va a salir corriendo ni nada parecido. Puedes soltarlo sin preocuparte por ello.

Sonríe. Sonríe como se le sonríe a un vecino cuando le sugieres que no te deje el puto coche delante de la puerta, como cuando le devuelves al charcutero la mortadela porque le dijiste fina y te la cortó extra gruesa. Sonríe como se le sonríe a un desconocido. Eso es lo que

soy para él.

—¿Has venido solo para informarme del buen día que hace? —las manos vuelven a buscar una combinación que no parece tener fin—. ¿O a comprobar si soy capaz de al menos controlar una puta taza de café?

El camarero mira, y la señora de al lado, y el que está al fondo con la *tablet*, ese también mira. No lo hace directamente, por miedo o porque la pantalla lo tiene absorto, pero también mira. Moisés baja las palmas pidiéndome calma. Mal empezamos.

—Lo siento. Es toda esta situación —escondo el rostro tras la manos y tras un bufido de agotamiento y saturación—. Los de arriba deben de estar flipando.

—Me importan un huevo los de arriba.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás flipando o tienes claro que he perdido la chaveta?

Ahora es la mirada de Moisés la que se pierde en el fondo de la taza de café.

—Todo este maldito caso ha sido muy extraño. Ese pobre chico.

—¿Cómo está su madre?

—Jodida. Yo no he hablado con ella pero Martínez fue a su casa para aclarar algunos flecos de su declaración y comenta que es un alma en pena. Para colmo, ha perdido el trabajo, eso no sé si es bueno o malo, pero su situación no pinta bien. Ya lo sabes de sobra, las verdaderas víctimas no son las que se van, son las que se quedan.

—¿Y su novia?

—No sé nada de ella. El gilipollas del padrastro va cada día a ponerte una nueva demanda. Se ve que visita distintos bufetes y en cada uno encuentran un motivo para joderte. A veces, cuando lo veo tan estirado, exigente y altivo, imagino que en ese momento atraviesas la puerta y me da la risa.

Reímos. Pero ninguna de las personas que se encuentran en el bar podrá decir que ha visto u oído a dos tipos reírse de verdad.

—La madre un día me llamó, quería decirme algo pero no hubo forma de que se abriera. A saber, con esa hija, ese marido, ese exmarido… Me podría esperar cualquier cosa.

»En cuanto al padre de la chica, me paró por la calle hace un par de días. Al principio pensé que era un encuentro casual, pero conforme se desarrollaron los hechos tuve claro que lo había premeditado. Me expuso con mucha locuacidad su versión sobre el tema peliagudo que la niña soltó delante de todo el mundo, que si un malentendido, que si la pobre está muy confundida, bla, bla, bla. Resulta cómico ver cómo ese infeliz está más preocupado de lo que podamos pensar nosotros que de su propia familia.

—¿Y tú qué crees?

—Que no sé qué cojones hizo. Sin querer o queriendo. Pero la cagó bien. Hay líneas que no se deben cruzar, y menos con una hija. Otra víctima, otras dos.

—Parece que en este caso solo hay víctimas, excepto ese cabrón de Román y su amiguito el doctor.

—El doctor bastante tiene con lo suyo. Joder. ¿Cómo pudimos ser tan estúpidos?

Por primera vez, desde que se ha sentado enfrente, nos miramos fijamente.

—En la comisaría se parten el culo de nosotros, bueno, de mí, de ti nadie habla, ya sabes, a nadie le gusta hablar de un poli que cae en desgracia, todos temen que algún día puedan ser ellos los que se asomen al abismo.

Los ojos de Moisés hurgan en el fondo de la taza en busca de unas palabras que no llegan.

—En cuanto a Román —exclama reconfortante—, nada. *Missing*. Se lo ha tragado la tierra.

—Parece que al final el caso se va a cerrar sin resolver.

El viento aletea las hojas arrancándoles una melodía trágica y nostálgica. El sol parpadea tras los edificios, resistiendo para no perderse el final de la historia. Al final de la barra el *barman* bosteza ajeno a lo que sucede a su alrededor. Una burbuja invisible nos envuelve a Moisés y a mí. Dentro de ella el tiempo marcha despacio y la vida cobra sentido de nuevo.

Moisés dispara.

—Hay una cosa más.

Capítulo XLII

—Lo sé.

Mariel estira sus brazos a lo largo de la mesa esquivando con maestría las dos tazas de café. Sus dedos aferran mis trémulas manos en un gesto sencillo y barato pero que hasta ahora nadie había tenido la decencia de dedicarme. El reconfortante calor que irradian, similar al de una estufa en una noche de invierno, unido al acompasado pulso que transmiten, que se modula en forma de ondas desde los receptores de mis yemas, recorren todo el sistema nervioso y atraviesan lo más profundo de mi alma, como un desfibrilador reviviendo un corazón extinto, anima el poco o nulo espíritu que habita en este despojo de piel, lágrimas y desesperanza. *«No era uno de los chicos malos»* es la primera frase que le he dicho nada más verla. Tenía que decírselo, que decírmelo a mí misma.

—No se merecía lo que le pasó —una gota de amargura crece dentro de mis ojos, pero se niega a abandonarlos—. No se lo merecía.

—No te atormentes —ruega aferrando mis manos con inusitada energía. Sus ojos si permiten que las lágrimas broten.

—¿Por qué —sollozo— ha tenido que pasar? ¿Por qué a él? ¿Por qué a mí?

—Lo siento, cariño, no te mereces esto. Ni tú, ni él.

—Ha sido culpa mía…

—No digas eso.

—Culpa mía por arrastrarle conmigo. Culpa mía por tener la familia que tengo. Culpa mía por no estar a su lado cuando más me necesitaba…

Las palabras mueren antes de nacer. No me atrevo a verter el juramento que me propongo por miedo a no cumplirlo, o por el temor que me causa llevarlo a cabo. Mis incisivos hieren la parte interna de los labios y la pena, la tristeza, la frustración, la ira y el recuerdo caen en cascada desde el lagrimal.

—¡Ona!

Hundo la cara en las manos de Mariel, que no han dejado de sostener la mías.

—¡ONA! ¡Mírame!

El cuerpo entero tiembla. Espasmos desbocados recorren mi espalda como un caballo salvaje que se resiste a la doma. No quiero salir de aquí, quiero permanecer en este escondite para siempre. Pero Mariel no se altera, sabe aguardar. La luz cegadora hace acto de presencia a través de una delgada línea ardiente que se forma entre mi frente y las manos de Mariel. Un sonoro sorbido recoge las lágrimas, que por ser más torpes o más astutas, se disponían a salir por la nariz. Finalmente mis ojos enfocan un busto borroso que me recuerda a esos programas de pésima calidad en los que tratan de rememorar una aparición mariana.

—No digas eso ni en broma. ¿Me oyes?

»Sé que estás jodida. Sí, yo también puedo usar esas palabras —comenta ante mi estupor—. Que todo te parece absurdo e inútil, que no merece la pena seguir adelante, pero déjame que te diga que te equivocas.

Se ha levantado abandonando su fría silla del otro lado de la mesa y ahora me abraza con ternura maternal desde el asiento de al lado.

—Tienes toda una vida por delante. Dios, ¿sabes lo enorme que suena eso? TODA UNA VIDA. Asusta, ¿verdad?

Por primera vez en mucho tiempo una sonrisa consigue romper el rictus de alma en pena y devolver a este cuerpo algo de vitalidad.

—¿Sabes cuántas cosas caben ahí dentro? Buenas y no tan buenas. El caso es llenarla con todo lo que puedas. Por ti. Por los dos.

—Pero es injusto —peleo por inercia.

—Lo que es injusto es que se pierdan dos vidas. Por una desgraciadamente ya no podemos hacer nada más que recordar. Pero no voy a permitir que se esfume la tuya, y no me refiero solo a lo que has estado a punto de decirme, aunque las dos sabemos que no se te iba a ocurrir llevar a cabo. No, me refiero a desperdiciar algo tan preciado entre lamentos y reproches. Debes vivir por los dos. Disfrutando cada momento, afrontado obstáculos, venciendo miedos, pero sobre todo mordiendo cada minuto, porque cada bocado tiene un sabor, y tú, Ona, los has de probar todos.

Levanto la cabeza de su regazo para decirle que la quiero, para preguntarle por qué es tan buena conmigo, para jurarle, esta vez de

verdad, que viviré la vida con dignidad y furia como a ella le gustaría que lo hiciese, pero su rostro no acompaña mi propósito, parece haber visto a un fantasma. A mí no me hace falta mirar, mis oídos hacen de ojos una vez más.

—Buenas, espero no molestar.

Esa voz no la confundiría ni entre un millón de voces gritadas al mismo tiempo. Más suave y con un tono que busca maquillar su autoridad, pero no consigue engañarme. Es él. El poli.

Mariel se queda muda, va de valiente, pero a la mínima recula como un cachorro asustado.

—Me gustaría hablar contigo, será solo un minuto —pide muy educado.

—¿Y si me niego qué va a hacer, detenerme?

—No creo que lleguemos a eso, además, a estas alturas no tengo claro que aún sea policía.

—Ya les he contado todo lo que les tenía que contar, no sé qué más le puedo decir.

—Tú has contado todo lo que tenías que contar y yo te he preguntado todo lo que te tenía que preguntar, pero ambos sabemos que hay mucho más.

»No se trata de un interrogatorio, ni esta conversación tendrá trascendencia fuera de aquí, pero creo que a ambos nos vendría bien aclarar algunos puntos, porque no sé tú, pero yo estoy completamente perdido y eres la única persona con la que puedo hablar sin que me escruten como a un loco.

—¿Y este —pregunto con complicidad a Mariel— es de los buenos o de los malos?

—Mmmmm, no lo tengo muy claro —bromea—, pero lo que te puedo asegurar es que no me pienso mover de tu lado, lo que tenga que hablar lo tendrá que hacer conmigo delante.

Rodrigo Forniés no está acostumbrado a que le digan lo que tiene que hacer, pero parece que las cosas han dado un giro, e inesperadamente, accede sin reticencias.

Capítulo XLIII

Ona camina delante, el vello de su nuca baila al son de la suave brisa del atardecer, sus pasos sobre el caminito de albero apenas marcan la huella de sus zapatillas, los cordones desanudados tintinean con cada movimiento, parece que caminase con el temor de que el suelo pudiese quebrarse de un momento a otro y arrastrarla hasta el fondo de un abismo de magma y tinieblas. A su lado, la trabajadora social pisa con firmeza, su caminar cansado muestra su estado de ánimo. Cansada de la vida, de los problemas sin solución, de esta maldita historia que parece no tener final.

Bajo la sombra, lacerada por los debilitados rayos ambarinos del crepúsculo, de un frondoso tilo, un banco que ha vivido tiempos mejores parece un buen lugar para detenerse y afrontar una conversación que no sé por dónde comenzar. A nuestra espalda, una fuente coronada con la figura del maligno borbotea con caudal estival, recordándonos lo efímero del tiempo, de la existencia.

—¿Cómo estás? —qué perspicaz, no podía empezar peor.

Su silencio es la mejor de las respuestas posibles. Su inesperada acompañante se contiene, anhela mandarme a paseo pero no reúne el valor suficiente. Lo hará, eso lo tengo claro, no dispongo de demasiado tiempo.

—Si te he traído hasta aquí es porque no es fácil lo que te tengo que decir. No como inspector, ni como amigo, tengo claro que no lo somos, supongo que me culpas de todo lo que ha sucedido y no te falta razón. Si he venido a hablar contigo es porque tal vez hablando nos podamos ayudar mutuamente, porque no consigo ordenar las

piezas de este puzle que me devana los sesos todos los días y todas las noches.

—No veo cómo puedo ayudarle.

—Ayudarnos. Creo que tú también necesitas respuestas.

Su mirada perdida en el suelo me certifica que acabo de tocar una tecla que podría resultar determinante.

—Cuéntame todo desde el principio. Desde que empezasteis toda esta locura —una mirada cargada de rabia y reproche me hace recular —. Perdón. Quiero decir, ¿cómo conociste a Rufo y a Alejandro? ¿Y Román, cómo os reclutó para su absurda causa?

—Hay poco que contar —hace ademán de levantarse, pero no lo hará—. ¡Esto no es una especie de conspiración ni nada parecido!

Unos *runners* que trotan a escasos metros se giran para continuar su camino como si nada.

—Solo te pido que hagas memoria…

—¿Memoria? La memoria es la mayor embustera. Nos lo dijo una tarde el doctor.

Hundo ambas manos en mis bolsillos, hurgo en el interior buscando algo que no necesito ni tengo mientras Ona rememora la conversación con el falso facultativo. Me pregunto si es consciente de que no es nada más que un enfermo. Dudo si revelar la verdadera identidad del médico, pero desisto ante la reveladora historia de la joven.

—Lo que tus ojos ven, lo que tus oídos oyen, tus papilas gustativas saborean, tu nariz huele y tus manos tocan, no es más que una interpretación que tu cerebro hace de los estímulos. Nuestra mente juega con nosotros, nos muestra lo que le hemos enseñado a ver y nos crea una imagen o sensación al respecto. Todo falso. Una representación sesgada de lo que realmente nos rodea.

—¿Pero, eso no tiene sentido? ¿Me está diciendo que todos mis recuerdos son una mentira?

—¿Recuerdos, dices? La memoria es el mayor farsante que jamás ha existido.

Nos miramos consternados, buscando en el otro un salvavidas donde aferrase.

—Os propongo una cosa —sugiere abandonando con la mirada nuestra compañía—, un juego. Seguro que habéis visto la película Psicosis? —una sonrisa inquietante se dibuja en la comisura de sus labios—. Un clásico, cine en blanco y negro, eso sí que era cine.

Escruta con su mirada en busca de una respuesta. Mi rostro se comprime en un gesto poco clarificador.

—¿La escena de la ducha? Es mítica.

—Sí —responde Rufo—, claro que la conozco. Es la que una chica muere acuchillada dentro de la bañera.

—Efectivamente, todo el mundo la recuerda. No cabe duda de que tienes buena memoriam ¿o no?

»¿Podrías decirme de qué color tiene el pelo la joven asesinada?

Rufo está a punto de responder pero algo lo frena, como si un jinete severo tirase de las riendas que controlan sus palabras. Tengo clara la respuesta, tan clara como que no puede ser la que supongo. Si no, no tendría sentido este acertijo.

—Es fácil, ahora todo es muy fácil. Consultad vuestros teléfonos.

Aguardo un instante a que la historia prosiga pero no va a ocurrir. Parece haber heredado del viejo la teatralidad.

—¿No entiendo a dónde quieres llegar?

—Consulte su móvil.

Esta vez los dedos hallan lo que buscan. Desbloqueo la pantalla y tecleo con inusitada celeridad. Mis gruesos pulgares me juegan una mala pasada y la palabra escrita poco o nada tiene que ver con lo que pretendía poner. Borro y escribo de nuevo, esta vez usando el índice, como los jubilados. No necesito especificar, nada más poner *Psicosis* aparecen varias imágenes del fotograma en concreto. La nariz de la trabajadora social husmea sin pudor sobre la pantalla. Nos miramos. No me lo puedo creer. Aun viéndolo con mis propios ojos juraría que su color de pelo es otro, pero no, está claro que no, lo tengo delante.

El testimonio de un testigo es fácilmente persuasible, lo veo cada día, por eso es tan importante recoger una declaración en caliente, cuando ningún agente externo ha podido contaminarla. Pero esto es diferente, nada ni nadie ha interferido, mi cerebro me ha jugado una mala pasada y acabo de ser consciente de ello. Ahora solo queda descubrir dónde quiere llegar.

—Todo lo que sabemos o creemos saber no es más que una alegoría, una representación de lo que, desde que nacemos o incluso desde antes de nacer, hemos ido conceptualizando. Su vida es una farsa. La de todos. Bienvenido al mundo real.

—¿Pero no te das cuenta de que esto solo son trucos de salón? —recrimino a la joven—. Respuestas fáciles ante una realidad que por todo lo que has vivido ahora se te representa difusa.

—Siendo así me podrá responder con facilidad a una pregunta.

Estoy acostumbrado a ser yo quien lleva las riendas de la conversación. Esto no va bien. Y amenaza con torcerse más.

—¿Por qué ha venido a hablar conmigo?

Mastico la pregunta. Se me atraganta. Mastico la respuesta. Se atraganta de nuevo.

—Porque hay una madre que no encuentra descanso tras la muerte de su hijo. Porque tengo a un forense que no deja de recibir casos de chicos jóvenes fallecidos sin un explicación científica. Porque hace

unas semanas disparé a un fantasma. Porque veo cómo una joven está tirando su vida al retrete por las fantasías paranoides de un lunático diagnosticado y un tipo del que cada día tengo más dudas de su existencia. Porque me niego a pensar que todo esto es mentira.

Una ráfaga de viento gélido sacude las hojas del tilo y los último rayos del día se cuelan entre las copa formando una cicatriz carmesí que golpea mi retina. El vértigo está a punto de doblegarme. Extiendo mis brazos para mantener el equilibrio. Tocado y hundido. Cuando crees que has tocado fondo descubres que aún hay una planta más en el sótano del fracaso.

—Ha dicho —interfiere, buscando salir de esta situación la acompañante de Ona, como una carabina en una fiesta de fin de curso — que venía en busca de ayuda mutua, y no veo que esté ayudando mucho a Ona. Si va a decirnos algo sobre cómo va la investigación, es el momento, de lo contrario, he de pedirle que nos deje en paz o nos reclame para declarar en comisaría.

Recobro la compostura y contengo la ganas de contestar de manera soez a la incómoda entrometida.

—Como ya he dicho, mi presencia en el cuerpo es cosa pasada. Tras este caso han decidido no contar con mi colaboración indefinidamente. Pero guardo buenos amigos dentro del cuerpo —miento, y se me nota—. Hace unos días, Moisés, mi compañero, mi excompañero, me reveló un detalle cuanto menos inquietante. Había aparecido un cadáver en este parque.

Se miran con incredulidad.

—Fue en mitad de la noche. Desde el ayuntamiento, y tras todo el revuelo del caso, han preferido mantenerlo en secreto, por eso no habéis escuchado nada.

»A todas luces se trataba de un vagabundo. El cuerpo presentaba una herida de bala pero no había rastro del proyectil, ni tampoco restos de pólvora.

—¿Es él? —pregunto a Moisés, temiendo cualquier respuesta.

Duda. No sé si por mi reacción o porque tras su respuesta no va a tener más remedio que detenerme.

—No lo sé. Sin documentación, ninguna reclamación de familiares o amigos, el cotejo de huellas negativo…

—Pero tú lo viste. Tienes que saber si es él o no.

—Claro que lo vi —clava su mirada en la mía, la sangre se hiela en venas y arterias—, lo vi como te estoy viendo a ti ahora mismo. Igual que tantas veces lo hemos vistos ambos. Porque tú también lo has visto muchas veces. ¿Lo recuerdas?

Busco en mis recuerdos como quien busca una cara en el archivo de sospechosos. La cara de un detenido por tráfico de drogas, la del panadero

de la esquina, la de Froilán el de citaciones, la de mi padre, la mía propia, incluso me viene a la memoria la de un tenebroso sacerdote de la Rusia imperial. Vacío mi mente en busca del rostro de Román, pero soy incapaz de encontrar uno solo de sus rasgos.

—Tengo que verlo.

Moisés suspira derrotado, pero cede. Nos citamos horas más tarde y Moisés me lleva al depósito en plena noche. A pesar de lo que pueda pensar la gente, un depósito de cadáveres no es un lugar vigilado. Saludamos al puerta con forzada normalidad y este no pone objeción alguna a pesar de la hora. Moisés agarra el tirador de acero inoxidable y nuestras miradas se cruzan. Es un adiós. Después de esto, cada uno por su lado.

El cadáver sin nombre aparece bajo una luz blanca que difumina los colores. Miro de nuevo a Moisés y en sus pupilas veo mi cara de desamparo. La sensación de haber perdido algo y la certeza de saber que no lo vamos a recuperar estrangula nuestro gaznate fulminando cualquier posibilidad emitir palabra o sonido.

La misma cara que vi reflejada en los ojos de mi compañero se muestra ahora en los rostros de Ona y su amiga.

—La memoria es la mayor embustera —musitan al unísono.

Asiento.

Capítulo XLIV

Elisenda Maldonado, porque hace tiempo que dejó de ser Elisa y ahora es Elisenda, como la llamaban en el colegio de las hermanas clarisas en el que se crio, donde una inocente niña de mirada tierna y sonrisa perenne saltaba a la comba y soñaba con ser algún día madre mientras empujaba un carrito hecho de imaginación y cubierto de sueños, pasó sus mejores años al lado de Marta del Amo y Raquel Mendoza, unas amigas que los años alejaron de su lado y que ahora, más que nunca, añora y extraña. Poco o nada queda de esos ojos inquietos, el tiempo ha mudado la sonrisa que vestía su rostro hacia un gesto agrio y melancólico.

Con un café solo y sin azúcar como único sustento, empuja su flagelado cuerpo de casa en casa para asistir a unos extraños, que desdeñosamente y por un salario irrisorio, acogen en sus hogares con la finalidad de adecentarlos como si de un electrodoméstico más se tratase. Come un bocadillo en el metro mientras el gusano que devora las ciudades modernas la traslada hasta las viviendas de nuevos ricos, en pecunia, no en educación, para continuar llenado su existencia con interminables jornadas de trabajo. «Vida social» es para ella un término inventado por los publicistas para vender sus productos, pero que en su caso se basa en conversaciones insustanciales con la psicóloga que la seguridad social le ha asignado, Agnes, una joven de cabello rubio y rizado que parece más preocupada por salir cuanto antes de ese empleo y crear su propia consulta, que por ayudar a una joven madre que no quiere o no puede recibir tratamiento. Las noches, sentada frente a la mesa de la cocina donde tantos ratos compartió

con su hijo, sorbiendo una sopa instantánea, o sobre el frío lecho, a oscuras, acompañada únicamente del insomnio, los demonios la acechan y siente que su hijo la llama, como aquella vez que se perdió en el parque de atracciones. La llama, y llora, y ella entonces se sobresalta, pero no está, jamás volverá. Media vuelta y a continuar en vela, hasta que el despertador le diga que debe ir a trabajar. Un café solo y sin azúcar, y vuelta a empezar. Como escribió el poeta, la muerte y la muerte en vida juegan su destino en una partida de dados, y la segunda resulta victoriosa. Elisenda Maldonado. Vive y muere cada día en el entramado enjambre de la gran ciudad.

Cosme García avanza en su meteórica carrera a ninguna parte, una veces obteniendo ascensos, otras inventándolos. Sí, es un experto, podrían relegarle a la fotocopiadora que lo maquillaría de tal forma que pareciese un gran salto. Presume de ello ante amigos y falsos amigos, ante su esposa e hijastra, con desigual recibimiento, mientras una lo mitifica la otra lo crucifica, pero sobre todo, ante sí mismo. Maquilla sus inseguridades tras el disfraz de triunfador, afrontando sus miedos con la compra de un automóvil nuevo, el último en el mercado, una edición exclusiva, difícil de conseguir para el hombre de a pie, pero no para él, aunque en realidad el automóvil lo compra para los demás, no para disfrutarlo él o su familia. Todo fachada.

Mientras, Olga Reguillón, su devota esposa, magnifica y aplaude cada paso que su marido da sobre esta bendita tierra. Pasea su esbelto cuerpo por piscinas, pistas de todo tipo de juegos de raqueta, almuerzos, reuniones benéficas, sin percatarse que el tiempo ha mermado la frescura de su piel y lo que antes era de admirar, ahora despierta rechazo. Los años, el sol en exceso, y algún que otro tratamiento fallido han borrado la belleza que exhibía en su juventud, dando paso a una caricatura de mal gusto. Pero nadie se lo dice. Rodeada de amigos constantemente, en realidad está sola, como su hija, a la que no presta la más mínima atención. Se ha dado por vencida. *«Si te quieres quedar en casa para siempre, quédate»,* le dice cuando esta se niega a acompañarla a uno de sus eventos. En realidad, lo agradece, no le gusta su aspecto, siente vergüenza de su propio retoño y tanto ella como su marido han decidido enterrar bajo toneladas de trabajo y vida social todo lo acontecido en aquellos días. En el fondo, Ona solo les recuerda lo que son: el tipo de infeliz que mide su valía con el grosor de una cuenta corriente, la distancia de un viaje o el número de gorrones invitados a una de sus fiestas. Por todo esto prefieren esconderla para no tener que ocultarse ellos y, por su parte, Ona se lo pone realmente fácil.

Roque Narváez decidió desaparecer del mapa, o tal vez no, tal vez no se vio con fuerzas para enfrentarse a una niña de dieciséis años, afrontar el problema, hablarlo y tratar de enmendar el error. No. Era

más sencillo largarse y empezar de nuevo en otro sitio. Una nueva esposa y una pequeña en camino con la que redimir su pecado, con la que medir el control de sus impulsos. Lejos de esta ciudad, lejos del lugar del crimen, lejos de Ona. Iluso, le deseo suerte en la empresa. La falta es suya, pero la condena cae sobre su pobre hija. Ona acusa la ausencia de un padre, aunque hubiese cometido un error garrafal ella hubiese agradecido su presencia en los momentos duros. Una vez una amiga le dijo *«Entonces tú tienes dos padres»,* a colación de una conversación sobre su familia. En aquel momento le hizo gracia, hoy sabe que en realidad no tiene ninguno.

Napoleona Cimeros, mi Ona. Mi querida, dulce y tierna Ona. La única persona a la que he querido y no lo supe hasta perderla. Su sonrisa velada, su irreverente personalidad, su forma de hablarme, de mirarme, sus besos, sus caricias, todo su ser.

El paso de los días, que crecieron hasta hacerse mayores, de los meses, que volaron del calendario como hojas en otoño, y finalmente de los años, que no perdonan, los años jamás perdonan, ha ajado su joven existencia, despojándola de su juventud, divino tesoro, y sumiéndola en un estado depresivo que la lleva a recordar un día tras otro aquella huida que se fraguó junto al chico que amaba cuando aún no sabía mentir.

La hierba adquirida en un rincón del parque a un camello de medio pelo le ayuda, o eso cree ella, a mantenerse en pie mientras ve pasar su vida, como mera espectadora, entre las cuatro paredes de su dormitorio. Tifus, malaria, cáncer, ébola figuran en la lista de cualquier facultativo como algunas de las peores enfermedades a las que el ser humano se puede enfrentar; no escucharás a ningún médico hablar de la tristeza, pero te puedo asegurar, y lo hago tras ver el daño que ha causado esta maldita enfermedad, porque es una enfermedad, en mi querida y flacucha Ona, que la tristeza es la peor y más difícil de curar de todas las enfermedades. Un cadáver deja tras de sí demasiadas víctimas, pero el mío arrasó como un tsunami con los que más quería.

Rodrigo Forniés, por su parte, malgasta sus días como empleado de unos grandes almacenes, a pesar de su formación y de sus cualidades innatas, cubre el expediente cumpliendo su horario apercibiendo a alguna ama de casa aficionada a lo ajeno, o modulando entre un cliente insatisfecho y algo brusco y el miserable empleado que no le queda otra que aguantar, como él, a estos individuos. Tras unos meses tiene claro que el cliente no siempre tiene la razón. Algunos fines de semana le avisan para ejercer de portero en alguna sala o concierto, y le viene bien, tanto la pasta, porque en los almacenes no le pagan demasiado, como el mantenerse ocupado y de paso sacudir a algún cretino envalentonado por el alcohol y otras sustancias. Alegrándole la

noche, como suele decir. No hay día en el que no se pregunte cómo, disparando a una sombra que se movía en la noche, pudo acabar matando a un individuo al otro lado de la ciudad, sin sangre, sin restos del proyectil o de pólvora. La investigación se cerró sin culpable, total, un indigente sin amigos, sin familia, que aparece abatido en un parque, ¿a quién le iba a importar? Nadie relacionó el disparo en el sanatorio mental con el cadáver del parque, y si lo hubiera hecho, no valdría de nada, ¿qué juez abriría una investigación ante un suceso tan inverosímil? A Moisés lo ve de vez en cuando, en la distancia de una calle o a través de la ventanilla de un coche. Se saludan, con cortesía, como el que acaricia a un perro pero en realidad desea que se vaya. No ha vuelto a hablar del tema, ni con Moisés ni con nadie, solo en el silencio de su conciencia se pregunta una y otra vez cómo un disparo a una sombra abatió a un individuo al otro lado de la ciudad.

Y yo me pregunto, si un disparo a una sombra acaba con la vida de un hombre, ¿qué pasa si es la vida de un hombre, un chico en este caso, la que se pierde? Porque tengo claro que no estoy vivo, pero no tengo tan claro que no sea una sombra. Una sombra como la que se desdobló de Román, una sombra como la que escapó de aquel manicomio dejando un cadáver como señuelo para que dejasen de perseguirla, una sombra como tantas sombras habitan y comparten nuestro mismo universo, una sombra atrapada entre este espacio temporal y el que me proponía alcanzar. Una sombra. Solo una sombra.

Capítulo XLV

—Este tampoco me queda bien.

—Pufff —suspira Cosme con ansiedad—, pero si es perfecto, te queda genial. Venga, vámonos.

—No —se hace un silencio, puedo ver a mi madre mirándose y remirándose en el espejo buscando un motivo para hacer un nuevo cambio de vestuario, el enésimo ya, buscando una figura que hace tiempo se esfumó—. Mira. Si echo los hombros para atrás me hace barriga —nuevo silencio—, pero si los dejo caer me hace joroba.

A través de la puerta escucho los pasos inquietos de mi padrastro mientras mi madre muda de nuevo el vestuario para la fiesta. Una más de las muchas a las que ahora asisten. Las llaves de su nuevo coche tintinean entre sus dedos inquietos y su metálico sonido se cuela a través de la puerta sacándome de mis pensamientos.

—¡Vamos! —grita.

—Ya está, ya está. No hace falta que grites.

La puerta se abre. Mi madre está a punto de decir algo, pero sus palabras mueren antes de nacer. Ya no me pregunta si quiero asistir a una de sus estúpidas reuniones sociales. Se ha cansado de hacerlo, o en el fondo prefiere que no vaya. ¿Qué pintaría yo ahí? Una joven de anciana mirada, piel que más que blanca parece enferma y alguna que otra cana incipiente que me niego a teñir. Este maldito mundo me ha robado la infancia y ha dejado un rastro de ceniza, como un incendio forestal deja su fina capa gris tras arrebatarle al bosque todo su esplendor. Tumbada sobre la colcha, escucho cómo la puerta se cierra. Luego la de la calle. Una vuelta. Dos. No me voy a escapar. Ya no. Los

demás intentos perecieron a las pocas horas. ¿Adónde voy a ir?, prefiero pasar las horas, los días, dormitando, arrastrando un cuerpo que no me pertenece entre estas cuatro paredes. ¿Qué fue de aquellos días felices? Los únicos que he tenido. Cuando soñé con volar lejos, con una vida mía, con una vida junto a Rufo. Se fueron. Como hojas en otoño volaron hasta caer al suelo esperando a que el sol las dore y el viento las haga desparecer. ¿Cuánto dura una vida? ¿Cuánto debo esperar para que una, que ya está extinguida, finalice?

Cierro los ojos, sé que no voy a dormir, pero los aprieto con fuerza, y me voy. Salgo de estas cuatro paredes y me siento a bordo de mi velero, un viejo Mercedes de los sesenta que emite un ronroneo ensordecedor y desafía a los ecologistas expulsando un denso humo negro por el tubo de escape. Junto a mí está Rufo, mira por la ventanilla de su lado, absorto, misterioso. Tengo miedo de que se gire, de que su rostro no me sea familiar, prefiero que siga mirando al infinito, aguardando a ver la espuma del océano y las bandadas de gaviotas. El coche continúa su trayecto. Un trayecto que he realizado muchas noches, muchos días. Un trayecto que nunca llega a ningún lugar. Solo avanza.

Mis ojos se empañan con un húmedo y amargo telón, la oscuridad que me proporciona la almohada, contra la que aprieto mi rostro, no impide que todo se vuelva borroso. ¿Qué voy a hacer? ¿Puedo seguir viviendo así? ¿Qué será de mí cuando mis tutores no aguanten más y me echen de casa? O aún peor, cuando me ingresen en un centro o por desgracia abandonen este planeta. Todas estas cuestiones ya las he debatido con la psicóloga sin hallar respuesta. Silencio. Solo silencio. Ni siquiera me gustan los gatos, si por lo menos me gustasen podría aspirar a ser la loca de los gatos. Silencio. Y más silencio.

El Mercedes continúa ronroneando mientras engulle una tras otra las rayas blancas de la carretera. Rufo continúa oteando el infinito desde su ventanilla. Silencio.

Las olas rompen el castillo de arena.

¿Por qué te fuiste? ¿Por qué no me llevaste contigo?

Entonces, me habla. No mueve los labios ni se vuelve hacia mí. Me habla desde dentro de mi cabeza.

Despego la cara de la almohada, la luz de la ciudad se cuela sigilosa entre las rendijas de la persiana creando un manto de luciérnagas que invaden por completo la habitación, formando una línea de brillantes puntos suspensivos que parecen aguardar un desenlace. La voz de Rufo reverbera dentro de mi cabeza. Obedezco.

—Debes estar preparada, no sé cómo explicarte cuándo es, pero cuando sea, lo sabrás. Entonces, coloca un objeto que te sirva de guía, algo que te ayude a concentrarte, lo que sea, yo uso esta vieja bola de billar con el número ocho, con el infinito dibujado.

Puedo sentir su sonrisa pueril.

—A ser posible, que sea de color negro, o lo más oscuro posible. Debe fundirse en tu subconsciente.

Me levanto y agarro un libro de la estantería, es negro, completamente negro, los cantos están desgastados y muestran el blanco de sus entrañas como los huesos de un elefante difunto asoman entre la piel acartonada por el sol de la sabana. «Esto servirá», me digo.

Lo coloco en la mesilla y espero instrucciones de Rufo, o de mi propia mente enferma, quién sabe.

—Lo miras fijamente mientras te relajas, tu respiración se calma y los párpados te pesan. Déjate llevar. Cuando los ojos hayan sucumbido, debes seguir mirando el objeto que hayas elegido como enlace. Lo sigues viendo, lo sientes. Entonces, sucede. Sientes cómo tu respiración cambia. No te debes asustar, acomódate sobre ella como si se tratase de una ola que pretendes surfear. Luego, todo fluye.

Me sobresalto con el cambio de respiración, pero consigo reponerme. Los sentidos vuelan y el cuerpo parece evaporarse. Entonces siento que viajo a toda velocidad. Las preocupaciones, los horarios, la rutina, todo desaparece, se queda atrás mientras mi mente atraviesa el espacio y el tiempo y se asienta en un lugar difícil de describir, un lugar donde todo y nada confluyen a la vez.

—No olvides preparar antes un objeto que te sirva de despertador. Algo que te recuerde el camino para poder volver. Si no, no podrás volver.

Demasiado tarde.

Biografía

Mariano Barbarroya (Madrid, 1977). Apasionado por la literatura del siglo XIX, el misterio, la ciencia y la fantasía, descubre en la escritura la posibilidad de traspasar puertas selladas y derribar muros infranqueables a través de historias distópicas. Su primer libro, *noname* (2022), un *thriller* sobre la evolución, ha cosechado muy buenas críticas desde su lanzamiento. El segundo*, Ona* (2023), nos transporta en un viaje a través de los límites de la realidad. Su obra se caracteriza por una narrativa ágil, diálogos certeros, un trasfondo secreto y una trama imaginativa pero real, lo que embauca al lector hasta confundirlo.